

La caída de un canalla

James Hadley Chase



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

James Hadley Chase (1906) es, a pesar de nacer en Inglaterra, uno de los máximos representantes de la novela negra norteamericana.

La acción de LA CAÍDA DE UN CANALLA se desarrolla en Paradise City, en torno al astuto plan urdido por una grotesca banda para robar un banco. Volvemos a encontrar en esta novela, al igual que en «Fruto prohibido» (SSC 1), «Trato hecho» (SSC 24) y «Una radiante mañana estival» (SSC 30), el peculiar humor negro de Chase.

Lectulandia

James Hadley Chase

La caída de un canalla

ePub r1.2

GONZALEZ 14.06.14

Título original: *The Way the Cookie Crumbles*
James Hadley Chase, 1966
Traducción: Marta Zubizarreta de Basavilbaso
Selecciones del Séptimo Círculo nº 36
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías
Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: GONZALEZ
Digitalización y corrección de erratas: Akhenaton
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

El reloj de pared marcaba las tres y cincuenta, cuando el teléfono colocado sobre el escritorio del sargento Beigler empezó a sonar.

Beigler, un hombre fornido, pecoso, de unos treinta y ocho años, miró el teléfono con gesto adusto, echó una mirada al reloj de pared, luego tomó el receptor con su mano grande y velluda, lo levantó y gruñó:

—Aquí, Beigler. ¿Qué hay?

—Harry Browning está al teléfono —le dijo el sargento recepcionista—. Quiere hablar con usted. Parece que tiene intención de echarle una filípica.

Beigler frunció el ceño. Harry Browning era el dueño del restaurante «La Coquille», uno de los tres restaurantes de más categoría de Paradise City. Era amigo personal del Intendente y del Jefe de Policía, capitán Terrell. Por ese motivo se le trataba con mucha consideración, según sabía Beigler.

—Póngame con él, Charley —contestó Beigler y tomó un cigarrillo. Miró pesaroso el vaso de cartón vacío que había sobre su escritorio. Hacía media hora que se había bebido la última taza de café. Beigler tenía dos vicios: beber café y fumar cigarrillos—. Y mande a alguien a buscar café. Charley. Tengo la boca seca.

—Muy bien —el sargento recepcionista, Charley Tanner, parecía resignado. A cada rato tenía que mandar a alguien que trajera café para Beigler—. Aquí está Browning.

Se oyó un chasquido en la línea, y una voz profunda, gruñó:

—¿Es usted, Beigler?

—Soy yo, míster Browning. ¿Necesita algo?

—¡Es un asunto endiablado! Tengo una mujer muerta en el restaurante. Quisiera que viniera aquí en seguida y me librara de ella. Ahora escuche, Beigler, para usted esto es un asunto de rutina, pero para mí es endiabladamente serio. No quiero ninguna publicidad. Y cuando digo que no quiero ninguna publicidad, sé lo que quiero decir. ¿Me entiende? Si la prensa se mete en esto, le arrancaré el pellejo a alguien y cuando digo que le arrancaré el pellejo a alguien, no me importa quién sea, pero tendré su pellejo. ¿Podré mantenerme fuera de este lío?

Beigler se había incorporado en su silla, en la semioscuridad de su cuarto.

—Está bien, míster Browning. No tiene por qué preocuparse. Iré para allá en seguida.

—¡Lo único que me preocupa es que maneje bien este asunto! Si lo maneja bien, Beigler, no tendré por qué preocuparme... ni tampoco usted —y Browning cortó la comunicación.

Beigler hizo una mueca, luego empezó a mover la horquilla del teléfono. Cuando el sargento contestó, Beigler preguntó:

—¿Hay periodistas abajo, Charley?

—Hamilton, del «Sun». Está dormido... medio borracho. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Todavía no lo sé, pero algo pasa. Escuche Charley, tengo que salir. Si Hamilton quiere saber dónde voy, dígame que me fui a casa con dolor de muelas. ¿Quién está de servicio?

—¿Tiene dolor de muelas? —preguntó Tanner, con voz compungida—. Lo siento, Joe. Yo...

—No me importa que lo sienta —gruñó Beigler—. ¿Quién está de servicio?

—Mandrake fue a traer su café —dijo Tanner, con resentimiento—. Aquí está Jackson.

—Mándelo para que me releve. ¿Hess está todavía por ahí?

—En este momento se va.

—¡Atájelo! Dígame que me espere. Bajo ahora mismo.

Beigler se puso la chaqueta, palpó el bolsillo interior para asegurarse de que tenía su pistola, luego, tomando un paquete de cigarrillos, salió del cuarto de detectives y corrió a la sala de reuniones.

Fred Hess, a cargo de la sección de homicidios, estaba apoyado contra la pared, con expresión resignada en su cara redonda.

—Dos minutos más y me hubiese evadido de este gallinero —dijo con expresión amarga cuando Beigler se reunió con él—. ¿Qué pasa?

Beigler bajó los escalones hasta el automóvil de la policía que estaba estacionado. Subió y puso en marcha el motor. Hess saltó a su lado.

—Una mujer muerta en «La Coquille». Browning está enloquecido —Beigler llevó el automóvil a bastante velocidad a lo largo del camino principal, desierto.

Hess gruñó.

—¿Asesinada?

—No me lo dijo. No se lo pregunté. Empezaremos a indagar cuando llegemos allí. No parecía dispuesto a contestar preguntas.

—Me imagino —Hess largó una carcajada—. Por lo que he oído de ese lugar, lo último que desearían tener es un cadáver. ¿Nunca estuvo dentro, Joe?

—¿Por mi cuenta? —Beigler conducía a lo largo de la Avenida. Había unos pocos autos estacionados cerca de la playa. No había tránsito—. Tenemos que estar alerta, Fred. Browning tiene muchas influencias en esta ciudad.

—Si se trata de un asesinato, importará un bledo las influencias que pueda tener. ¡Esto es una noticia!

—Sí... pero todavía no sabemos si es un asesinato. Deje este asunto en mis manos. Browning tiene muchos amigos influyentes.

—Es todo tuyo, compañero. Sé cuándo debo echarme a un lado.

El restaurante «La Coquille» estaba situado en el extremo de la Avenida, rodeado

por zonas de césped, macizos de flores y palmeras iluminadas. Tres escalones de mármol llevaban hasta la imponente entrada. El restaurante cerraba a las dos y media y, en ese momento, la iluminación consistía en una araña solitaria en el vestíbulo y algunas luces disimuladas en la pared que lanzaban sombras alargadas sobre la gruesa alfombra de color claro.

Beigler y Hess bajaron del automóvil y subieron los escalones: entraron por la puerta giratoria al elegante vestíbulo donde Louis, el alto y aristocrático maître, los estaba esperando.

Louis, arrogante y digno, rara vez temblaba, pero Beigler pudo ver que esta vez estaba temblando.

—Por aquí —dijo Louis, y con pasos, largos y firmes condujo a los detectives a un segundo vestíbulo y luego, por una escalera, a un gran bar.

Allí, Harry Browning los esperaba. Estaba sentado en un taburete junto al bar, con un vaso de brandy en la mano, un cigarro apretado entre sus dientes.

Browning tenía cincuenta y cinco años, era corpulento y no muy alto. Su rostro afeitado estaba curtido por el sol. Llevaba una chaqueta de tela a cuadros y un clavel blanco en el ojal. Tenía la apariencia de lo que era en realidad: inteligente, rico, poderoso y arrogante.

—Allí está —dijo, y con un ademán señaló el extremo de la habitación. A lo largo de una de las paredes había una serie de reservados con mesas y asientos de roble tallado de color oscuro. Cada reservado estaba aislado con una cortina de terciopelo rojo—. En el último reservado.

Beigler y Hess fueron hasta el final de la habitación y miraron en el interior del reservado.

A la luz mortecina, pudieron percibir la figura de una mujer rubia, tirada sobre la mesa. Llevaba un vestido blanco de noche con la espalda descubierta. Su cabello rubio parecía una mancha dorada sobre la madera oscura de la mesa.

Beigler se volvió para mirar a Browning.

—¿Nos podría dar un poco más de luz, míster Browning?

Louis fue al bar y giró algunas llaves. El extremo del bar donde estaban parados los detectives se iluminó de pronto con luces colocadas en el cielo raso que los cegaron por un momento.

Beigler dio las gracias con un movimiento de cabeza y luego entró en el reservado. Tocó el hombro de la mujer. El frío de la carne confirmó la declaración de Browning de que estaba muerta; pero para estar bien seguro colocó sus dedos en un lado del cuello, pero no había pulso.

—Mejor sería que no la tocáramos hasta que le hagan algunas fotos —recomendó Hess.

Browning recorrió la habitación, masticando de manera nerviosa su cigarro.

—Quiero que la saquen de aquí en seguida, muchachos. ¡Muévanse! Pueden jugar y divertirse en la morgue. Si la prensa se entera de esto se acabó el negocio por esta temporada. ¡Sáquenla de aquí!

—No la podemos mover hasta que no le hayan hecho fotografías —dijo Hess en forma terminante—. Podría ser un asesinato.

Browning se quedó mirándolo.

—¿Quién es usted?

Beigler maldijo en silencio a Hess por haber hablado. Se apresuró a decir:

—Es el encargado de la sección de homicidios, míster Browning. Por supuesto, tiene razón. Esto puede ser un asesinato. Yo...

—¡Es un suicidio! —dijo Browning con una expresión dura como si fuera granito—. Hay una aguja hipodérmica en el suelo y su rostro está azul. No necesito ser detective para saber que ha muerto por una dosis excesiva de heroína. Ahora, ¡sáquenla de aquí!

Beigler miró debajo de la mesa. Vio una jeringa hipodérmica vacía sobre la alfombra. Se enderezó y tomó entre sus manos la cabeza de la mujer y con cuidado la levantó para examinarle el rostro. El color azul de la piel y las grandes pupilas de los ojos, le hicieron murmurar algo entre dientes. Volvió a colocar la cabeza sobre la mesa.

—Podría ser un asesinato, míster Browning —dijo con voz pausada. Pueden haberle disparado.

—Nadie se acercó a ella desde que llegó —comentó Browning con impaciencia—. Ahora, ¡sáquenla de aquí!

—Todos los casos de suicidios tienen que ser tratados como homicidios hasta que se prueba que son suicidios. Lo lamento, míster Browning, pero no puedo hacer una excepción.

Los ojos de Browning brillaron de rabia.

—No me gustan los «polizontes» que no cooperan, Beigler. Tengo muy buena memoria —se dio la vuelta hacia Louis—. Quiero hablar con el capitán Terrell.

Mientras Louis volvía corriendo al bar, Beigler dijo:

—Siento mucho, míster Browning, pero esto es lo único que podemos hacer, a menos que el Jefe diga otra cosa.

¿Hay algún teléfono aquí que pueda usar?

—¡Usted no tiene qué utilizar ningún maldito teléfono hasta que no haya hablado con Terrell! —interrumpió Browning y volvió hacia el bar.

Beigler y Hess se miraron. Hess sonrió. Sabía que si tenía que caer una cuchilla, no sería en su cuello. Caminó alrededor de Beigler y entró en el reservado. Al lado de la mujer muerta había un bolso de noche, de brocato blanco y dorado. Lo tomó, lo abrió y miró en su interior. Sacó un sobre, lo miró y se lo tendió a Beigler.

—Es mejor que vea esto, Joe. Es para usted.

Beigler tomó el sobre. Oía a Browning que hablaba en voz baja por teléfono. Echó una mirada a los grandes rasgos del sobre, que decían: «Departamento de Policía». Utilizando su cortaplumas abrió el sobre con mucho cuidado y extrajo una hoja de papel. La desplegó y sintiendo el aliento de Hess en su nuca, leyó la nota escrita por la misma mano:

«Vaya a Seaview Boulevard 247. Tuvo su merecido. Yo lo hice. Para evitar líos, tomé el camino más rápido para desaparecer.

Muriel Marsh Devon.

P. S. La llave está debajo del felpudo.»

—Eh, Beigler —llamó Browning—. Terrell lo necesita.

Tomando la nota, Beigler se dirigió hacia el bar y tomó el receptor del teléfono de manos de Browning, que se alejó unos pasos.

—¿Es usted, Jefe? —preguntó Beigler.

—Sí —contestó Terrell—. ¿Qué pasa, Joe?

Le dijo Browning que había una mujer muerta en el restaurante:

—Acabo de llegar. Parece ser un suicidio: una dosis excesiva de heroína. Hay una jeringa hipodérmica vacía y la cara de la muerta está azul. Hallé una nota en su bolso, anunciando su suicidio. Se la voy a leer —Beigler abrió la hoja y la leyó en voz baja para que Browning no pudiera oír lo que estaba diciendo—. Parecería que ella hubiese liquidado a algún sujeto. Mister Browning quiere que se retire el cuerpo. No creo que podamos hacer eso, ¿verdad, Jefe? Podríamos conseguir algún auto-patrulla.

Hubo una pausa, luego Terrell preguntó:

—¿Quién está con usted, Joe?

—Hess.

—Déjelo con el cuerpo. Usted vaya a Seaview Boulevard e investigue. Llamaré a Lepski para que se reúna con usted allí. Estaré en el restaurante dentro de veinte minutos. Dígale a Hess que llame al auto-patrulla.

—A Browning no le va a gustar esto —dijo Beigler, observando que andaba de un lado para otro.

—Hablaré con él. Usted váyase, Joe.

—Ya estoy en camino —contestó Beigler. Dejó el receptor y se dirigió a Browning que dejó de andar y lo miró—. El Jefe quiere hablar con usted, mister Browning.

Mientras Browning se apresuraba a alcanzar el teléfono, Beigler se dirigió a Hess.

—Consiga el auto-patrulla, Fred. Esto es todo lo que hay que hacer. El Jefe está

en camino —sonrió—. Me voy a Seaview Boulevard. Hasta luego y tenga cuidado con Browning.

—Tal vez él se tenga que cuidar de mí —respondió Hess molesto.

Mientras Beigler bajaba corriendo las escaleras, oyó que Browning decía con voz fuerte y sofocada.

—No me puede hacer eso a mí, Fred. Usted...

Su voz se desvaneció cuando Beigler salía a la calle enfrentándose con el aire caliente de la noche. Cuando llegó a su auto, una figura larguirucha salió de las sombras. Era Bert Hamilton del «Paradise Sun».

—¿Cómo va su dolor de muelas, Joe? —preguntó plantándose delante de Beigler—. No creo que le quede ninguna muela que le pueda doler.

Beigler lo esquivó.

—Siga mi consejo, Bert, y manténgase fuera de esto —dijo—. Se va a volver loco.

—¿Qué le hace creer que estoy chiflado? —preguntó Hamilton.

Mientras Hamilton subía los escalones que conducían a la entrada del restaurante, Beigler lanzaba su auto a toda velocidad por la carretera y se dirigía a Seaview Boulevard.

Ticky Edris tenía una gran cabeza redonda, piernas y brazos que parecían muñones y medía poco más o menos un metro de altura. Era lo que se llama, en términos médicos, un enano.

Edris había trabajado como mozo y ayudante en el restaurante «La Coquille», durante los últimos ocho años. La clientela elegante de Browning se divertía con el hombrecillo, que aparentaba ser bueno, con sus ojos tristes y su manera de caminar al trote. Sentían cierto placer sádico en verse servidos por un enano y, al pasar los años, Edris se había convertido en una especie de bufón, tratando a los clientes con una familiaridad a la que no se hubiera animado el mismo Browning.

Con un delantal de chef, hecho a medida, Edris estaba terminando de limpiar las últimas copas cuando Louis, el maître, entró en la habitación.

—Quieren hablar con usted, Ticky —dijo—. Sólo para hacerle algunas preguntas. Para míster Browning, será mejor que se comente lo menos posible este asunto.

Edris colgó el paño y se quitó el delantal. Su estrambótica cara demostraba cierto decaimiento y tenía grandes ojeras. Había trabajado sin parar desde las dieciocho y se sentía cansado.

—Muy bien, míster Louis —dijo colocándose su chaqueta blanca—. Déjelo de mi cuenta.

Salió del cuarto y entró en el bar. En un extremo un fotógrafo estaba haciendo fotos de la mujer muerta. El Jefe de policía Terrell, un hombre alto, con cabellos

color arena veteados de blanco, con una mandíbula saliente y cuadrada, hablaba con Browning. Si no hubiese sido por su cara sin afeitar, nadie hubiese dicho que había tenido que saltar de la cama y vestirse en un abrir y cerrar de ojos.

El doctor Lowis, el forense, un hombre bajo y grueso, estaba esperando con evidente impaciencia que el fotógrafo terminara su tarea. Dos especialistas en impresiones digitales que estaban sentados junto al bar, mirando con codicia las filas de botellas, también esperaban.

Fred Hess y el detective de tercer grado Max Jacoby, con una libreta de notas en la mano, estaban sentados en uno de los reservados. Al mirar hacia abajo y ver a Edris, Hess le hizo señas para que se acercara.

Edris llegó trotando.

—¿Usted es el camarero que sirvió a la muerta? —preguntó Hess.

—Sí.

Hess estudió al enano. Por su expresión se notaba que no sabía qué pensar de lo que veía. Edris estaba mirándolo, con rostro inexpresivo, sus manos cortas y gruesas entrelazadas delante del estómago.

—¿Cuál es su nombre?

—Ticky Edward Edris.

—¿Domicilio?

—24, East Street, Seacombe.

Seacombe era una continuación de Paradise City, donde vivía la mayor parte de los trabajadores con pocos ingresos.

Mientras Hess interrogaba a Edris, Jacoby un judío joven y bien parecido, tomaba nota de las respuestas.

—¿A qué hora llegó ella aquí? —preguntó Hess, encendiendo un cigarrillo.

—Algo después de las veintitrés: a las veintitrés y ocho minutos para ser exacto.

Hess lanzó al enano una mirada penetrante.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Tengo un reloj... Y lo uso.

—¿Estaba sola?

—Sí.

—¿Había reservado el sitio donde está ahora?

—No. Era tarde. Casi todo el mundo había abandonado el bar y se había ido al restaurante. Había mucho sitio.

—¿Ella parecía estar bien?

Hess sabía que Browning y Terrell habían llegado y estaban escuchando. Mirando por encima de su hombro, Edris vio que Browning le hacía una seña y dijo rápidamente:

—Estaba muy bien.

—¿Qué hizo cuando llegó?

—Se dirigió al reservado y se sentó. Le pregunté si estaba esperando a alguien y me dijo que no. Pidió un *whisky sour*. Lo batí y se lo serví.

—¿Entonces qué sucedió?

—Tuve que ir al restaurante con bebidas. Cuando volví, la cortina estaba cerrada. Le pregunté al barman si alguien había estado con ella, pero contestó que seguía sola. Pensé que quería estar tranquila y no me acerqué a ella.

—Tenía razón al pensar que quería estar sola. ¿Luego qué pasó?

—Cerramos a las dos y media. Como la mayoría de la gente se había retirado y la cortina seguía corrida, fui a ver lo que pasaba. Golpeé, pero no tuve respuesta. Miré dentro y allí estaba.

—¿No se acercó a ella durante tres horas y media?

—Así es. Estaba ocupado en el office. Tuvimos una noche de mucho trabajo. Había mucho que lavar.

Browning repentinamente se dio la vuelta hacia Terrell y dijo:

—Me voy a casa. Louis va a cerrar. Este es un asunto endiablado para mí. Podría hundirme el negocio. Retire sus hombres lo antes que pueda, Frank. Quiero que Louis duerma un poco.

—No tardaremos mucho, Harry —dijo Terrell; dio la mano a Browning y lo siguió con la mirada, mientras bajaba las escaleras y se perdía de vista. Luego se dirigió al bar donde el doctor Lowis estaba examinando a la muerta.

—Cuando preguntó hace un rato —dijo Edris— si ella parecía encontrarse bien, no le dije la verdad; me gustaría volver a contestar esa pregunta.

Hess se quedó mirándolo.

—Vea, su madre puede pensar que es muy vivo, pero yo no. ¿Quiere decir que estaba mintiendo?

—No quería perder mi empleo —Edris tomó su pañuelo y se secó la cara bañada en sudor—. Me gusta este trabajo. El patrón me estaba escuchando. Si le hubiese dicho la verdad y me hubiese oído, me hubiera echado a patadas.

—¿Qué le hace pensar que no lo echará a patadas si ahora me dice la verdad?

—Si no se lo dice, no lo sabrá.

Hess miró pensativo al enano; luego se encogió de hombros.

—Bueno. ¿De manera que no parecía encontrarse bien?

—No. En cuanto la vi, me di cuenta que andaba mal. Estaba blanca y temblorosa. Me di cuenta, cuando la vi en ese estado, que estaba a punto de hacer una escena... de gritar, de ponerse histérica. De modo que antes que empezara, la llevé a ese reservado y le serví un trago. Cerré la cortina. No quería que hiciese una escena. Al patrón no le gustan las escenas.

Hess y Jacoby se miraron, luego Hess dijo:

—¿Quiere decir que conocía a esa mujer?

Edris miró por encima de su hombro hacia donde estaba Louis parado, conversando con Bert Hamilton; entonces, bajando la voz, dijo:

—Sí, la conocía. Vivía en el apartamento enfrente del mío.

—¿Por qué diablos no lo dijo antes? —refunfuñó Hess.

—No me lo preguntó y además ya le dije que míster Browning estaba escuchando. Si se entera que la conocía y que la puse en el reservado, me echa a patadas.

—¿Qué sabe de ella?

—Era una basura y una ramera. La he conocido durante ocho años.

Hess se inclinó hacia delante.

—¿Quiere decir que es su chica, Ticky?

Edris lo miró un momento, con ojos tristes, luego preguntó:

—¿Cree que alguna mujer querría ser mi chica?

—¿Le mandaba algunos de los más ricos play boys y ella le daba su tajada? ¿No es así Ticky?

—Vivía en el apartamento enfrente del mío —dijo Edris con serena dignidad—. De vez en cuando hablaba conmigo. Supongo que me miraría de la misma forma que usted y todos los demás me miran: como a un monstruo. ¿Sólo porque hablara conmigo tenía que hacerme su amante?

Se miraron uno al otro. Hess fue el primero en retirar la vista.

—¿De qué hablaban?

—De gran cantidad de cosas. De su marido, su hija, su vida, sus amantes.

—¿Estaba casada?

—Sí.

Louis entró en el cuarto.

—¿Es usted míster Hess?

—¿Qué hay? —dijo Hess impaciente—. Estoy ocupado.

—Le llaman por teléfono —contestó Louis, con su aristocrática nariz aguileña.

Hess se puso de pie.

—Espere aquí, pequeño —le dijo a Edris—. Todavía no he terminado con usted.

Se dirigió al bar y tomó el teléfono.

—¿Sí?

—Soy Joe —dijo Beigler—. Tenemos un asesinato entre manos. ¿Está el Jefe con usted?

—Sí.

—Dígale que he encontrado al sujeto que ella menciona en su nota. Tiene cinco balazos en el cuerpo. Lo necesito aquí.

—Muy bien. Se lo diré. ¿Bonito, eh? Me hace el efecto que nunca más podré

dormir.

—Es un caso feo. Dese prisa, Fred —y Beigler cortó la comunicación.

En el momento en que Hess ponía el receptor en su sitio, dos enfermeros con bata blanca subían la escalera con una camilla.

—¿Está listo el cadáver? —preguntó uno de ellos.

—Casi listo. Espere. Voy a ver —Hess bajó al bar. Cuando pasaba delante de Edris, le dijo:

—Muy bien, Ticky, puede largarse. Hablaremos con usted mañana. Pase por la comisaría a las once y pregunte por mí. Me llamo Hess. Siguió en busca de Terrell y del doctor Lowis.

—Sí, pueden llevársela —dijo Lowis, mientras terminaba de cerrar su maletín—. Le dejaré un informe sobre su escritorio mañana a las diez. Ahora, me voy a la cama.

Hess lo miró y se sonrió.

—Eso es lo que usted cree, doctor —dijo divertido—. Tenemos otro cadáver para usted. Acabo de hablar con Beigler por teléfono. Lo está esperando en Seaview Boulevard, 247.

La cara del doctor Lowis era digna de estudio.

—Eso significa que no podré dormir nada esta noche —protestó.

—¿Para qué necesitan dormir los muchachos como nosotros? —dijo Hess riéndose—. Somos superhombres.

Mientras Lowis se apresuraba, Terrell preguntaba sin mucha amabilidad:

—¿Qué es eso Fred?

—Joe acaba de llamar, Jefe. Dice que hubo otra muerte: asesinato. Nos necesita allí, señor.

Terrell se inclinó y miró a la mujer que habían dejado en el suelo. Tenía alrededor de cuarenta años; era delgada, bien parecida, con buena figura.

—Una basura, Fred. Sus muslos están marcados por continuos pinchazos.

—El enano nos dio un dato. La conoce. Dice que no sólo es una basura, sino también una ramera. Browning estará encantado cuando se entere.

Igual que un buitre oliendo carroña, Hamilton, del «Sun», entraba en ese momento al bar y se dirigía hacia ellos.

—Dejaremos a Max que se haga cargo de los últimos detalles —dijo Terrell—. Vamos a reunimos con Joe.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Hamilton. Era un hombre alto, de cabello gris, de unos cuarenta años. Alguien le había dicho alguna vez que se parecía a James Steward e imitaba su modo de hablar arrastrando las palabras, lo que acentuaba aún más su parecido con el famoso actor.

Terrell salió por el largo bar.

—Siga buscando y verá —contestó por encima del hombro.

—¿Qué están tramando? —preguntó Hamilton siguiendo los pasos a Hess.

—Otro cadáver. Ella lo liquidó y luego se suicidó —respondió Hess.

Cuando los dos hombres pasaron delante, Edris dio unos pasos hacia atrás y los miró. Después observó a los dos enfermeros que colocaban a la mujer muerta en una camilla y salían muy deprisa con ella.

Cuando llegó trotando al office y cerró la puerta, su rostro se iluminó con una sonrisa diabólica. Con alegre exuberancia, empezó a bailar alrededor del cuarto, balanceando sus brazos deformes para acompañar su danza.

Seaview Boulevard une a Paradise City con Seacombe. En la parte del Boulevard más cercana a Paradise City, las villas son grandes, lujosas y bien cuidadas. Cada una de ellas tiene poco más o menos media hectárea de jardín bien cuidado, piscina, garaje triple y puerta de control eléctrico para automóviles. Por el lado de Seacombe, las villas son pequeñas, descuidadas y baratas. Tienen jardincitos pequeños y los niños juegan en las aceras. Seaview Boulevard representa en su mayor grado, la diferencia del standard de vida superior e inferior de los americanos, de los que tienen y de los que no tienen, del rico y del pobre.

Los primeros reflejos pálidos de la aurora empezaban a iluminar el cielo nocturno, cuando el sargento Beigler se detuvo ante el número 247; un bungalow tipo villa, rodeado por una cerca alta y compacta.

Sacó una linterna de la guantera de su auto, luego atravesó la acera, abriendo la verja de madera y usó la luz de la linterna para iluminar el camino que llevaba a la puerta de entrada. Levantó el felpudo de nuevo y encontró la llave, según había dejado escrito la muerta.

Se detuvo unos instantes para mirar el bungalow de enfrente que se hallaba en sombras; luego, sacando su pistola de la funda, apretó el timbre y esperó. No creía que alguien le fuese a responder, pero era un «polizonte» muy cuidadoso. No iba a usar la llave hasta no estar seguro de que nadie más que el muerto se hallaba en el bungalow.

Una espera de dos minutos lo dejó satisfecho y, deslizando la llave en la cerradura abrió la puerta. Dio unos pasos por un pequeño vestíbulo, cerró la puerta y movió en círculo la luz de su linterna hasta localizar la llave de la luz. Encendió una araña, alumbrando un pasillo delante de él, con puertas cerradas a cada lado.

Se quedó un poco sorprendido al ver que, aparte unas cortinas de nylon blanco, las dos habitaciones delanteras no tenían muebles. La tercera puerta al final del pasillo daba a un cuarto de baño. La puerta de enfrente daba a una cocina. Los aparadores y los cajones vacíos, llenos de polvo, le hicieron pensar que nadie vivía en ese bungalow, ni había comido allí desde hacía mucho tiempo.

Se dirigió a los dos cuartos del fondo del pasillo. Abrió la puerta de la izquierda,

encendió la luz y entró en el dormitorio. Con una mirada se dio cuenta que no era un dormitorio común.

En el centro de la habitación había una cama grande. Las sábanas y las fundas de los almohadones estaban inmaculados y no habían sido usados. Había un gran espejo en la pared opuesta a la cama y otro espejo cubría el techo. La alfombra era espesa y de color claro. Las paredes verde botella estaban decoradas con fotografías enmarcadas de coristas desnudas y sonrientes. Había un gran armario a un lado de la habitación; Beigler se dirigió a él y abrió las puertas. Una rápida mirada le hizo ver que allí había todo lo que podía necesitar una mujer pervertida, desde los álbumes de fotografías eróticas hasta látigos y bastones. Cerró el armario, luego salió del cuarto y se detuvo al encontrar la puerta cerrada de la siguiente habitación. Se adelantó, giró el pomo de la puerta y la abrió. La puerta se movió muy despacio. Había una luz en la habitación. Delante de él vio una cama normal. Un hombre estaba tirado en ella, con un diario sobre la sábana. La muerte lo había sorprendido en la inocente tarea de leer las noticias de la tarde. Tenía puesto un pijama azul y blanco; la delantera estaba teñida de sangre. Había sangre en sus manos apretadas y manchas de sangre en sus mejillas quemadas por el sol.

Beigler lo contempló un largo rato, luego entró en la habitación.

El muerto era corpulento, con hombros de boxeador. Su cabello, cortado al rape, era muy negro. Su bigote, que parecía una pincelada, le daba un aire fanfarrón y cierto sex-appeal. Pertenece al regimiento de play boys que se ven en las playas de Paradise City, ostentando sus músculos, su hombría y su virilidad; era su único capital, pues los dólares pocas veces permanecen en manos de hombres como esos.

Beigler vio un teléfono sobre la mesita de noche. Marcó el número de «La Coquille». Acababa de hablar con Hess cuando sonó el timbre. Se dirigió a la puerta de entrada, donde encontró al detective de segundo grado Tom Lepski, parado sobre el felpudo.

—El Jefe dice que hay líos aquí —dijo Lepski entrando en el vestíbulo. Era un hombre alto, musculoso, recio, con una cara agradable, quemada por el sol y ojos celestes.

—Sí... un cadáver. Entre y véalo.

Beigler le mostró el camino hasta el dormitorio. Lepski se quedó mirando al muerto, luego se echó para atrás el sombrero.

—Ese es Johnnie Williams —dijo—. Bueno, por fin acabó así.

—¿Lo conocía?

—Claro que sí. Lo he visto bastante. Era uno de los más conocidos gigolós del Palace Hotel. ¿Qué estaría haciendo en un lugar como éste?

Beigler había registrado los cajones de la cómoda que estaba contra una de las paredes. Encontró una cartera de piel de cerdo. Dentro había un carnet de conducir y

un talonario de cheques. Todo estaba a nombre de Johnnie Williams.

Por el talonario de cheques, Beigler se enteró de que Williams tenía en el banco 3.756 dólares en efectivo.

—Supongo que vive aquí —dijo—. Eche una mirada al cuarto de enfrente.

Mientras Lepski estaba en la otra habitación, Beigler siguió registrando el cuarto más pequeño. Encontró un armario lleno de ropa de Williams.

Lepski volvió a la habitación.

—Bastante curioso —dijo—. ¿Quién es la mujer?

—Se llama Muriel Marsh Devon. Se mató con una dosis excesiva de heroína, esta noche, en el restaurante «La Coquille». Dejó una nota confesando su suicidio y admitiendo que había liquidado a nuestro hermoso huésped.

Lepski examinó al muerto y en especial el pecho. Refunfuñó y retrocedió.

—Seguro que ella lo liquidó. Y su corazón se hizo trizas al verlo.

Beigler de repente se agachó y miró debajo de la cama. Con mucho cuidado arrastró, poniéndola a la vista, una 38 automática. Sacando su pañuelo, lo arrojó sobre la pistola y la levantó.

—Bonito caso recién iniciado y ya terminado —dijo—. Sería el colmo que ahora no pudiese tomarme una o dos horas de descanso.

Un auto se detuvo frente al bungalow y Lepski se dirigió a la puerta. Volvió con el doctor Lowis.

—Es todo suyo —comentó Beigler, mostrando al hombre muerto.

—Gracias por el regalo —exclamó Lowis—. Ahora tengo que hacer dos informes.

Beigler hizo un guiño a Lepski y lo empujó hacia la puerta de entrada. Salieron al jardín y encendieron sendos cigarrillos.

—Parece que nadie oyó los disparos —dijo Lepski, señalando el bungalow de enfrente.

—Quizá estén de vacaciones —contestó Beigler—. Además, esta parte de Seacombe es muy cerrada. ¿Sabe algo de eso? Llevo diez años en la policía... y hasta ahora nunca ha habido una denuncia de Seacombe.

—Me pregunto por qué le hicieron esto a Johnnie. Me pregunto también por qué perdía el tiempo con una ramera de dos dólares.

—Ella valía mucho más que eso. La he visto. Estaba bien vestida; bien cuidada. A la mayor parte de los hombres que buscan prostitutas, les gusta hacerlo en suburbios miserables. Me pregunto por qué.

—Entonces no sé —Lepski ahogó un bostezo—. Ojalá el Jefe no me hubiese arrancado de la cama.

—Ahí vienen —dijo Beigler viendo dos autos que llegaban por el ancho boulevard, con su faros iluminando la fila de bungalows a medida que iban pasando.

Media hora después, el doctor Lowis salió del bungalow y se reunió con el Jefe de Policía Terrell que estaba sentado en su auto, fumando una pipa, esperando con toda paciencia el informe de sus hombres.

—Ya he dicho que lo habían matado alrededor de las veintidós —informó Lowis—. Cinco balas en el corazón. Buena puntería, pero en realidad ella no podía haber errado. Le disparó desde los pies de la cama. Tendré el informe listo para las once. ¿Está bien?

Terrell asintió.

—Así tenía que ser, doctor. Muy bien, váyase y duerma un rato.

Cuando Lowis se fue con el auto, Bert Hamilton salió del bungalow. Había estado ocupado hablando por teléfono, dictando su artículo.

—Muy sustancioso todo esto —le dijo a Terrell—. ¿Tiene alguna idea de por qué lo mató?

—Eso es lo que quisiera saber —le dijo Terrell, saliendo del auto—. Hasta pronto, Bert —y pasando por delante del reportero entró en el bungalow.

Beigler y Hess estaban hablando en el vestíbulo.

—Todo bien por aquí, señor —dijo Hess—. Una tarea bonita y prolija.

—Así parece —contestó Terrell—, pero no va a ser tan fácil. Ustedes dos, muchachos, vayan a East Street y registren la casa. Averigüen si la nota que dejó fue escrita por ella misma. Me parece que este caso es muy claro, pero tenemos que estar seguros. Hablen con el enano. Parece saber mucho. Tal vez nos pueda decir por qué mató a Williams. Necesito tener un informe sobre mi escritorio a las diez, de manera que a moverse, muchachos.

Hess ahogó un gemido.

—Muy bien, Jefe.

Terrell entró en el cuarto del muerto donde Lepski estaba examinando las paredes, hablando con los hombres que tomaban impresiones digitales, quienes estaban ordenando sus equipos.

—Tom —dijo Terrell—, quisiera averiguar si alguien ha oído los disparos. Registre el boulevard de arriba abajo y consígame algunos antecedentes de Williams.

—¿No querrá que empiece ahora, Jefe? —dijo Lepski—. Son apenas las seis. No pretenderá que saque a la gente de la cama, ¿verdad?

Terrell se sonrió.

—Deles media hora más. En esta parte del boulevard se levantan temprano —salió al oír que se aproximaba un auto—. Llega la ambulancia. Dejo todo en sus manos —se volvió hacia los hombres que se ocupaban de las impresiones digitales—. ¿Encontraron algo?

—Cantidad de huellas —dijo uno de ellos—. Esta habitación no debe haberse limpiado desde hace muchos meses. La mayor parte de las huellas son de él, pero hay

otras. Ahora vamos a examinarlas todas.

Terrell asintió con la cabeza, luego se dirigió a la puerta de entrada, en el momento en que llegaba la ambulancia. Les dijo a los dos enfermeros dónde encontrarían el cuerpo, luego subió al auto y se dirigió al cuartel de la Policía.

U nos minutos después que Terrell y sus hombres abandonaron el restaurante «La Coquille», dirigiéndose a Seaview Boulevard, Ticky Edris se quitó la chaqueta blanca y se puso otra de alpaca gris clara. Luego fue trotando hasta la puerta del office, la abrió y echó una mirada al bar.

Louis y Jacoby estaban hablando en lo alto de la escalera.

—Me voy a casa, míster Louis —dijo Edris con su voz chillona—. ¿Le parece bien?

Louis le hizo una seña con la mano, sin dejar de hablar con Jacoby. Edris volvió al office; sus movimientos eran rápidos y bruscos. Salió por la salida del personal, bajó saltando un tramo de escalones y llegó al terreno reservado para el estacionamiento de los autos del personal. Medio corriendo, medio saltando, llegó donde estaban estacionados dos autos. Uno de ellos era un Cooper Mini; el otro un Buick Roadmaster convertible, con la capota alta.

Un hombre de anchos hombros estaba sentado al volante del Buick, fumando un cigarrillo. Llevaba puesto un sombrero de paja marrón y un traje claro muy bien cortado. Su camisa era blanca e inmaculada; su corbata de buena calidad y elegante. Su cabello de un rubio dorado, iba bien con su tez muy quemada por el sol. Era un buen mozo. Representaba unos treinta y ocho años y el profundo hoyuelo de su mentón le daba esa personalidad especial que atrae a la mayoría de las mujeres.

Se le podía tomar por un abogado próspero, un funcionario de un banco o incluso un político en pleno auge, pero no era ni abogado, ni funcionario de banco, ni político. Phil Algir se servía de su buena pinta, del conjunto de sus conocimientos generales y de su simpatía personal, para despilfarrar su dinero. Algir era un estafador que había pasado catorce años de su vida en la cárcel y que había tenido que escapar de Nueva York, para dirigirse a Florida, en el preciso momento en que aparecía una orden de arresto contra él. Había permanecido muy tranquilo en Paradise City, con escasos fondos, temeroso de que se descubriera alguna de sus estafas, sabiendo que la próxima vez que lo pescaran, volvería a estar dentro otros catorce años.

Tras su exterior agradable y simpático, Algir ocultaba un cinismo despiadado. Hasta esa noche, se las había arreglado para conseguir el dinero que necesitaba sin recurrir a la violencia, pero ahora se había arrancado la máscara. Si el plan que habían trazado él y el enano no marchaba, esta vez no iban a estar catorce años en una celda. Les esperaba un sitio en la cámara de gas. Pero tenía confianza en Edris y en sí mismo. Este asunto tenía que marchar... y así tenía que ser.

—¿Bien? —preguntó, arrojando su cigarrillo cuando Edris se reunió con él.

—Parece un sueño —dijo Edris, dejando descansar sus dedos deformes en la puerta del auto—. Ningún alboroto, ninguna dificultad. ¿Lo suyo fue bien?

—Sí.

—Se han ido al bungalow. Después vendrán a East Street. Será mejor que se vaya, Phil. Ya sabe lo que tiene que hacer.

—Sí —Algir puso en marcha el motor—. ¿Cree que han quedado satisfechos con la idea del suicidio?

—Parece que sí. Voy a vigilar a Terrell. Es muy vivo. No vaya a llegar al colegio antes de las siete y media.

—Ya sé... ya sé. Lo hemos repetido bastantes veces ¿no es así? Ocúpese de lo suyo. Yo me ocuparé de lo mío.

Edris retrocedió unos pasos y Algir salió con el auto del estacionamiento.

Edris se quedó mirando cómo desaparecían las luces traseras del Buick; luego se volvió y subió al Mini. Los pedales de embrague, freno y arranque habían sido levantados con tacos de corcho, para que sus cortas piernas pudieran alcanzarlos. Era un conductor experto e iba a gran velocidad. No había tenido ni un accidente durante los diecisiete años que llevaba conduciendo.

Salió a gran velocidad de Paradise City, lanzando al Mini a ciento treinta kilómetros por hora, una vez que estuvo en la carretera. Pero cuando iba llegando al número 247 de Seaview Boulevard, aminoró la marcha y condujo despacio, observando los autos de la policía estacionados delante del bungalow.

Tardó otros diez minutos en llegar a East Street. Dejando el auto delante de la casa, tomó el ascensor hasta el piso más alto y entró en el apartamento que ocupaba desde hacía ocho años.

Tenía un gran salón, un pequeño dormitorio, una cocina y un aseo con ducha. Había gastado mucho en arreglar bien el salón y seleccionar con cuidado los muebles y adornos y había conseguido tener un hogar confortable y amueblado con gusto. Usaba una mesita de café para sus comidas y se había mandado hacer una silla en miniatura y un sillón confortable para él: el resto del mobiliario era de tamaño normal pues a Edris le gustaba recibir a sus amigos de vez en cuando y había elegido el sofá y los sillones pensando en la comodidad de los demás.

Entró dando saltitos en el dormitorio, se quitó la ropa y se metió en la ducha. Bailó bajo la lluvia en su grotesca desnudez, golpeando las manos al ritmo de su tataro. Luego se secó y se puso un pijama azul y oro y una bata azul. Se dirigió al salón, atravesando el bar en miniatura. Se sirvió un trago de whisky, le agregó agua, llevó su vaso al sillón y se sentó, poniendo los pies sobre un banquito. Tomó un trago, dejó el vaso y encendió un cigarrillo. Se quedó unos instantes sentado, relajado, aspirando el humo de su cigarrillo y echándolo por la nariz. Miró el pequeño reloj de pulsera de mujer que tenía en la muñeca. Eran las seis y media. Faltaba poco para que Phil llegara a Greater Miami. Si todo iba bien, Phil estaría de vuelta en Paradise City a eso de las ocho y media. No podía esperar noticias de Phil antes de las las nueve o

tal vez las diez.

Edris terminó de tomar su whisky, ahogó un bostezo y arrojó la colilla de su cigarrillo. Le hubiese gustado irse a la cama, pero sabía que si lo hacía, se quedaría dormido y no quería. No tenía que dormirse y estar con la mente embotada cuando llegaran los «polizontes».

Saltó de la silla, llevó su vaso vacío al bar y se preparó otro trago. Edris era un gran bebedor, pero capaz de absorber una cantidad considerable de alcohol sin que le afectara lo más mínimo. Pero esa noche tenía que soportar una gran tensión nerviosa y estaba cansado. Se dijo que debía tener mucho cuidado con el whisky. Era importante que no se confiara demasiado.

Estaba terminando su copa, bebiendo con lentitud su contenido, cuando oyó que un auto se detenía abajo, en la calle. Controló su primer ímpetu de ir a mirar por la ventana. Los «polizontes» no debían sorprenderlo espíandolos. Llevó su vaso a la cocina y lo enjuagó. Luego fue al vestíbulo y permaneció parado ante la puerta de entrada escuchando.

Beigler le había pedido al portero la llave del apartamento de la mujer y éste se había encogido de hombros con indiferencia cuando Beigler le había dicho que había muerto. A las preguntas de Beigler, había respondido que sabía poco de la mujer, excepto que su nombre era Marsh, que pagaba su alquiler con regularidad, que no aparecía nunca por las mañanas, que se iba por la tarde y volvía a altas horas todas las noches. No tenía mucha correspondencia y escasos visitantes.

Bostezando prodigiosamente, Hess entró en el ascensor con Beigler y subieron hasta el último piso.

Al entrar al apartamento que pertenecía a la mujer, miraron en todas direcciones. El salón estaba amueblado con confort y había un televisor en un rincón. Una cama grande ocupaba gran parte del dormitorio y había un gran armario. Sobre la mesa de tocador había dos fotografías con marcos de plata; una de un hombre elegante, de cabello oscuro, de unos treinta años; la otra de una chica de unos dieciséis a diecisiete años, con el cabello rubio muy corto. Sus rasgos finos, su nariz respingona y su boca grande, le daban un aspecto de diablillo, que la hacía muy atractiva.

Un registro cuidadoso de los cajones de la cómoda, no les reveló gran cosa; no había nada interesante, excepto una cantidad de cuentas sin pagar y un paquete de cartas que empezaban con: «Querida Mamá» y terminaban con «Todo mi cariño, Norena». La dirección al principio de cada carta era, «Graham Co-Ed School, Greater Miami». Hess halló varias muestras de la escritura de la muerta, que comparó con la nota dejada por ella. Parecían haber sido escritas por la misma persona.

Beigler, que se había estado leyendo algunas de las cartas de la chica que firmaba Norena, levantó la vista hacia Hess.

—Supongo que debe ser la hija —preguntó y señaló la fotografía que había sobre

el tocador—. Guapa chica. Me pregunto quién será el padre.

—Tal vez el enano lo sepa. Vayamos a hablar con él. Vive enfrente.

Abandonando el apartamento, los dos hombres cruzaron el rellano y Hess tocó el timbre de la puerta del apartamento de Edris.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió y apareció Edris mirándolos inquisitivamente.

—Oh —dijo dejándoles paso—. Entren caballeros. En este preciso momento estaba haciendo café. ¿Quieren acompañarme?

—Por supuesto —dijo Beigler y los dos detectives entraron en el salón.

—¿Por qué está levantado, Ticky? —preguntó Hess.

—No puedo dormir sin café. En un segundo estaré con ustedes —dijo Edris y haciendo unas cabriolas entró a saltitos en la cocina.

—¿Qué especie de mono es éste? —dijo Hess. Miró en derredor—. ¡Por el amor de Dios! ¡Se ha hecho un sillón a medida!

—¿Y por qué no se lo iba a hacer? —dijo Beigler, dejándose caer en otro sillón—. ¿Le gustaría ser un enano?

Hess pensó un rato se encogió de hombros y se sentó.

—¿Por qué me voy a preocupar? No soy un enano.

Edris volvió trayendo una bandeja con las cosas para el café. Sirvió tres tazas y le dio a cada uno la suya; luego se sentó en un sillón y puso los pies en el banquito.

Los tres hombres bebieron un poco de café. Beigler, que se consideraba un entendido, movió la cabeza en señal de aprobación.

—Buen café —dijo—. Está en su punto.

Edris sonrió.

—El café para mí no tiene secretos. Yo...

—No nos interesa el café —interrumpió Hess—. Díganos lo que sabe de esa mujer. ¿Es su marido quien está en la foto del dormitorio?

Edris era demasiado vivo para caer en una trampa tan burda.

—No puedo saberlo. Nunca he estado en su dormitorio.

Hess se quedó mirándolo, luego se puso de pie, atravesó el rellano y tomó las dos fotografías. Volvió y se las mostró a Edris.

—¿Quién es?

—Ese no es su marido. Ese es el tipo que andaba con ella desde hace unos quince años.

—¿Esta es su hija?

—Sí, es su hija.

—¿Dónde está ahora?

—En el Graham Co-Ed School, en Greater Miami.

—¿Vive su marido?

—Sí, vive.

—¿Quién es?

—Melville Devon.

—¿Sabe dónde vive?

—En algún sitio de Paradise City. No sé dónde con exactitud.

—¿Dijo que se fugó con este tipo, Lewis? ¿Dejó a su marido por él?

—Sí. Por lo que me dijo, no se llevaba bien con Devon. Era el tipo de hombre demasiado serio, trabajando siempre. Después de menos de dos años de matrimonio, encontró a Lewis. Tenía dinero. Y se fue con él. Hace quince años de esto. Se llevó con ella a su hija. A Lewis le gustaban los niños. Fueron felices un año, luego él se murió.

Hess permaneció pensativo mirando a Edris.

—¿Ella misma le contó todo eso?

—Sí. No todo al mismo tiempo. Cuando se ponía melancólica solía venir aquí y se quedaba sentada sin decir nada durante horas. Luego empezaba a hablar y entonces no paraba. Cuando murió Lewis, no tenía dinero. Tenían el proyecto de casarse tan pronto Muriel obtuviera el divorcio. Dejó a su hija con una nodriza y consiguió un empleo como recepcionista en un hotel —Edris dejó de hablar para terminar su café. Se sirvió más y empujó la cafetera hacia Beigler—. Tuvo malas compañías. Después de un tiempo empezó a pincharse. La echaron del hotel. No tenía dinero para salir de apuros, y empezó a hacer la calle. Un viejo le puso un apartamento. Vivió bastante bien durante los cinco años sucesivos hasta que él murió. Metió a Norena... es su hija... interna en un colegio. Estaban juntas sólo durante las vacaciones. El hábito de la droga se apoderó de ella; tuvo que salir de Nueva York y se vino aquí. Entonces Johnnie Williams la conoció —Edris se detuvo de nuevo y miró a Hess—. Tal vez sería mejor que hablaran con él. Sabe más de Muriel que yo.

Hess se sirvió otra taza de café.

—Williams está muerto. Ella lo mató. ¿Por qué no se lo diría, Ticky? Le contaba todo, ¿no es así? ¿Por qué no le dijo que le había metido cinco balas en el cuerpo antes de ir a «La Coquille»?

Edris estaba sentado muy tieso. Sus grandes ojos se nublaron. Parecía un perro de aguas.

—No me lo dijo. Me di cuenta de que algo bastante malo había sucedido, pero estaba borracha. Sus palabras no tenían sentido. ¡De manera que lo mató! Bueno, él se lo buscó. ¡Sucio bastardo, hijo de perra!

—¿Por qué se lo buscó? —preguntó Beigler.

—Ella hizo de todo por ese truhán. Lo mantenía, le compraba ropa, le dejaba una habitación sin cobrarle nada. Estaba loca por él. Durante los últimos seis meses, más o menos, él empezó a buscar a las viejas del Palace Hotel. Encontró una con dinero.

Para entonces, Muriel estaba deshecha. Se pinchaba tanto que ni siquiera conseguía clientes. Tenía las cuentas del colegio y otras deudas que pagar. Johnnie estaba lleno de dinero. Cuando ella trató de pedirle algo prestado, él se le rio en la cara. Me parece que esta vez habrá reído demasiado.

—¿Qué sabe de su hija? ¿Tiene idea de lo que ha sido de ella?

—No. Muriel y ella viajaban en barco durante las vacaciones. No quería que Norena viniera a su apartamento con demasiada frecuencia. Tenía esperanza de poder llevarla a las Indias Occidentales estas vacaciones, pero no tenía dinero y Johnnie no quiso ayudarla.

—Usted fue su mejor amigo... ¿No la ayudaba, Ticky?

—No quería aceptar nada. Se lo ofrecí, pero nunca quiso recibir dinero de mí.

—¿Por qué no? Usted era su mejor amigo, ¿no es así?... el hombre en quien siempre confiaba.

Edris miró pensativo a Hess, con expresión dura.

—Creo que pensaba que yo era más digno de lástima que ella. Nunca me miró como a un ser humano. Yo sólo era alguien... mejor dicho... algo.

Hess le echó una mirada despectiva.

—¿Le dijo que le tenía lástima?

—Sí.

—Bueno, usted ahorra dinero, ¿verdad, Ticky?

—No tengo tanto dinero como para ahorrar —dijo Edris.

—Oh, ¡vamos! Con sus chistes, estoy seguro que consigue sus buenas propinas.

—No insista, Fred —dijo Beigler con impaciencia—. De todas maneras eso no nos interesa.

—Oh, no sé. Creo que su extravagancia le sirve de pantalla —dijo Hess mirando a Edris con el ceño fruncido—. ¿Muriel no le dijo algo que le haga pensar que mató a Williams?

—No.

Hess empezó a abrir un paquete de chicles.

—¿Ella tenía una pistola, Ticky?

—Creo que no. Debí tenerla. No sé.

—¿Quién era el sujeto a quien ella le daba su dinero?

—No sé.

—¿No sería usted?

—No.

Hess se metió un chiclet en la boca, contempló sus manos durante un largo rato, luego se encogió de hombros. Se puso de pie.

—Creo que es todo. ¿Quiere preguntar algo, Joe?

Beigler también se puso de pie.

—No.

—Bueno, vámonos de aquí.

Los dos detectives se dirigieron hacia la puerta. Edris permaneció sentado en su sillón, con los pies en el banquito, siguiéndolos con la vista.

—Gracias por el café —dijo Beigler desde la puerta.

—Cuídese bien, pequeño —recomendó Hess.

Los dos detectives salieron, cerrando la puerta.

Edris se quedó aún varios minutos en el mismo sitio, sintiendo que la sangre le subía al rostro. Sus ojos brillaban. Sus dedos deformes apretaban los brazos del sillón como si quisiera desahogar su rabia.

Más tarde, cuando las agujas de su reloj marcaban las siete y cuarto, se puso de pie y se dirigió al teléfono. Marcó un número. Mientras esperaba la comunicación, encendió un cigarrillo.

—Graham Co-Educational School —respondió una voz de mujer.

—Deseo hablar con el doctor Graham —dijo Edris—. Es algo muy Urgente.

—¿De parte de quién?

—Mi nombre es Edward Edris. Es un asunto que se refiere a Norena Devon... una de sus alumnas. Es un caso muy urgente.

—¿Quiere esperar un minuto, por favor?

Edris aspiró el humo y lo soltó por la nariz. Hubo un momento de espera, luego una voz de hombre dijo:

—Aquí el doctor Graham.

—Doctor, soy Edward Edris. Soy amigo de la familia Devon. Norena me conoce muy bien. Ha habido un accidente. Su madre está gravemente herida.

—Lamento mucho esa noticia. ¿Qué puedo hacer, Edris?

—¿Quiere darle la noticia a Norena? No le diga la gravedad del caso. Sólo dígame que ha habido un accidente. Doctor Graham, sucede lo siguiente: míster Stanley Tebbel, el abogado de mistress Devon, está en Greater Miami. Ya he hablado con él. Como tiene que regresar en seguida a Paradise City, podría traer a Norena. Esto nos haría ganar tiempo. Su madre pregunta por ella —Edris esperó, sintiendo su creciente tensión. Esta era la parte crucial de la conversación. ¿Aceptaría Graham o pondría inconvenientes?

—Míster..., ¿cómo dijo usted? —preguntó Graham al cabo de unos instantes.

—Stanley Tebbel.

—¿Norena conoce a ese caballero?

—Debe conocerlo. No sé si se han visto alguna vez. Doctor Graham, comprendo muy bien lo que piensa. Uno no debe dejar a una chica de diecisiete años salir con un extraño.

Apreció sus escrúpulos. Pero es de una urgencia extrema. Para hablar claro, la

madre de Norena se esta muriendo. Mire le sugiero que le de la noticia a Norena, dígale que he llamado por teléfono... ella me conoce muy bien. Dígale que me llame y le explicaré el arreglo con míster Tebbel. Mi teléfono es Seacombe quinientos cincuenta y seis.

Hubo otro silencio; luego el doctor Graham dijo:

No va a ser necesario, míster Edris. Haré que Norena se vaya con Tebbel en cuanto llegue. Siento mucho todo esto.

—Muchas gracias, doctor.

—Norena estará lista para salir dentro de media hora. Buenos días, míster Edris —y cortó la comunicación.

Edris colgó el receptor. Su rostro brillaba con una sonrisa astuta y cínica. De pronto empezó a saltar y, al descender; doblaba las rodillas, extendiendo sus cortas piernas como en una danza de cosacos, aplaudiendo con sus manos deformadas.

Siguió bailando dando vueltas y vueltas a la habitación; parecía la siniestra figurilla de un demonio.

El doctor Wilbur Graham, un hombre alto, corpulento, con aire de cansado, se paseaba de un lado a otro de su despacho, sus huesudas manos detrás de la espalda. Faltaban tres días para terminar el curso y tenía aún mucho que hacer, pero le parecía que no podía seguir trabajando hasta haber terminado con este triste asunto de Norena Devon, una de sus alumnas preferidas.

Había visto a la niña y le había dado la noticia. También le había dicho que el abogado de su madre llegaría de un momento a otro para llevarla a su casa.

Norena no era una chica muy atractiva. Usaba gafas con montura de plástico y tenía tez cetrina; pero poseía una buena figura y su pelo rubio tenía brillo y estaba bien cuidado.

—Ella... ¿va a morir? —preguntó.

—Está gravemente herida, Norena. Tiene que ser valiente. Creo que míster Edris me lo hubiese dicho si estuviese en peligro, pero está mal —le había contestado, tratando de disimularle un poco la verdad.

Aún estaba paseándose de un lado a otro cuando la criada anunció a Mr. Stanley Tebbel.

—Hágalo entrar —dijo Graham.

Phil Algir entró en el cuarto, con su sombrero de paja en la mano. Su cara agradable tenía la expresión exacta y necesaria de pesar, amistad y consideración para conquistar a Graham. La vestimenta de Algir también mereció la aprobación del doctor. Este, sin lugar a dudas, era un hombre bueno, cuya sinceridad absoluta estaba pintada en su rostro.

—Siento mucho tener que visitarlo tan temprano —dijo Algir con su linda voz de

barítono. Se permitió una ligera y triste sonrisa—. Me imagino que, con el final de curso tan cerca, debe estar muy ocupado. Pero por desgracia éste es un caso de suma urgencia y pensé que tenía que venir en seguida.

—Sí, por supuesto —el doctor Graham le señaló una silla—. Por favor, siéntese. ¿Cómo está míster Devon?

Algir se sentó y movió la cabeza.

—Está muy mal. ¿Le ha dado la noticia a Norena?

—Sí, se la he dado. Por supuesto que está impresionada, pero no le dijo lo peor.

—Tengo miedo que sea lo peor. Tenemos que darnos prisa. Temo que lleguemos demasiado tarde.

—Está lista, estoy seguro —Graham tocó el timbre que tenía sobre su escritorio—. ¿En qué hospital está Devon?

Listo para contestar a esta pregunta, Algir dijo con voz tranquila:

—No lo sé. Fue todo tan precipitado. Míster Edris se olvidó de decírmelo. Pienso ir primero a su casa y luego al hospital. Me ocuparé de que lo tengan al corriente, doctor.

La criada se asomó a la puerta.

—Por favor dígame a míster Devon que estamos listos —dijo Graham.

Cuando la criada se fue, Algir se puso de pie y se dirigió al gran ventanal. Debía tratar de desviar la atención de Graham y evitar preguntas embarazosas. Miró hacia fuera, al jardín del colegio.

—Qué magnífico es todo esto, doctor. Me alegró de haber conocido este lugar. A menudo tengo clientes que me preguntan por un buen colegio para sus hijas. Será un gran placer para mí poderles recomendar el suyo.

Graham estaba resplandeciente.

—Muy amable de su parte, míster Tebbel. ¿Tal vez desearía llevarse algunos de nuestros folletos?

—Con mucho gusto.

El doctor Graham tomó varias hojas impresas que le dio a Algir y éste empezó a mirarlas. Sus preguntas llenas de interés hacían que la atención de Graham se apartara de Norena.

Por fin, se oyó un golpecito en la puerta. Graham atravesó la habitación y abrió la puerta.

—Entre, Norena. Míster Tebbel está aquí.

La chica entró y se detuvo con aire tímido en medio de la habitación. Llevaba puesta una falda gris plateada, una blusa blanca, un sombrero negro y zapatos negros. Llevaba al brazo un bolso pequeño que hacía juego con la blusa. Parecía lo que en realidad era: una colegiala seria, que salía con su mejor atuendo.

Graham vio que había estado llorando. Sus ojos detrás de los cristales de sus

gafas estaban enrojecidos y húmedos. Estaba muy pálida, pero trataba de dominarse y logró sonreír, mientras Algir atravesaba la habitación, con una sonrisa amistosa y con expresión grave.

—Nunca nos hemos visto, Norena —dijo tendiéndole la mano—. He estado ocupándome de los asuntos de su madre desde hace algún tiempo. Muchas veces me ha hablado de usted. Me hubiese gustado conocerla en circunstancias más felices.

—Sí, míster Tebbel —dijo Norena y miró para otro lado, luchando para dominar la emoción que la invadía.

—Tenemos que irnos —dijo Algir, volviéndose a Graham—. Le llamaré por teléfono en cuanto tenga alguna noticia —se volvió hacia Norena—. El auto está en la puerta. ¿Nos vamos?

Graham tomó la mano de la chica.

—Adiós, doctor, y gracias... —se dio la vuelta rápidamente y abandonó la habitación.

—¿Su equipaje está listo? —preguntó Algir—. No creo que pueda volver. ¿Es el último curso, no es así?

—Sí, es el último. Sólo ha podido hacer una maleta. El resto de sus cosas se las mandaré a su casa.

—Muy bien. Me voy. Bueno, esperamos...

Los dos hombres se dieron la mano, luego Algir bajó corriendo la escalera y subió al Buick al lado de Norena. Puso el auto en marcha y salió por el largo camino del colegio hasta la carretera principal.

Condujo con cuidado especial a través de Greater Miami. Su ímpetu lo llevaba a apretar a fondo el acelerador, pero sabía muy bien que un accidente o cualquier infracción de tránsito podría echar a perder el plan desesperado en que se había embarcado para hacer dinero. Fue en el momento que conducía el Buick a Florida Keys cuando Norena preguntó con expresión tímida:

—Míster Tebbel, ¿es verdad que mi madre está herida y muy grave?

—Está bastante mal, Norena —dijo Algir—. No tiene que preocuparse. Por ahora no podemos hacer nada.

—¿Fue por un auto, no?

—Así es. Ella bajó de la acera y el conductor no tuvo ninguna posibilidad de frenar.

—¿Estaba... ebria?

Algir se quedó helado. Echó una rápida mirada a la chica que tenía a su lado. Ella estaba mirando a través del parabrisas, con el rostro pálido e inmóvil.

—¿Ebria? ¿Qué quiere decir? No es muy bonito lo que dice de su madre, Norena.

—Mamá significa para mí más que cualquier otra persona en el mundo —dijo la chica con una pasión tan grande que Algir se estremeció—. La comprendo. Sé todo lo

que ha pasado. Sé todo lo que hizo por mí. Sé que bebía. ¿Estaba ebria?

Algir se movió, molesto.

—No —dijo por fin—. Ahora vea, Norena, tengo que pensar algunas cosas. Estoy trabajando en un asunto. Quédese tranquila, ¿quiere? Pero no se aflija. La llevaré junto a su madre lo más pronto que pueda... ¿de acuerdo?

—Sí. Lamento ser un estorbo.

De nuevo Algir se estremeció. Sus grandes manos se asieron con fuerza al volante. No hubiese querido conocer a esta chica. Hubiese querido que permaneciera por completo extraña para él, como Johnnie Williams. Había sido bastante sencillo entrar en el dormitorio de Williams y pegarle cinco tiros en el corazón. No había conocido al sujeto. Era igual que disparar a un muñeco de trapo. Si permitía que la chica hablara, tener contacto mental con él, ¿cómo podría llegar a matarla? Incluso ahora, esas pocas palabras que habían intercambiado le habían dejado una sensación de malestar. Sentía que un sudor frío iba creciendo dentro de él.

Se salió del tránsito congestionado de la carretera de Miami y tomó el primer camino que la atravesaba. Inclinandose, sus ojos escudriñaron el camino y dirigió el auto hacia delante.

El avión de Nueva York en su vuelo nocturno, aterrizó en el aeropuerto de Miami a la hora exacta. Mientras los pasajeros se amontonaban en el vestíbulo de recepción, las agujas del reloj de pared señalaban las siete y media.

Entre los pasajeros había una chica delgada de diecisiete años. Tenía un aire de diablillo; su cara era bonita y atractiva. Llevaba un pañuelo blanco en la cabeza, una chaqueta de gamuza verde botella, pantalones negros ajustados que le llegaban hasta los pies calzados con zapatos de tacón bajo y un pañuelo blanco atado al cuello. Su corpiño le subía el pecho en forma provocativa y sus bonitas y pequeñas caderas tenían un movimiento estudiado que atraía la mirada de todos los hombres que había en el vestíbulo.

Andaba muy segura de sí misma. Tenía un cigarrillo entre sus labios rojos, la mirada de sus ojos azules era dura y cuando los hombres la miraban, ella también los miraba de forma hostil, despectiva y desafiante.

Ira Marsh, la hermana menor de Muriel Marsh Devon, venía de un barrio bajo de Brooklyn. Su hermana, veintidós años mayor que ella, había abandonado su hogar y se había alejado de la familia Marsh antes que Ira naciera. Su madre había tenido once hijos e Ira era la última del rebaño. Cuatro de las chicas, incluyendo a Muriel, se habían ido del barrio que les había servido de hogar y no se las había vuelto a ver desde entonces. Si no hubiese sido por Ticky Edris, Ira no hubiese sabido que su hermana mayor era una prostituta adicta a las drogas. No es que le hubiese importado ni una cosa, ni la otra. Sus hermanas y sus hermanos significaban tanto para ella

como su padre, un viejo libertino borracho, a quien había tenido que dar con la puerta en las narices.

Una tarde, unos cuatro meses atrás, un enano sonriente la había esperado delante del bloque de viviendas en que vivía, en un Mini Cooper colorado. Ira volvía de los baños públicos, donde había pasado una hora sibarítica bañando su lindo cuerpo en agua caliente, lavando su cabello y preparándose en general para la sesión de música de swing a que siempre asistía los domingos por la noche.

Al verla, el enano bajó del auto y se plantó delante de ella. Tenía puesto una chaqueta sport marrón con bolsillos pegados, pantalones de franela gris y una gorra de baseball inclinada hacia el ojo derecho.

—Si es Ira Marsh —dijo, con una radiante sonrisa y ojos observadores—, quisiera hablar con usted.

Ella se quedó mirando al hombrecito, frunciendo el ceño.

—Quítese de mi camino, Pulgarcito —respondió con tono hostil—. Soy muy exigente para hablar con la gente.

Edris se rió con aire burlón.

—Es sobre su hermana Muriel. No sea huraña, nena. Muriel es muy amiga mía. .

Las mujeres, desde los balcones de hierro de los apartamentos del bloque de viviendas, estaban observándolos. Los niños habían dejado sus juegos callejeros y se les iban acercando, dando gritos y señalando a Edris.

Ira rápidamente se dio cuenta de la situación. Conocía a su hermana sólo de nombre. De pronto tuvo curiosidad por saber más de ella. Se dirigió al auto y se sentó en el asiento del acompañante. Edris trotó hasta el asiento del conductor y condujo por la calle, seguido de un racimo de niños gritando a los que no tardó en dejar atrás.

—Mi nombre es Ticky Edris —informó mientras conducía—. Estoy proyectando un trabajito que podría hacernos ganar a usted y a mí algún dinero.

—¿Por qué a mí? —preguntó Ira—. No sabe nada de mí. ¿Por qué a mí?

—No hay nada que no sepa de usted —contestó Edris. Aminoró la marcha buscando algún sitio vacío para estacionar y se detuvo.

Un mes atrás en uno de sus momentos melancólicos, Muriel le había mencionado a su hermana menor. «¡Nunca la he visto! Si no hubiese andado con un individuo que vive cerca de mi casa, nunca hubiese sabido que existía. ¡Piense un poco! ¡Una hermana de la edad de mi hija y nunca la he visto!».

Fue esa observación hecha al azar la que dio a Edris la clave de un problema que hasta ahora había sido insoluble para él. Se había puesto en contacto con la Agencia de Investigaciones de Nueva York y les había pedido que averiguaran todo lo que pudieran sobre una chica de diecisiete años llamada Ira Marsh. Por doscientos dólares, la Agencia le proporcionó un informe de cinco páginas que dio a Edris los datos que necesitaba y la firme convicción de que con esa chica, bien manejada, su

problema estaría resuelto sin mayores inconvenientes.

Además de una cantidad de detalles de menor importancia, se enteró por ese informe de que Ira Marsh era muy liberal. Había tenido algunos asuntos con la policía, pero había sido lo bastante viva como para no tener que comparecer nunca ante un juez. Era conocida como una experta ratera de tiendas, y los detectives de éstas no la perdían de vista ni un instante cuando la veían entrar. Estaba asociada a la pandilla Moccasin, una banda terrorista compuesta por muchachos muy jóvenes, que sin cesar chocaban con la policía y con las pandillas rivales del barrio. El jefe de los Moccasin era Jess Farr, un truhán de dieciocho años que se había abierto camino hasta llegar a su posición de jefe indiscutido a fuerza de palabrería y lucha. Seis meses atrás, decía el informe, Farr había empezado a andar sin disimulos con una chica llamada Leya Fetcher que tenía la misma edad que Farr. Era una marimacho fuerte y bien plantada, que creía que nadie iba a poder quitarle su título de dueña de Farr. Ira había decidido que quería a Farr y que iba a ocupar la posición de Leya. En un sótano lleno de gente, bajo un almacén, teniendo como juez a la parte masculina de la pandilla y a Farr como premio, las dos muchachas, desnudas hasta la cintura, lucharon con puños, dientes y uñas en la más larga y sangrienta pelea que los Moccasin hubieran visto jamás.

Ira sabía que iba a tener que pelear por Farr y se había entrenado en forma intensa para la lucha. Durante tres semanas había vivido como un espartano y visitado con regularidad el gimnasio de Mulligan, dirigido por un viejo pugilista, que, enterado del secreto, la había entrenado de la misma forma que lo hacía él mismo, con la entusiasta certeza de que ella no podía dejar de ganar.

Siendo la chica de Farr, Ira se había visto cada vez más envuelta en las actividades de la pandilla. Siempre se hallaba donde había peleas para animarlas. A veces la usaban como cebo para romper la tediosa paz que de vez en cuando se establecía entre las pandillas.

El informe se terminaba con las siguientes palabras:

«Es una jovencita viva, inteligente, cínica, orgullosa y amoral. La opinión de nuestro investigador es que no hay nada a que no se atreva para lograr los fines que se propone. Lo poco bueno que puede decirse de ella es que tiene valor, voluntad y una gran aptitud para los números. Cuando está sin dinero, lo que sucede a menudo, trabaja con Joe Slessor, un librero que habla muy bien de ella. Con él ha aprendido a manejar máquinas de sumar y computadoras».

Según esos papeles, Ira Marsh parecía ser la candidata ideal para la difícil tarea que Edris le tenía reservada. Al observar su atractiva cara, cuando Ira se sentó en el Mini, tuvo aún más seguridad de que podía confiar en ella.

—He estado haciendo averiguaciones sobre usted, nena —le dijo—. Estoy contento con lo que he sabido. ¿Quiere dinero?

Edris había estado conduciendo todo el tiempo y mientras hablaba, Ira lo había estudiado tanto como él la había estudiado a ella antes. Su instinto le decía que había que tomar en serio a ese pequeño monstruo.

—Depende de dos cosas: de la cantidad y de lo que deba hacer —dijo.

Edris dio unos golpecitos en el volante con sus pequeñas manos y se sonrió.

—¿Es jugadora, nena?

—Tal vez.

—¿Cuánto dinero quiere?

—Lo más que pueda conseguir.

—No quiero decir eso. ¿Alguna vez soñó con dinero? Yo sí —Edris cruzó una de sus cortas piernas sobre la otra—. Siempre estoy soñando con tener dinero. ¿Usted no?

—Creo que sí.

—¿Cuánto dinero tenía en sus sueños?

—Mucho más de lo que podría darme.

—¿Pero cuánto?

—Un millón de dólares.

—¿Por qué detenerse ahí? —comentó Edris y se sonrió con expresión burlona—. ¿Por qué no diez millones... veinte millones?

Ella echó una mirada a su reloj de pulsera.

—Dejémonos de bromas. Tengo que estar en casa dentro de diez minutos. Tengo una cita esta noche.

—Suponga que le dijera cómo puede ganar cincuenta mil dólares —dijo Edris en tono suave—, ¿estaría dispuesta a correr el riesgo?

Ella lo miró y pudo ver por la expresión de su mirada que hablaba en serio y sintió que los latidos de su corazón se aceleraban.

—¿Qué debo arriesgar? No tengo nada.

—Sí, tiene. Tiene lo mismo que yo y que estoy dispuesto a arriesgar. Depende del valor que usted le dé. Cincuenta mil dólares es una bonita suma. El riesgo no es muy grande, pero en realidad existe. Va a arriesgar su libertad, chiquita, así como yo voy a arriesgar la mía.

—¿Por qué cree que mi libertad vale cincuenta mil dólares? Mi libertad —se rio—. No hay nada que no haría por tener esa cantidad de dinero.

El observó la sonrisa amarga que quedó dibujada en su rostro cuando dejó de reír y movió la cabeza satisfecho.

—Tendrá que ganarlo, chiquita, no se haga ilusiones. Tengo un trabajo muy especial para usted, pero tendrá que merecerlo.

—¿Cómo?

—Antes que se lo diga, déjeme que empiece por el principio.

Entonces le habló de su hermana y de su matrimonio, y de cómo su hermana se había fugado con su hija y había terminado haciendo la calle.

—Su hermana es adicta a la heroína —dijo Edris—. Nadie puede hacer nada por ella. Sólo le doy cuatro meses... Se está muriendo de pie.

Ira se inclinó hacia delante, con la cara entre las manos, los codos apoyados en las rodillas, la mirada de sus ojos azules concentrada en sus pensamientos, tan absorbida en ellos que se olvidó de su cita con Jess, se olvidó de la sesión de los domingos por la noche, se olvidó de todo, excepto de la voz susurrante que oía y que iba derramando veneno en sus oídos.

Por fin Edris comenzó a explicar lo que quería de ella. Le parecía que le contaba un complot de alguna película, y al principio pensó, sin decírselo, que estaba loco; un monstruo a quien le faltaba un tornillo en la cabeza, pero cuando habló y habló, empezó a ver que ese plan podía funcionar y que si lograban realizarlo daría mucho dinero.

—El no ha visto nunca a su hija —concluyó Edris—. No ha oído nada de ella durante dieciséis años. Hay un parecido de familia. Yo lo veo. Usted se parece de una manera poco común a Muriel. El la verá también así. Por ese lado no tenemos que preocuparnos. La aceptará como su hija sin ningún inconveniente. ¿Se da cuenta, no?

Sí, se daba cuenta. Sabía por lo que su madre le había dicho, que era idéntica a Muriel cuando tenía su edad.

—¿Pero y qué pasa con su hija, a quien tengo que sustituir? —preguntó—. ¿Qué ha sido de ella? Suponga que haya oído hablar de mí.

—No —dijo Edris y cruzó sus manos—. Está muerta. Murió la semana pasada. Por eso estoy aquí. Si estuviera viva no podríamos hacer esto. Cuando Muriel me dijo que había muerto, surgió en mí esta idea —miró inquisitivamente el rostro de Ira, para ver si creía esas mentiras—. Incluso ahora no podemos hacer nada hasta que muera Muriel. Pero no tardará mucho... tres o cuatro meses.

Ira se movió sintiendo cierto malestar.

—¿Cómo murió su hija?

—Estaba nadando, le dio un calambre y se ahogó —mintió Edris hablando con volubilidad.

—¿No se puede hacer nada por Muriel?

—No. Es como si estuviera muerta.

Ira se mantuvo en silencio, mirando a través del parabrisas del auto.

—¿Bueno? —preguntó Edris con impaciencia—. ¿Está dispuesta a hacerlo? Hay poco riesgo.

—Lo pensaré. Necesito reflexionar mucho sobre todas estas cosas. Venga aquí el domingo que viene a la misma hora y le diré lo que he decidido.

—No puedo salir otra vez de Paradise City, nena —dijo Edris—. Esto es parte de

mis vacaciones anuales. Tengo que ganarme la vida —sacó una tarjeta de su cartera—. Aquí está mi dirección, mándeme un telegrama cuando lo haya pensado bien. Que sea breve: sí o no. No hay mucha prisa. No podemos hacer nada hasta que Muriel haya muerto. Tenemos mucho tiempo para hacer las cosas, nena, y tienen que estar bien hechas.

Estaba pensando en ese primer encuentro con Edris mientras andaba por el vestíbulo de recepción del aeropuerto y se dirigía hacia la terminal de autobuses. Desde entonces lo había visto dos veces. Había pulido mucho su plan durante los cuatro meses de espera. Para ella no había nada que la hiciera pensar que podía salir mal. Se había despedido de su padre, diciéndole que tenía un empleo fuera de Nueva York y que no volvería. El estaba demasiado ebrio para que le importara. Lo único que sentía era tener que dejar a Jess Farr. No le dijo lo que iba a hacer. Le hubiese hecho demasiadas preguntas. Se decía a sí misma que podría conseguir hombres más importantes y más excitantes cuando tuviera cincuenta mil dólares. Pensaba eso, pero no lo creía. Se daba cuenta, por la desesperación que sentía, que estaba mucho más enamorada de Jess de lo que había creído. Iba a echarle mucho de menos.

Seguida por miradas masculinas, salió del aeropuerto, atravesó un camino donde brillaba el sol de las primeras horas de la mañana y alcanzó el autobús de Seacombe.

—¡P or aquí no se va a Paradise City!

Habían estado viajando en silencio durante unos treinta minutos. De pronto Algir había disminuido la velocidad y dirigido el Buick fuera de la carretera, tomando un angosto camino de tierra, bordeado a ambos lados por naranjos.

—Vamos bien —afirmó en tono terminante y aumentó algo la velocidad del auto.

—¡Pero no es por aquí! —había una nota aguda que denotaba miedo en la voz de Norena—. ¡Conozco este camino... lleva al mar! Se equivoca, míster Tebbel.

—¿Y qué importa? —preguntó Algir, mirando hacia delante. No se animaba a mirar a la chica—. ¿No le gusta el mar?

La semana anterior había ido por esa carretera buscando un lugar aislado donde poder matar a la chica y deshacerse del cuerpo. El camino que seguía ahora los conducía al sitio que había hallado. Durante cinco días consecutivos había venido todos los días, siempre a la misma hora, y nunca había encontrado a nadie ni en el camino, ni en la playa. Era un sitio donde se hacía picnic los sábados y domingos; entre semana nadie parecía tener tiempo, ni ganas de bañarse allí.

—Quiero ver a mamá lo más pronto posible —exigió la chica, nerviosa—. Estamos perdiendo tiempo, míster Tebbel, yendo por este camino. Tenemos que parar y volver hacia atrás.

—¿Qué le hace pensar que no la vamos a ver si seguimos este camino? —preguntó Algir—. No dije que estuviera en Paradise City, ¿no?

—¿No está allí? ¿Entonces dónde está?

—Está en el Culver Hospital —mintió Algir—. Este camino es un atajo que nos lleva a Culver.

—¡Pero no es éste! Conozco el camino. Conduce sólo a las dunas y al mar.

—Déjeme tranquilo, Norena —dijo Algir, con una repentina dureza en la voz—. Sé lo que tengo que hacer.

Lo miró. No parecía ser el mismo hombre que había conocido en el despacho del doctor Graham. Aquel hombre había sido encantador, bueno y simpático. Pero este hombre... Norena experimentó un sentimiento de terror. ¿Cómo podía una persona cambiar por completo y con tanta rapidez? Parecía una cara que se transformara durante una pesadilla.

Una garza se asomó al camino cuando se acercaba el auto y aleteó hasta llegar a un árbol. Delante de ellos, Norena vio el mar.

—Ahí está el mar —dijo con acento de desesperación—. Este camino no conduce a otra parte más que al mar.

Los naranjos habían dejado sitio a altos pastos de llanura, que se inclinaban como dedos siniestros que hiciesen señas, movidos por la suave brisa.

—Pare, por favor —rogó—. Por favor...

Cien metros más delante el camino terminaba en una gran plazoleta circular.

Mientras Algir aminoraba la marcha del auto, ella lo miró. Su rostro estaba cubierto de sudor. Su mirada fija. Sus labios se habían convertido en una línea dura que le daba una expresión maligna. Al verlo se sintió horrorizada. Tuvo la instintiva sensación de que la iba a atacar.

Muchas veces había leído casos de raptos y asesinatos que aparecían cada cierto tiempo en los periódicos. Los había leído sin mucho interés, con la seguridad de que esas cosas no podrían sucederle jamás. En su opinión, en la mayor parte de esos asesinatos, las mismas chicas se lo habían buscado. Por el modo de vestir y en general por su forma de actuar, parecía que no buscaran más que líos. ¿Pero por qué ese hombre iba a querer atacarla a «ella»? ¿Qué había hecho? A menos que fuese uno de esos horribles maniáticos de cuyos actos también había tenido noticias por los diarios. Pero no podía ser. Era el abogado de mamá. ¿Pero mamá tenía un abogado? Nunca se lo había oído mencionar. De nuevo Norena miró a Algir, que había detenido el auto y estaba accionando la llave de contacto.

El no la miraba. No quería hacerlo. Si la hubiese mirado, ella hubiese visto en la expresión de sus ojos lo que pensaba hacer. Sus movimientos eran lentos y deliberados. Ella notó que sus manos temblaban mientras quería cerrar la llave del contacto.

La playa con sus filas de dunas, sus pastos secos y amarillentos y su ancha cinta de arena, marcada por la marea baja, que se extendía muchos kilómetros, vacía y solitaria. La brisa se había acentuado, levantando granitos de arena seca en pequeños remolinos que semana tras semana, mes tras mes, año tras año, iban formando las altas e inclinadas dunas que rompían la monotonía de la playa.

Se dio cuenta que estaba tratando de agarrar el picaporte.

La puerta del auto se abrió y ella ya estaba fuera.

Los dedos de Algir, que la quisieron agarrar, llegaron tarde. Ella sintió que la alcanzaba pero se soltó de un tirón y empezó a correr a través de la suave arena a tanta velocidad como jamás lo había hecho antes.

Y podía correr. No en vano había jugado al hockey y al basket-ball. Tampoco en vano había ganado la carrera de cien metros en el campo de deportes del colegio. Nunca había tenido que correr para salvar su vida y, mientras casi volaba por la playa, ese pensamiento... que estaba corriendo para salvar su vida... la empujaba hacia delante a una velocidad tal que hacía que su anterior carrera de cien metros le pareciera muy lenta.

Tomado de sorpresa, Algir se quedó mirándola. Temblaba al pensar que la chica pudiese escapársele.

¡Si se le llegara a escapar y hablara!

Saltó del auto y corrió tras ella. La distancia entre ellos debía ser de unos cien metros por lo menos, pensó, y se iba acrecentando. ¿Quién iba a pensar que esta pequeña perra podría correr de esa forma? Sus largas piernas parecían volar sobre la arena. El ya estaba jadeando. El único ejercicio que hacía consistía en algún ocasional partido de golf. Correr con tanta velocidad le había dejado sin aliento. Se quedó parado, dándose cuenta que ella cada vez le sacaba más distancia. Por fin desapareció de su vista detrás de una alta duna.

Corrió hasta que llegó a la duna. Con la respiración fatigosa, con el corazón golpeándole el pecho, trepó la duna y se detuvo, con la vista nublada por el sudor.

Pudo verla, pero ahora era una silueta distante que destacaba en el azul del cielo. Todavía seguía corriendo a pasos largos, sin esforzarse, pero había cambiado de dirección. Ya no corría a lo largo de la playa que se extendía varios kilómetros hasta que se perdía en un bosque de cipreses vasto y húmedo. Delante de ella se levantaba una pared de encinas y lomas con sauces y algunos manzanos rodeados por una densa maleza.

Algir había explorado esos bosques pocos días antes. Entre su enmarañada maleza había una especie de senda que hacía una curva e iba a parar al camino de tierra que ellos habían tomado al dejar la carretera principal.

¿Sabría que esa senda la llevaba a la carretera? Al instante se dio cuenta de la posibilidad que tenía de atraparla. Era su única posibilidad.

Bajo de la duna y corrió por la arena hacia el Buick. Cuando llegó al auto se puso al volante, colocó la llave del contacto con mano temblorosa, puso el motor en marcha y lanzó el auto a toda velocidad por el camino de tierra.

En pocos minutos llegó a la intersección del camino de tierra con la senda del bosque. Dejó el Buick a la sombra de un sauce, luego quitándose la chaqueta y dejándola en el auto, andando y corriendo alternativamente, siguió la senda hasta que llegó al lindero del bosque. Se detuvo para mirar hacia atrás en dirección al Buick, pero los altos pastizales lo ocultaban por completo. Moviendo la cabeza, satisfecho, caminó unas yardas a través de la maleza. Entonces, eligiendo un grueso arbusto, se sentó detrás de él. Desde allí podía ver hasta unos veinte metros de la senda.

Por el momento no podía hacer nada más que esperar.

Mientras esperaba, pensaba en Ticky Edris y en esa chica, Ira Marsh, que tanto le gustaba a Ticky. El éxito absoluto del plan dependía de la muchacha. Si cometía cualquier error, Johnnie Williams, Muriel Marsh y su hija habrían sido asesinados por nada. Tal vez estaba loco cuando aceptó meterse con Ticky en semejante lío, pero Ticky lo había convencido.

—La he visto y usted no —le había dicho Ticky—. Está hecha para ese trabajo. No tiene que preocuparse por ella, Phil. Esa muñeca haría cualquier cosa por dinero.

Pensaba que Ticky estaba chiflado al prometer cincuenta mil dólares a una

jovencita. ¿Para qué darle una parte tan grande de lo que iban a sacar? Con toda seguridad se hubiese conformado con diez mil.

Ticky había sonreído con todo cinismo cuando se lo había insinuado.

—¿Qué importa? ¿Quién sabe si llegará a ver siquiera parte del dinero? Tranquilícese, Philly. Vamos, muchacho. ¿Qué significa un cadáver más ahora que tenemos tres?

Algir se secó el sudor que le corría por la frente. No tenía confianza en Ticky. Debía vigilarlo: no fuese que lo eligiera como su próxima víctima. Podría pensar: ¿Qué importa un cadáver más ahora que tengo cuatro?

Algir sospechaba que Ticky estaba desequilibrado. Tenía un complejo de inferioridad. Desde que trabajaba en el restaurante «La Coquille», le había dicho a Algir en cierta ocasión que había empezado a soñar en vengarse de los ricos.

—¿Quién sabe? —le había dicho una noche mientras los dos se hallaban en el apartamento de Ticky. Era un jueves, recordaba Algir; la noche que Ticky tenía libre. Habían estado bebiendo bastante y para entonces Ticky estaba muy borracho. Tenía el rostro enrojecido, los ojos vidriosos y gotas de sudor le corrían por la frente—. No sé qué podría hacer para dañar a esos ricos, hijos de perra. Para eso tendría que tener tanto dinero como ellos... más dinero. No vi cómo podría obtener ese dinero hasta que fui a la casa de mistres Forrester. ¡Qué suerte tengo! No soy más que un enano deforme para luchar contra una sociedad satisfecha y despreciativa de ricos bastardos hijos de perra que me tratan como a un bufón que no sabe más que gastar bromas asquerosas y despreciables. Entonces una noche fui a casa de esa vaca vieja y allí me di cuenta. Ahora es distinto. Puedo hablar de todo con ese tipo y él es mucho más vivo que yo. No tiene idea de lo vivo que es.

Algir, algo ebrio, se había quedado mirando al enano.

—¿Qué quiere decir? ¿Quien es ese tipo?

Edris le echó una mirada socarrona. Hinchó las mejillas y se abanicó la cara enrojecida con sus manos atrofiadas.

—No sé quien es. No lo he visto nunca, pero lo he oído. Está en realidad aquí —y Edris golpeaba su ancha frente—. Me habló a mí, Phil. Fue él quien ideó este plan. El... no yo.

A Algir no le gustaba todo esto. Pensaba que Ticky estaba loco o que veía visiones. De cualquier manera, a Algir no le gustaba.

—¿Quién es mistres Forrester?

—Es una espiritista. Los jueves por la noche tiene una sesión. Recibe a diez personas. Cada una le da un dólar. Es todo lo que tiene para vivir. Fui un jueves, por broma. No tenía nada mejor que hacer. De manera que fui y pagué mi dólar —en su rostro se dibujaba una expresión soñadora—. El dólar más provechoso y mejor gastado de mi vida.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Algir, sirviéndose del whisky de Ticky.

—Todos nos sentamos alrededor de una enorme mesa con una luz roja amortiguada en el centro. Tocaron un himno en un viejo fonógrafo. Teníamos las manos puestas sobre la mesa; nuestros dedos se tocaban. La vieja solterona cayó en trance y la gente empezó a hacer preguntas. Eran todas bastantes tontas. Querían saber algo de sus malditos parientes que estaban muertos. La mesa se movía una vez para afirmar y dos veces para negar. Era un juego para criaturas. Si no hubiese pagado mi dólar, me hubiese ido. Pero lo cierto es que llegó mi turno y pregunté si pronto iba a tener mucho dinero. Todos, alrededor de la mesa, parecían escandalizados. Según ellos, no se deben hacer preguntas como esa. Hasta la maldita mesa parecía enfurruñada. No se movía. La vieja tuvo una especie de ataque de histerismo. Se cayó de la silla. Todos se levantaron y se amontonaron alrededor de ella. Estaba asqueado por todo este estúpido asunto. Me fui al vestíbulo para buscar mi sombrero. Me lo estaba poniendo cuando oí una voz de hombre, con tanta claridad, como estoy oyendo ahora su voz, que decía: «Ticky, va a hacer una fortuna, pero tiene que tener paciencia. Es posible que deba esperar años, pero va a conseguirla». Me quedé sorprendido porque no había visto a nadie en el vestíbulo. En realidad, no había nadie en el vestíbulo. Pensé que había imaginado oír la voz, pero cuando llegué a casa empezó a hablarme de nuevo y esta vez me di cuenta que era real —Ticky se quedó callado y miró con desconfianza a Algir—. ¿Cree que estoy chiflado, no?

—Creo que está borracho —dijo Algir.

Desde entonces, Ticky no había vuelto a mencionar la voz, pero Algir estaba seguro que era pura imaginación del enano. Lo tenía preocupado pero no podía hacer nada.

Un mosquito que de pronto empezó a zumbear en el oído de Algir, lo distrajo de sus pensamientos. Estaba levantando la mano para matar al insecto cuando vio a Norena. Venía caminando por la senda, moviéndose con mucha cautela, igual que un fantasma, con sus grandes ojos asustados, mirando para todos lados. Con una gran tensión nerviosa, Algir permaneció inmóvil, observándola, con las manos crispadas.

Ella debía tener la sensación de que no estaba sola, porque se detuvo de forma repentina, llevándose las manos a la cara. Miraba por la senda, a través de los altos pastos, reteniendo la respiración y los sollozos.

Algir pudo ver el pánico reflejado en su rostro. Norena iba a volverse y correr de nuevo hacia el mar en el momento en que él se levantó y saliendo de detrás del arbusto se abalanzó hacia ella. Cuando lo vio lanzó un espantoso grito de terror. Trató de correr, pero la agarró del brazo, atrayéndola hacia sí, creyendo que iba a ser muy fácil de manejar. Tenía plena confianza en su tremenda fuerza, pero se dio cuenta que apenas podía con ella. Desesperada y aterrorizada se defendió con los pies, con las

uñas y con los dientes. La lucha fue silenciosa y horrible. El la golpeó en la nariz y en la boca. El rostro de la chica era una máscara sangrienta. Estaba debilitándose. Riéndose como un salvaje, con la respiración jadeante, llevó su mano derecha a la garganta de la chica, sus dedos se hundieron en ella. Cuando ella se dio cuenta de que había llegado su fin, pareció volverse loca. Sacudiéndose y retorciéndose en violentas convulsiones, casi logró desairse, pero él pudo sujetarla. Cayó hacia delante, atrayéndolo en su caída, y ahora él estaba sobre ella, aplastándola; su mano izquierda se unió a la derecha.

Ella luchaba aún, pero la vida se le iba agotando. El aumentó la presión de la garganta. Las largas piernas de ella empezaron a dar sacudidas y sus talones se hundieron en la arena. Fue su último esfuerzo. Luego, de repente, se aflojó. Sus ojos quedaron fijos, con la mirada opaca de la muerte.

Estremeciéndose, Algir se puso de pie. Un hilo de sangre corría por un lado de su cuello, donde le había clavado las uñas. Su corazón latía con tanta violencia que se sentía sofocado. Tambaleante, caminó unos pasos y para no caerse se sentó, apoyando la espalda contra un árbol. Permaneció así con la cabeza entre las manos durante unos minutos.

Bueno, ya estaba hecho, pensó, sintiendo dentro de sí un temblor producido por el miedo. Si hubiese sabido que iba a ser así, no lo hubiese hecho. No hubiese vuelto a revivir esos últimos momentos tan horribles ni por todo el oro del mundo. Miró su reloj de pulsera. Eran las ocho y cuarenta. Iba atrasado según el plan previsto. Con un gran esfuerzo, se puso de pie y fue hasta donde había dejado el Buick. Se detuvo ante el auto, escuchando y mirando hacia el camino de tierra. Sólo el murmullo del mar y el grito lastimero de las gaviotas llegaban hasta él. Sacó de la guantera media botella de whisky y bebió un buen trago.

Luego abrió el portaequipajes del auto y dejándolo medio abierto volvió donde había dejado a la chica muerta.

Sin mirar su rostro torturado, la levantó y se la echó sobre el hombro. Era pesada e iba tambaleándose un poco mientras la llevaba al auto. La tiró dentro del portaequipajes y lo cerró. Luego subió al auto, dio la vuelta y recorrió el camino de tierra hasta la plazoleta. Paró, puso el freno, salió del auto y abrió el portaequipajes. Sacó una especie de pala para trincheras del Ejército, que había comprado en una tienda de Miami. Luego se echó a la chica sobre su hombro y llevando la herramienta en la mano, caminó a través de la arena hasta la duna más cercana. La dejó caer al pie de la duna, luego entrecerró los ojos para mirar lo más lejos posible a lo largo de los kilómetros de playa desierta. Satisfecho de saberse solo, se arrodilló al lado del cuerpo de la chica y empezó a desnudarla. Esta tarea le repugnaba, pero tenía que hacerlo.

Ticky había dicho:

—Quítale toda la ropa. Tienen marcas de la lavandería del Colegio. No podemos correr riesgos.

Le costó trabajo quitarle la faja. Maldecía por lo bajo, el sudor lo cegaba mientras trataba de arrancársela. Por fin lo consiguió. Ya estaba desnuda. Alrededor de su cuello magullado e hinchado tenía una cruz de oro con una cadenita muy fina. Le impresionaba tocarla. Se había educado en la religión católica y aunque no había dejado rastro en él, la cruz le recordaba la iglesia donde había ido cuando era niño, con la luz de las velas, el olor a incienso y el sonido del órgano.

Se metió la cruz en el bolsillo e hizo un bulto con la ropa. Luego levantando la pala, trepó a la duna y comenzó a echar paladas de arena sobre el cadáver desnudo.

Un buitre volaba haciendo círculos sobre el cadáver, sus amplias alas proyectando una gran sombra en la arena. Aún estaba ascendiendo en forma de espiral mucho después que Algir hubiera terminado su horripilante tarea y se hubiese marchado.

A las nueve y cuarenta y cinco. Fred Hess caminaba por el pasillo que conducía a la oficina del capitán Terrell. Golpeó en la puerta, la abrió y entró en la habitación.

Terrell estaba sentado detrás de su escritorio, y Beigler en el antepecho de la ventana. Los dos hombres estaban tomando café.

—Bueno, Fred, ¿qué ha averiguado? —preguntó Terrell, alcanzándole la cafetera a través del escritorio y señalándole una silla.

Hess se sentó y se sirvió una taza de café antes de decir:

—Todas las pistas llevan a lo mismo, Jefe. Ella lo mató y luego se mató. Lepski ha estado investigando y eso es lo que sacamos en conclusión. Williams se fue a la cama a las veinte con un gran resfriado de cabeza. A las veintidós y diez, las personas que viven delante de la carretera creyeron haber oído disparos, pero no están seguros. Tenían el televisor conectado y eso impedía oír otra cosa. El marido, Dixon, miró hacia fuera por la ventana para ver si pasaba algo. El auto de Muriel Devon estaba estacionado al lado del bungalow. Volvió para seguir viendo el panorama. Cuando terminó, oyó que el auto de Muriel salió. El portero de «La Coquille» vio a Muriel que llegaba en su auto. Pensó que estaba bastante borracha, pero estaba lo bastante serena como para caminar sola, de manera que la dejó entrar. Ella llegó alrededor de las veintitrés, de manera que debe haber ido, sin detenerse, desde su casa al restaurante. Es el tiempo que se tarda en hacer el trayecto. El barman dijo que la vio entrar y Edris la llevó al último reservado. El barman también declaró que estuvo todo el tiempo en el bar y está seguro de que nadie se acercó al reservado, excepto Edris, quien le sirvió un whisky sour. La jeringa hipodérmica que la mató tiene algunas huellas dactilares bastante confusas: algunas de ellas, y tal vez todas de Muriel. No hemos hallado nada que nos hiciera dudar que ella lo había matado y que luego se mató.

Terrell movió la cabeza.

—¿Qué dice Chambers de la escritura de la nota que dejó?

—Le di las muestras que encontramos en su apartamento. Las escrituras coinciden. Ella también tenía una pistola. Había sacado su permiso hace tres años en Nueva York. Es un hecho que Williams la estaba engañando. Tenía el proyecto de fugarse con mistres Van Wilden, una vieja ramera enriquecida, que vivía en el Palace Hotel. Fui a verla y hablé con ella —Hess hizo una mueca de desagrado—. Cuando supo que Williams estaba muerto se puso histérica. Se lo iba a llevar con ella a las Indias Occidentales para establecerse allí —Hess hizo un gesto de desprecio—. Tuvo suerte pero no se lo dije. Lepski habló por ahí y los vecinos dijeron que Williams y Muriel se peleaban sin cesar. Bueno, me imagino que tuvieron su última pelea... sin perdedor.

Terrell terminó de tomar su café.

—El doctor dice que murió envenenada por la heroína. De eso no hay duda alguna —se quedó pensando un momento, luego se encogió de hombros—. Bueno, creo que podemos cerrar el caso. Ha sido muy fácil.

—¿Qué pasa con el marido? —preguntó Beigler—. ¿Quieren que lo busque?

—Lo necesitamos para la investigación —dijo Terrell—. Luego está la hija —se acarició la barbilla—. Bert Hamilton no ha andado por aquí esta mañana.

Hess se sonrió.

—Browning habló con él. Ha conseguido sacar a Browning tanta comida gratis que ahora le hace el juego. Sólo menciona el crimen de pasada y en la última página.

—Me alegro por la hija —dijo Terrell—. A ver si puede encontrar a Devon en la guía, Joe.

Beigler buscó en el estante de las guías y sacó la del teléfono. Buscó entre sus páginas.

—Aquí está. Melville Devon, 1455 Hillside Crescent. ¿Quiere que llame a la casa?

—Sí, por favor.

Beigler hizo la llamada. Al cabo de unos instantes, una voz de mujer contestó.

—Residencia de míster Devon.

—La Policía —dijo Beigler—. ¿Podría hablar con míster Devon?

—No está. Lo encontrará en el banco.

—¿En qué banco?

—El «Florida Safe Deposit» —le contestó la mujer—. Le puedo dar el número del teléfono si lo desea.

—Está bien —dijo Beigler—. Voy a buscarlo, gracias —y colgó—. Trabaja en el «Florida Safe Deposit Bank» —informó a Terrell.

Este frunció el ceño, luego hizo un chasquido con los dedos.

—Lo conozco. No sabía su apellido. Una vez jugué con él al golf por una copa del Country Club. Buen muchacho. Es Vicepresidente del banco. Un hombre importante. Bueno, ¡lo que hemos descubierto! Si Hamilton se entera, ni siquiera Browning podrá evitar que publique un artículo. La esposa del vicepresidente del «Florida Safe Deposit Bank», envuelta en una historia de asesinatos y suicidios. ¿Se da cuenta? Me ocuparé de esto, Joe. Lo voy a llamar.

En ese momento sonó el teléfono. Beigler levantó el receptor.

—Ticky Edris pregunta por el Jefe —anunció el sargento recepcionista.

—Espere —Beigler miró a Terrell—. Edris está al teléfono. ¿Quiere hablar con él?

Terrell frunció el ceño.

—¿Qué quiere? —avanzó la mano hacia el receptor. Cuando Beigler se lo alcanzó, dijo en el transmisor—: Póngame con él, Charley.

Se oyó la voz de Edris en el teléfono.

—¿Capitán Terrell?

—Sí. ¿Qué pasa, Edris?

—Es algo referente a Norena Devon —dijo Edris con su voz aguda—. No hubiese querido molestarlo por esto, Capitán, pero quisiera localizar al padre. Como amigo de la familia, llamé al Colegio; el doctor Graham dio la noticia a la chica. En este momento está en camino hacia aquí. Está muy afligida. Mi problema es que no hay dinero en el apartamento. Por supuesto, puedo darle algo y lo haré, pero antes de inmiscuirme en esto, me gustaría que se consultara al padre. Puede ser que quiera hacerse cargo de su hija. Se da cuenta de mi situación, capitán. No quiero dar un paso en falso, pero quisiera poder ayudar en algo.

Terrell se acariciaba el mentón mientras escuchaba.

—Ya he localizado al padre, Edris —dijo por fin—. Voy a hablar con él ahora mismo. Por bien de él y de su hija, cuanto menos publicidad se dé al asunto, será mejor. Si es tan amigo de la familia y desea ayudar, puede hacerlo. Voy a hablar con el forense. Podría identificar el cadáver de Muriel Marsh y testificar sobre las relaciones entre ella y Williams. Creo que el forense accederá a que se deje a Norena y a su padre alejados de este asunto. Depende de usted.

—Puede contar conmigo, capitán —dijo Edris—. Haré cualquier cosa para ser útil. Deseo tanto como usted evitarle a esa criatura cualquier publicidad.

—Muy bien. Voy a hablar con Devon y con el médico. En cuanto sepa algo, le llamaré por teléfono. ¿Cuál es su número?

—Seacombe 556.

—Muy bien —dijo Terrell, anotando el número en su libreta, colgó y se echó para atrás en su silla—. Muy bien, muchachos, sigan con su trabajo cotidiano, yo terminaré éste.

Cuando Hess y Beigler se fueron, Terrell llamó a Alec Brewer, el forense. Le explicó la situación.

—¿Mel Devon? —la voz de Brewer denotaba sorpresa—. Es un viejo amigo mío. Nunca supe... ¿Está seguro que se trata de la misma persona, Frank?

—Es el mismo nombre —dijo Terrell—. Todavía no he hablado con él. Puede que esté equivocado.

—Mejor sería que lo comprobara. No puedo creer semejante cosa. Investigue, Frank, y vuelva a llamarme.

—Tal vez sea mejor que vaya a verlo.

—Me parece que sí, pero tenga cuidado, Frank. Mel es un hombre muy importante en la ciudad.

El «Florida Safe Deposit Bank» había sido fundado en 1948 por una sociedad cuyos componentes poseían fortunas inmensas y que se habían retirado a vivir en Paradise City o pasaban allí tres meses de vacaciones al año. Esos hombres querían tener un lugar absolutamente seguro donde pudieran guardar sus acciones, el dinero en efectivo que necesitaban para jugar, las alhajas y pieles de sus esposas, las fuentes de oro y de plata que usaban de vez en cuando en ocasiones muy especiales.

Desde que se había abierto el banco, Paradise City, que tenía fama de ocupar el primer lugar en el porcentaje de robos entre las ciudades de la costa de Florida, ahora se podía atribuir la distinción de tener el menor número de crímenes y de criminales.

El banco había tenido tanto éxito, que todos los grandes joyeros, los hoteles, los tres casinos y los varios clubs privados, utilizaban sus modernas cajas de seguridad para guardar su dinero en efectivo y sus valores. Tenía tres camiones blindados, cada uno de los cuales iba escoltado por cuatro guardias, que entregaban o recogían los valores de sus clientes y sólo una vez uno de esos camiones había sido asaltado. Había sido un asalto osado, llevado a cabo por seis pistoleros con agallas, pero había fracasado. Cinco de los pistoleros y uno de los guardias resultaron muertos. La reputación que habían logrado los guardias en esa ocasión por su puntería había alarmado a los presuntos atacantes y no había habido más intentos de asaltos.

Cuando los multimillonarios dueños de pozos de petróleo de Texas invadían Paradise City durante los meses de vacaciones, utilizaban los servicios del banco para su dinero de bolsillo y durante esa temporada corría el rumor que había más dinero, valores y joyas bajo su imponente techo que bajo cualquier otro techo del mundo.

El capitán Terrell colocó su auto en uno de los estacionamientos; subió la amplia escalinata que llevaba a la entrada del banco.

Dos guardias, vestidos con elegantes camisas y pantalones grises, botas hasta la rodilla y gorra con visera, que llevaban un Colt 45 automático cada uno, miraron a Terrell y lo saludaron.

—Buenos días, Jefe —dijo uno de ellos—. ¿Asunto oficial?

—No —dijo Terrell, y se detuvo. Conocía a los dos hombres. Había practicado tiro al blanco con ellos en el Rifle. Club y sabía que eran tiradores excepcionales—. Quisiera ver a míster Devon.

—El segundo escritorio a la derecha, según se entra —dijo el guardia.

Terrell asintió con la cabeza y se dirigió al amplio vestíbulo con sus columnas de mármol, sus enormes jarrones con flores y su discreta iluminación. El vestíbulo tenía forma circular, y entre sus columnas había escritorios ante los cuales estaban sentados funcionarios escribiendo, hablando por teléfono o discutiendo de negocios con algún cliente.

Un hombre delgado, encorvado, vestido con un traje ligero gris oscuro, estaba sentado ante el segundo escritorio a la derecha. Sobre la mesa había una placa de caoba con la palabra «Información» en letras doradas.

El hombre levantó la vista. Reconoció a Terrell, hizo un movimiento con la cabeza y sonrió.

—Me gustaría hablar con míster Devon —explicó Terrell—. Es un asunto privado y urgente.

Si el hombre se sintió sorprendido, no lo demostró.

—Siéntese, capitán Terrell —dijo y tomó el teléfono. Dijo unas palabras en voz baja mientras Terrell se sentaba y echaba una mirada al vestíbulo. Era la primera vez que entraba en el banco y estaba impresionado.

—Míster Devon lo recibirá en seguida —anunció el hombre colgando el receptor. Le indicó el ascensor que había al fondo del vestíbulo—. Tercer piso.

Terrell le dio las gracias, atravesó el vestíbulo y entró en el ascensor. Subió hasta el tercer piso, donde una chica muy bonita de cabello negro lo estaba esperando.

—Venga por aquí, capitán Terrell —lo condujo por un pasillo largo hasta una puerta con paneles de caoba encerada. Abrió la puerta y se echó a un lado, diciendo casi en un murmullo—: Capitán Terrell, míster Devon.

Terrell entró en una habitación grande y bien aireada, amueblada con un rico y elegante escritorio como único mueble de oficina. Sobre la gran chimenea de madera colgaba un Van Gogh de la primera época. Sillones, una cómoda Luis XIV convertida en coctelera y una rica alfombra persa completaban el decorado. Cuatro grandes ventanales daban a la dársena del Yacht Club y al mar.

El hombre, que se hallaba ante su escritorio, se levantó y le tendió la mano. Cuando Terrell le devolvió su apretón de manos, lo reconoció.

Mel Devon tenía treinta y nueve años. Era alto, de anchos hombros y corpulento. Su cabello castaño bien cortado tenía mechones grises. Sus facciones eran regulares, el cutis bronceado por el sol y el viento, los ojos azules y tranquilos, la boca firme y voluntariosa. Daba la impresión de ser hábil, inteligente y bueno.

—Hacía tiempo que no nos veíamos, capitán —dijo señalando una silla a Terrell

—. A menudo me acuerdo de aquella copa que jugamos. Nunca lo veo ahora en el club. ¿No me diga que abandonó el golf?

Terrell se sentó.

—No juego tanto como quisiera. Doy una vuelta los sábados por la mañana, pero no puedo dedicarle más tiempo al golf.

—¿Qué tal va el juego?

—Bastante tranquilo. ¿Usted todavía juega un seis?

Devon se sonrió. Parecía complacido de que Terrell se hubiese acordado de su handicap.

—Ahora bajé a cuatro —movió la cabeza con aire un poco fanfarrón—. No sé por qué. Doy unos golpes horribles de vez en cuando —se inclinó hacia atrás en la silla y puso sus grandes manos sobre el escritorio. Parecía querer decir a Terrell que aunque estaba contento de verlo, tenía que hacer.

—Míster Devon —comenzó a decir Terrell, despacio—. Estoy averiguando datos sobre una mujer. Podría ser que usted estuviese en condiciones de ayudarme. Su nombre es Muriel Marsh Devon.

Devon se quedó helado. Apretó los labios y su mirada se volvió aguda e inquisitiva.

—Ese es el nombre de mi mujer, capitán —informó—. ¿Se halla en dificultades serias?

Terrell disimuló una sensación de alivio. Bueno, por lo menos no tenía que seguir buscando al padre de Norena, pensó, pero todavía tenía que actuar con tacto.

—Si quiere llamarlo así —se acarició el mentón—. Murió anoche... suicidio.

Devon se quedó inmóvil; luego fijó su mirada en Terrell, quien sintió lástima de él.

—Debe hacer cerca de quince años que nos separamos —explicó—. Nos casamos cuando éramos muy jóvenes. .Y® tenía diecinueve años. Nuestro matrimonio duró escasamente dos años. ¿Suicidio? Siento mucho que haya llegado a eso. Usted... ¿está seguro que es Muriel?

—Tiene una hija, Norena —dijo Terrell.

—Así es. ¿La conoce?

—Va a llegar a Seacombe de un momento a otro.

—Comprendo. Va a ser una impresión muy grande para ella —Devon levantó la vista—. ¿Usted sabe si quería mucho a su madre?

—Creo que sí —dijo Terrell, vacilando, luego prosiguió—. Este es un caso penoso, míster Devon. ¿Quisiera saber si no supo lo que ha sido de su mujer después que la dejó?

Sintiendo de pronto cierta desconfianza, Devon movió la cabeza.

En forma breve, pero sin omitir ningún detalle importante, Terrell le contó lo que

sabía de Muriel Marsh Devon. Terminó con el asesinato de Johnnie Williams y el suicidio de Muriel en el restaurante «La Coquille».

Inmóvil, con una expresión fría en su rostro, Devon escuchaba.

Habiendo dicho todo lo que tenía que decir, Terrell se puso de pie y se dirigió al gran ventanal mirando los yates que estaban en la dársena. Unos minutos después oyó que Devon decía con entonación tranquila:

—Gracias, capitán. No es una historia muy bonita, ¿verdad? ¿Está seguro de que Norena no sabe nada de la vida que llevaba su madre?

Terrell volvió a su silla y se sentó.

—Edris dice que no. Me imagino lo que usted estará pensando, míster Devon, pero no debe preocuparse. Bien llevado, a este caso se le puede echar tierra. He hablado con Brewer, que, según tengo entendido, es amigo suyo. Estoy casi seguro de que estará de acuerdo en hacer que ni usted ni su hija aparezcan en este asunto. Además, Browning está dispuesto a tapar este lío y tiene mucha influencia en la prensa —Devon pareció tranquilizarse un poco.

—¿Pero es posible tapar este asunto? Ese hombre, Edris, ¿es un sujeto raro, verdad? A menudo me ha servido en el restaurante. Hay algo en él que no me gusta. ¿Le parece digno de confianza?

—Parece que quiere de verdad a su hija. Dijo que está dispuesto a hacer todo lo que pueda para mantener su nombre fuera de esto. Tengo cierta seguridad de que se puede tener confianza en él.

—¿Sabe algo de él, capitán? Estoy seguro de que se dará cuenta que si tratamos de mantener todo esto oculto puedo llegar a ser un blanco perfecto para el chantaje. Si se llega a divulgar, tendré que presentar mi dimisión al banco. No podría mantener mi actual situación aquí, a pesar de que hace diecisiete años que no tengo nada que ver con Muriel. La historia es demasiado sórdida.

—No tiene que preocuparse por eso —dijo Terrell—. No tenemos nada contra Edris. En realidad, por lo que hemos sabido, parece ser buena persona.

—Entonces dejo todo en sus manos, capitán, y le estoy muy agradecido. ¿Usted dice que Norena regresa esta mañana?

—Eso dice Edris. El cree que usted querrá verla lo más pronto posible.

—Por supuesto —Devon se dio la vuelta y miró por la ventana—. Me cuesta creer que ahora tengo una hija de diecisiete años. Siempre he sentido la necesidad de Norena. Apartarla de mi lado, como hizo Muriel, fue la maldad más grande que pudo hacerme. Es algo que nunca pude perdonarle. Hice todo lo posible para encontrar a Norena, pero no tuve suerte. La busqué durante cinco años, luego me di por vencido. La alejé de mi pensamiento —se miraba las manos frunciendo el ceño—. ¡Hubiese sido tan bonito verla crecer! Ahora tengo una hija mayor, con ideas propias, un modo de vida propio, de los que no sé nada —levantó la vista hacia Terrell, que en ese

momento se había puesto de pie—. Usted no sabe nada de ella, ¿verdad, capitán?

—Nada más que lo que le he dicho —dijo Terrell, y sacó de su cartera la fotografía de Ira Marsh, que Edris había colocado en el dormitorio de Muriel. Puso la fotografía sobre el escritorio delante de Devon—. Esa es su hija. Mis felicitaciones. Creo que valía la pena esperar tanto tiempo.

Devon se quedó mirando la fotografía.

—Sí... ¡qué parecida es a su madre! ¿Cuál es el domicilio de Edris?

Terrell le dio la dirección y también el número de teléfono de Edris.

—Tal vez sea mejor que antes hable por teléfono con Edris, míster Devon, y hágale saber lo que usted piensa hacer.

Devon contempló otra vez la fotografía.

—¿Qué pienso hacer? Quiero que Norena venga a casa. ¿Es lógico, verdad?

Algir la reconoció al instante, gracias a la fotografía que Edris le había enseñado. Estaba sentada en un banco de madera en la terminal de autobuses de Seacombe, con las manos entre las rodillas. Estaba inmóvil, contemplando una mancha de aceite que había dejado un autobús al salir.

Aunque había llegado mucho después de la hora, detuvo el automóvil a unos metros de ella y quedándose un poco más atrás, la examinó con detenimiento. Sabía por la foto que era muy atractiva, pero no había esperado que fuese tan sensualmente excitante. Mientras seguía estudiándola vio, por el movimiento de su boca y por su postura en el banco, que era una jovencita muy desarrollada para su edad, que vería en un hombre de su edad, a un viejo cuadrado, cuya buena apariencia, simpatía y experiencia, no eran nada comparadas con la impetuosa energía vital de algunos jóvenes truhanes de su edad.

A Algir le asustaba la juventud. Envidiaba su vitalidad, y le espantaba su arrogancia. Lo que disimulaba sus años, eran su apariencia y su simpatía, y éstas, lo sabía, no tenían nada que hacer con la juventud.

Con un movimiento de hombros impaciente bajó del auto y se dirigió hacia donde estaba sentada la chica.

—Hola, Ira —dijo, deteniéndose ante ella—. ¿Ha tenido que esperar mucho tiempo?

Ella se puso de pie, lo miró con mucha tranquilidad desde los pies hasta la cara, fijándose en cada detalle de su vestimenta, con una expresión burlesca, que a Algir no le gustó nada.

—Demasiado tiempo. Llegó tarde —respondió, mirando a lo lejos.

Cualquier clase de reproche ponía invariablemente a Algir fuera de sí. Con el rostro enrojecido, trató de dominar su deseo urgente de abofetearla. En cambio, no hizo más que emitir un gruñido y se dirigió hacia donde tenía estacionado el Buick.

Se puso al volante. Cuando ella estuvo sentada a su lado, puso el motor en marcha y salió de la terminal de autobuses, dirigiéndose hacia la casa de apartamentos donde vivía Edris.

Ella encendió un cigarrillo, dejando escapar el humo por la nariz, mientras decía:

—Creo que llegamos en punto. ¿Qué le pasó? ¿Se quedó dormido?

—Guarde un poco su lengua —gritó Algir—. Cuando esté conmigo, yo hablo y usted escucha. ¿De acuerdo?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y se quedó observándolo.

—No hubiese creído que pudiera decir muchas cosas que valieran la pena. De todas maneras, si eso puede hacerlo feliz, trataré de complacerlo.

Los músculos de su rostro estaban tensos.

—¡Cállese! ¡No tengo nada que hablar con una chiquilla como usted!

—¿Es verdad? ¿Entonces con quién le gusta hablar?

—Le dije que se callara, perra, si no quiere que sea yo quien la haga callar.

—Me parece que este diálogo le iría bien a Paul Muni. ¿Va al cine a menudo?

El se puso pálido de rabia y le dijo una palabra obscena. Había pensado que podría reducirla al silencio, pero en cambio ella se rio realmente divertida.

—¡Oh, que gracioso! —dijo—. Parece escapado de un museo.

Aumentando ligeramente la velocidad, siguió conduciendo, ignorándola e hirviendo de furia concentrada. Ella estudió su rostro enrojecido y el cinismo pintado en sus facciones y se encogió de hombros con indiferencia. Nunca había temido a los hombres. Sabía muy bien cómo la miraban. Muchas veces había reflexionado sobre el miedo y después de algunos pensamientos profundos, había llegado a la conclusión de que las dos cosas que en realidad la asustaban eran la pobreza y la vejez. Ser pobre y volverse vieja eran las verdaderas pesadillas que la asustaban. Nada más... con toda seguridad, no este maniquí grande y reluciente que tenía al lado.

Por fin, cuando llegaron al apartamento de Edris, Algir ordenó, sin mirarla:

—Tome la maleta del asiento de atrás y bájese.

Ella salió del auto, tomó la maleta que estaba en el asiento de atrás y luego se detuvo y lo miró.

—¡Cuídese, muchacho! —le dijo—. A sus años es malo para las arterias ponerse en el estado en que se ha puesto... no es que me importe...

Con su aire de pavo real entró en el vestíbulo de la casa de apartamentos, con la cabeza bien alta, con su porte arrogante y muy segura de sí misma.

Ticky Edris había estado esperando su llegada con una ansiedad febril. Cuando ella tocó el timbre de la puerta, estaba mirando el reloj que tenía sobre la repisa, con creciente impaciencia. Eran las once y cuarto. Algir había llamado por teléfono a las diez y media. Le había parecido nervioso, lo que para él era incomprensible, pero por lo menos le había asegurado a Ticky que, hasta entonces, todo había ido sobre ruedas.

—¿Se acordó de traer su ropa? —le había preguntado Edris.

—Sí. Le digo que no se preocupe por nada. En este momento salgo a buscar a Ira.

—¿Que no me preocupe por nada? —la voz de Edris sonaba algo aguda—. ¡Eso es lo que usted piensa! ¡Se ha retrasado más de media hora! Tuve que llamar a Terrell. Tenía miedo que hubiese llamado al Colegio. ¿Por qué se retrasó tanto?

—No le importa —le había contestado Algir—. Se la llevaré dentro de media hora.

Ahora ella estaba aquí, tocando el timbre de la puerta. Edris salió saltando a través de la habitación, hasta el vestíbulo y abrió la puerta.

—¡Entre!... ¡entre! —urgió—. ¿Dónde está Phil?

—Parece que no nos gustamos mucho —dijo la chica, entrando en la habitación. Miró a su alrededor—. Se fue como si se hubiese tragado un anzuelo.

—¿Trajo la ropa de ella?

—¿La ropa de ella? —Ira se quedó mirándolo azarada.

—Phil tenía que recoger sus cosas en el colegio.

—Tal vez estén aquí —se dirigió hacia la maleta.

—¡Ábrala y vea!

Ella puso la maleta sobre el sofá y abrió las cerraduras. Levantó la tapa.

—Sí: están aquí.

—Allí está el dormitorio. Llévela allí y cámbiese. No pierda tiempo.

—¿Por qué tanta prisa?

—Devon puede llegar de un momento a otro —dijo Edris, saltando de un pie a otro—. Y escuche, recuerde bien: es su padre. Usted le es hostil. No fue bueno con su madre. Usted quería mucho a su madre. Aparente frialdad y controle todo lo que diga. ¿Se acuerda de todo lo que le dije?

—Muy bien, muy bien —dijo la muchacha—. Déjelo de mi cuenta. Tranquilícese. Está pagando por una representación y va a tenerla.

Tomando la maleta se dirigió con pasos rápidos al dormitorio y cerró la puerta.

Joy Ansley, de vuelta de unas vacaciones de tres semanas pasadas con su padre en las Bahamas, estaba deshaciendo sus maletas. Mientras andaba de un lado a otro por su amplia habitación, pensaba con cierta tristeza que las vacaciones no habían sido muy buenas. Una mujer enamorada sin esperanzas, como le sucedía a ella, pensaba mientras levantaba la última maleta y la ponía sobre la cama, no debe pasar tres semanas en un sitio romántico como las Bahamas con un padre de ochenta años, por ágil y activo que éste sea. Había echado demasiado de menos a Mel Devon para poder divertirse.

Joy Ansley tenía treinta y un años. Era alta y morena. Tenía bonitas facciones y sus ojos negros eran magníficos. Tenía aspecto de ser equilibrada y serena, lo que la distinguía apenas entraba a un sitio lleno de gente. Había conocido a Mel Devon cinco años atrás y se había enamorado de él en seguida. Sabía que estaba casado y se dio cuenta de que no tenía ninguna intención de volver a casarse. Se había visto forzada a aceptar esta situación y estaba agradecida de que la hubiera elegido como anfitriona cuando recibía, como compañera de tenis, para que lo acompañara al cine en algunas ocasiones y como confidente. Se entendían muy bien. La gente hablaba como habla siempre la gente. Mel se hacía el desentendido y a Joy no le importaba. Su padre, el juez Ansley, observaba todo esto con tristeza pero con muda prudencia, no decía nada. Era un asunto que tenían que arreglar entre ellos, fue la conclusión a que había llegado. Sólo tenía la esperanza de que Mel, a quien quería y admiraba, se decidiera en breve a arreglar sus cosas.

De pronto, aburrida de deshacer maletas, Joy se dirigió a la ventana abierta y miró hacia fuera. Su padre, un hombre de edad avanzada, alto, con cabello blanco bastante escaso, caminaba por el césped, examinando los rosales.

Sonrió al verlo y permaneció un rato mirándolo. Eran cerca de las dieciséis: la hora de tomar su taza de té. Abandonó su cuarto y bajó corriendo las escaleras.

Mientras atravesaba el vestíbulo, empezó a sonar el teléfono. Era Mel Devon. El sonido de su voz siempre la estremecía. Era la primera vez que hablaban desde que había vuelto.

—Hola, Mel —dijo—. ¡Me alegra que me llames! Iba a llamarte esta noche.

—¿Cómo estás, Joy? ¿Pasaste buenas vacaciones?

—Muy buenas. Yo...

—¿El Juez está bien?

—Está espléndido. Estábamos pensando...

—Joy... ¿puedo verte a eso de las dieciocho? Necesito hablar contigo.

El tono serio de su voz la alarmó.

—Sí, por supuesto. ¿Dónde nos encontramos?

—¿Te importaría venir al banco?

—No, claro que no; pero es una tarde tan divina. ¿No te gustaría que bajáramos a la cabaña de la playa?

—No. Por favor, ven al banco, Joy. Te explicaré cuando vengas. ¿Te espero a las dieciocho?

—Sí.

—Sube sin retrasarte. Le diré a miss Ashley que te espero. Bueno, entonces... hasta luego, querida —y colgó el receptor.

Con movimientos más lentos, Joy colgó también el receptor. Se quedó pensando, dominada por una vaga inquietud, un poco nerviosa. Quiero hablar contigo. ¿Se trataría por fin de algo referente a ellos?

Salió de la habitación y caminando al sol fue hasta donde el juez la estaba esperando, sin gran impaciencia, para tomar el té.

Y ahora, unos minutos después de las dieciocho, estaba sentada en la confortable oficina de Mel, estrujando su bolso con el corazón latiéndole de manera incontrolable, mientras escuchaba lo que le estaba diciendo, con una tensión y alarma crecientes.

Mel, con aspecto cansado y tenso, había iniciado su conversación después de haberla saludado, tratando de amortiguar la impresión que le podía causar.

—Joy... Hemos sido de veras muy amigos desde que recuerdo. Muchas veces te he confiado mis disgustos y tú siempre has sido buena y comprensiva. Algo bastante sórdido ha sucedido mientras tú estabas fuera. Quiero que lo sepas todo. Hasta ahora sólo muy pocas personas están enteradas y creo que puedo confiar en que no hablen, pero si llega a divulgarse, me veré metido en un lío. Quiero que lo sepas por mí en seguida antes que por algún otro, más adelante.

Eso no había llegado a amortiguar el choque, pero Joy tenía suficiente dominio de sí misma como para no dejar adivinar a Mel su repentina aprensión. La idea de que algo desagradable podía cambiar el curso de la vida de ese hombre era para ella mucho peor que si se tratara de sí misma.

—Dime, Mel —dijo esforzándose por permanecer muy tranquila en el gran sillón—. ¿Qué sucede?

Mel se sentó ante el escritorio, con los codos apoyados en la superficie encerada y su cara entre las manos. Le contó lisa y llanamente todo lo que sabía sobre Muriel Marsh Devon, Johnnie Williams y Norena.

Joy escuchaba, pensando aliviada que podía haber sido mucho peor, pero sintiendo cierto resquemor al pensar que ese hombre a quien amaba tenía ahora una hija de diecisiete años viviendo en su casa, mimándolo tal vez como a ella le hubiese gustado hacerlo y que con su compañerismo y su cariño, la alejaría aún más de él.

—Bueno, ya está —terminó diciendo Mel—. Qué asunto más horrible, ¿verdad?

Creo que se sabrá tarde o temprano. Tengo confianza en Terrell y en Brewer. Los hombres de Terrell no van a hablar, pero ese enano me preocupa. Si no estuviera metido en el asunto, estaría mucho más tranquilo.

—Pero si quiere a tu hija, ¿qué interés puede tener en hacerle daño? —preguntó Joy.

—Ya sé. Lo he pensado, pero por instinto no tengo confianza en él —dijo Mel irritado—. Pero eso no tiene que preocuparnos por ahora. Han pasado dos semanas desde el juicio. No se ha dicho nada ni de Norena ni de mí. De manera que podemos esperar con confianza —se echó hacia atrás con las manos crispadas en los brazos del sillón—. Pero es Norena la que me preocupa. Cuando Terrell me dijo que Norena había aparecido después de todo este tiempo, para mí fue un golpe terrible. La idea de tenerla de nuevo para mí solo nunca se me había ocurrido —se rio con cierta desazón—. Creo que fui demasiado optimista. Supongo que es lógico que esté a la defensiva... no puede decirse hostil. Ha crecido creyendo que le hice la vida tan imposible a su madre que tuvo que dejarme. Puede ser que con el tiempo se le borre esa impresión... si alguna vez llego a olvidar. El hecho es que después de haberla tenido en casa dos semanas, todavía somos dos extraños.

Joy movió la cabeza con simpatía.

—Tienes que tener paciencia, Mel. Comprendo muy bien lo que sientes, pero también tienes que considerar sus sentimientos.

—Y los considero. Es tan distinta de lo que imaginaba que debía ser mi hija —dijo Mel—. En verdad, si no se pareciese a Muriel de una manera tan asombrosa, me costaría creer que fuese mi hija.

—¿Qué ha hecho durante todo este tiempo?

—Ese es el asunto. No parece tener interés por nada. Se pasa casi todo el día en su cuarto, escuchando discos populares que me dan ganas de tirar —se rió molesto—. Creo que me lo he buscado. Le regalé un tocadiscos y dinero para que se comprara esos malditos discos. Me gustaría que fuese al club y jugase al tenis, pero no quiere saber nada. Quisiera que montase a caballo, pero tampoco le gusta. No me he animado todavía a sugerirle el golf...

—Pero Mel, querido, no es un muchacho. Tal vez no le interesen los deportes. Hay muchas chicas a quienes no les gusta.

—Sí, creo que tienes razón. Hubiese sido divertido jugar al tenis con ella y montar a caballo. Sí, me equivoqué.

—¿Qué otras cosas ha hecho?

—Bueno, le regalé un auto y va mucho a Seacombe —Mel quedó mirándose las manos—. Ve demasiado a ese maldito enano. Le quiere mucho más que a mí. Hay algo en él malsano y desagradable. Estoy pensando en poner fin a esas entrevistas.

Joy arqueó sus oscuras cejas.

—¿Cómo lo harás, Mel?

—Bueno, le diré que no lo vea.

—¿Y si quiere saber por qué?

La miró con expresión interrogativa.

—¿Crees que no puedo impedir que lo vea?

—Piensa un poco en esto —dijo Joy—. Ese hombrecillo conocía bien a su madre. De golpe ha sido trasplantada a un ambiente de confort y de riqueza con un hombre que sabe que es su padre, pero que no significa mucho para ella. Es natural que desee ver a Edris... ¿es ese su nombre?

—¡Pero es un enano! Hay algo en él... no sé lo que es, pero no me gusta. ¿Cómo puede una chica de diecisiete años pasar tanto tiempo con un enano?

—Tú sales de tu casa a las ocho y media y vuelves a las dieciocho y media. El día se le tiene que hacer largo, sentada en casa, escuchando discos populares. ¿Hay alguien más con quien pueda hablar?

—Si quisiera ir al club, encontraría a alguien.

—Oh, no, Mel, sé más comprensivo. Las mujeres que van al club por lo general son casadas, con hijos, o como yo... demasiado viejas para charlar con una jovencita.

Mel se echó para atrás en el sillón y estiró las manos.

—Muy bien. Todo lo que pienso está mal. Espero que me hagas una sugerencia.

—Creo que la solución lógica sería encontrar un empleo. De esa manera conocería gente de su edad. Estaría ocupada y no se sentiría como un pez fuera del agua.

—Oh, ¡por el amor de Dios! ¡No quiero que mi hija trabaje! ¿Por qué tendría que trabajar? Tengo todo el dinero que podemos necesitar. En realidad algo dijo sobre conseguir un empleo en el banco. Es ridículo. ¿Por qué una chica tan guapa tiene que enterrarse en este banco?

—¿Se lo puedes conseguir, Mel?

—No es fácil. Sí, creo que podría. Como vicepresidente puedo arreglar el asunto. Pero no lo voy a hacer. No quiero que trabaje.

—Me parece que tendrías que hacerlo —miró su reloj—. ¿Quieres venir a comer? Sé que a papá le gustaría verte.

—A mí también me gustaría verlo, pero no puedo. No puedo dejar a Norena todo el tiempo sola. Estoy bastante cansado ahora, Joy. Tú misma puedes darte cuenta.

—No te digo que también venga porque un juez de ochenta años y una solterona de mediana edad no serían una compañía muy divertida para ella.

—¿De dónde sacas eso de solterona de mediana edad?

Joy se rio.

—Vas a tener que hacer algo. Debes dejarla trabajar aquí. Estoy segura de que eso solucionaría el problema. En general sigues mis consejos. ¿Quieres ocuparte, por

favor, de que empiece a venir aquí lo antes posible?

—¿De veras piensas que debe trabajar?

—Estoy segura.

El se quedó pensando, luego movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Tal vez tengas razón. Voy a hablar con ella. Tengo que consultar con Crawsure. Es el jefe de personal. No le va a gustar mucho, pero tendré que hacer valer mi jerarquía.

Joy se puso de pie.

—Acabo de llegar de fuera, Mel. Mi padre me espera. Tengo que irme. ¿Cuándo nos veremos?

—¿Mañana por la noche? Podemos cenar en el Club.

—¿Y Norena?

—Ella saldrá. Sale casi todas las noches.

—¿Por qué no la invitas a venir con nosotros?

—No va a querer. Le aburre el Club.

Joy alzó los hombros. Sabía que podía haber insistido, pero no quiso hacerlo. Quería que Mel decidiera solo.

—Tal vez tengas razón. Entonces mañana en el Club. No te hagas mucha mala sangre. Todo va a ir bien. Ya verás.

Cuando se fue, Mel permaneció Unos minutos reflexionando. Siempre le habían parecido buenos los consejos de Joy. Tal vez, si Norena tuviese alguna ocupación, sería menos hostil con él. Decidió, después de pensarlo bien, que valía la pena probar.

A la mañana siguiente, algo después de las diez, Ticky Edris salió de la ducha envuelto en su salida de baño. Entro trotando en la cocina y conectó la cafetera eléctrica, luego se dirigió a la puerta de entrada para recoger la leche y el diario. Se detuvo al abrirse las puertas del ascensor, y Phil Algir hizo su aparición.

—Hola, pimpollo —dijo y levantó la botella de leche—. Ha madrugado. ¿Quería verme?

Pulcramente vestido como de costumbre, Algir pasó delante de él y entró en el apartamento. Su rostro tenía una expresión de pocos amigos y Edris se dio cuenta de que estaba furioso.

—¿A quién se imagina que quiero ver si no es a usted? —preguntó Algir, arrojando su sombrero sobre una silla.

Edris cerró la puerta de entrada y fue trotando al salón.

—¿Quiere café? Está recién hecho.

—No quiero nada —gruñó y se sentó. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno con mano insegura.

—¿Algo anda mal?

—¿Se imagina que puedo seguir así mucho tiempo? —preguntó Algir inclinándose hacia delante y mirando a Edris con sus ojos claros echando chispas.

—En seguida estaré de vuelta —dijo Edris con calma y se dirigió a la cocina. Al rato volvió con las cosas para el café que colocó sobre la mesa. Se sentó y empezó a servirse en su taza.

—¿Qué hace esa perra? —gruñó Algir.

—Se está instalando —contestó Edris, sorbiendo su café—. ¿Qué le pasa, Phil?

—Estoy harto. Todo marcha bien para usted... tiene un empleo. Yo no puedo seguir dando vueltas siempre sin dinero. Dígame con exactitud, ¿cuándo empezaremos a hacer algo?

—Mire —dijo Edris, con voz cortante—. Ya le previne que esto podía ser largo, ¿verdad? Si damos un paso en falso, todo nuestro plan se derrumba —se inclinó hacia delante golpeando la mesa con sus dedos mochos—. He estado soñando y elaborando este plan durante cinco años. Esperaré dos años más si es necesario para que todo salga perfecto. Ira entra en el banco. Va a trabajar allí. Es una chica vivísima. Está llevando este asunto de forma maravillosa. Lo que tiene que hacer es llegar a conocer hasta los menores secretos del banco. ¿Cree que eso se puede hacer en un par de días? Si no se pone bien al corriente, no podemos hacer el trabajo. Es muy simple. Una vez que esté dentro y haya estudiado bien su sistema, empezaremos a actuar, pero nunca antes.

—¡Puede ser cuestión de meses! ¿Qué voy a hacer para poder comer durante ese tiempo? ¡Tiene que darme algo, Ticky! El hotelero me exige que le pague.

—Le di doscientos dólares la semana pasada —la expresión de Edris se endureció—. ¿Cree que fabrico billetes?

—Necesito otros doscientos. Se los devolveré cuando hagamos el trabajo.

—Le daré cien y ni un centavo más, y los tendrá que hacer durar por lo menos dos semanas —repuso Edris. Se dirigió a la cómoda y abrió uno de los cajones.

Con movimientos rápidos, Algir se puso de pie, atravesó la habitación, le dio a Edris un tremendo empujón que lo hizo rodar y se zambulló en el cajón. Tomó un fajo de billetes de veinte dólares.

—Me llevo trescientos —anunció Algir con aire socarrón—. Le dejo cien. Es suficiente, Ticky. Un hombrecito como usted no tiene tantos gastos como un tipo grande como yo.

Ticky se dirigía en ese momento hacia su minúsculo escritorio. Había dejado un cajón abierto y sacó de él una pequeña pistola con una especie de tapón de goma en el extremo.

—¡Suelte eso! —dijo entre dientes—. Todos los billetes, Algir. A menos que quiera recibir una bomba de amoníaco en la cara.

Algir contempló pasmado el extremo de la pistola, y luego miró en los ojos a

Edris. Se quedó estático, con el dinero en la mano, moviendo los labios, insultando en silencio a Edris.

—¡Lárguese! —repitió Edris.

Algir arrojó el dinero en el cajón y se retiró.

—Muy bien, monstruo inmundo —gruñó—. ¡Guárdese su dinero!

—Es lo que voy a hacer —dijo Edris y se metió la pistola en el bolsillo—. No trate de bromear conmigo, Philly, muchacho. Sé cuidarme —se dirigió al cajón, contó cien dólares y tiró el fajo sobre la mesa—. Eso es todo lo que le daré... ¡hágalo durar!

El timbre de la puerta se oyó mientras Algir tomaba el dinero. Edris cerró el cajón de la cómoda, dio la vuelta a la llave y se la metió en el bolsillo, luego fue saltando al vestíbulo y abrió la puerta.

Ira Marsh estaba parada en el rellano. Vestía una camisa de hombre con los faldones fuera de sus pantalones oscuros. Había una expresión de alborozo en sus ojos azules cuando entró en el apartamento.

Algir se quedó mirándola.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo va a seguir dando vueltas sin hacer nada?

Ella lo ignoró. Tomando la cafetera, se sirvió una taza de café, luego le sonrió a Edris, diciendo:

—Mañana empiezo a trabajar en el banco.

Edris se puso pálido.

—¿Está bromeando sobre una cosa tan importante como ésa? —preguntó con expresión tajante.

—Mañana empiezo a trabajar en el banco.

Edris respiró profundamente y de pronto sonrió. Empezó a batir palmas, echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un grito salvaje. De un salto se subió al escritorio, de allí dio un brinco hasta la mesa y luego otro que lo depositó en el suelo. Empezó a correr alrededor del cuarto como si estuviese loco, gritando: «¡Yipiiii! ¡Yipiiii!» hasta que Algir riéndose nervioso lo agarró y lo arrojó sobre un sillón.

—Cállese, bastardo demente —dijo—. Va a atraer a la policía.

Edris, jadeante, sonrió a Algir, abriendo y cerrando sus ojillos.

—Se lo había dicho, ¿no? Le había dicho que era muy viva. Que era especial para este trabajo. Tomó a Ira y la atrajo contra su pecho y empezó a dar vueltas y vueltas alrededor de la habitación, bailando un vals. Algir seguía sonriéndose; se quitó de en medio para dejarlos bailar. Por fin, exhaustos, cayeron en un sofá. Tomando la cara de Ira con sus dos manos, Edris depositó un ruidoso beso en su frente.

Ella, riéndose, le dio un empujón y se enderezó.

—Oh, mi linda muñeca —exclamó Edris, sentándose en el suelo y alzando hacia ella la mirada—. ¿De manera que lo consiguió? Cuénteme. ¿Cómo pudo hacerlo tan

rápido?

—Fue muy fácil. Hay una solterona enamorada del pobre papá que lo persigue —explicó Ira—. El le contó sus cuitas. Después de haber pasado yo dos semanas escuchando discos malos y con pensamientos homicidas en la cabeza, el pobre papá empezó a preocuparse. De manera que llamó a su solterona y, créalo o no, ella le dijo con toda exactitud lo que yo sabía que le iba a decir —Ira se puso de pie de un salto y señaló con el dedo a Edris con gesto dramático—. Esa chica necesita hacer algo. Ponla a trabajar en el banco, viejo amigo, viejo amigo. Eso es lo que necesitan las chicas: trabajo y compañeros de su edad. Papá se dejó convencer. Le dijo que si en realidad quería trabajar en el banco, se ocuparía de buscarme un puesto. Si eso me hacía feliz, podría empezar mañana mismo —hizo una mueca de disgusto—. ¡Trabajo! ¿por qué todos esos inútiles insisten en que hay que trabajar?

Edris se desternillaba de risa.

—¡Pero estarás contenta, nena! ¡Estarás rodeada de ese dinero maravilloso! ¡Oh, muñeca, cómo me gustaría estar en tu sitio! ¡Millones de dinero amoroso, crujiente! —se puso de pie de un salto y se lanzó sobre ella; le puso los brazos alrededor del talle y la cara contra su pecho—. Chiquita, te quiero como me quiero a mí mismo —dijo con emoción.

Ira lo apartó de sí con tanta violencia que perdió el equilibrio y rodó por el suelo.

—¡Guardé sus manos! —chilló—. ¡Y guarde las distancias!

El le guiñó un ojo, luego con una sonrisa forzada, se puso de pie.

—No quise decir nada, chiquita —explicó, yendo hacia su sillón y sentándose. La caída lo había dejado un poco tembloroso—. Sólo estaba bromeando. Es mi modo de ser.

—Bueno, ¡pero no es el mío! —repuso Ira, muy enfadada y se dejó caer en el sofá.

Algir observaba todo esto con mirada despectiva.

—Cuando dejen de hacer tonterías —dijo—, ¿qué les parece si habláramos de negocios?

—¿Le dijo Devon en qué departamento del banco iba a trabajar? —preguntó Edris.

Ella movió la cabeza.

—Mañana por la mañana tengo una entrevista con el jefe de personal. Es el tipo que tiene que decidir dónde voy a trabajar.

—No se olvide de decirle que sabe manejar máquinas de sumar —dijo Edris—. Quisiera que estuviera en el departamento de contabilidad —se inclinó hacia delante—. Lo que tenemos que saber, ante todo, para poder empezar a movernos, es dónde están las cajas fuertes.

—¿Qué quiere decir con las cajas fuertes?

—Las cajas fuertes no se usan durante meses. Hay una gran cantidad de ellas en el banco. En el restaurante he oído a mucha gente hablar de eso. Esos dueños de pozos de petróleo texanos alquilan una caja cuando vienen aquí de vacaciones, la llenan de dinero, luego se van a su casa y dejan el dinero en la caja hasta que vuelven las próximas vacaciones. Una vez que haya aprendido la marcha del departamento de contabilidad, estará en condiciones de saber los números de esas cajas. Eso es lo que queremos que aprenda.

—¡Está loco! —interrumpió Algir enfadado—. Aunque supiéramos los números, nunca podremos llegar hasta ellas. Es el banco más seguro del mundo. Tienen guardia las veinticuatro horas del día y está lleno de timbres de alarma.

—¿Quién dijo que llegaríamos hasta ellas? —dijo Edris sonriendo—. Sabrá todos los detalles de mi plan cuando esté listo. Esta es una operación en que hay que andar con pies de plomo y paso a paso. Primer paso: conseguir que entre en el banco. Eso será mañana. Segundo paso: saber dónde están las cajas fuertes. Tercer paso: averiguar los requisitos necesarios para alquilar una caja, aprender cómo se manejan las llaves y los guardias. Paso a paso... es la única manera de realizar este trabajo.

—Pueden pasar semanas antes de enterarse de todo eso —dijo Algir, preocupado.

—Esas cosas llevan tiempo, en efecto —dijo Edris con animación. Pero aunque llevaran un año, valdría la pena esperar.

Algir empezó a decir algo, luego al darse cuenta de que Ira lo estaba observando con sus ojos fríos, desconcertantes, se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

—¿Cuándo entro en acción? —preguntó deteniéndose.

—Ese podría ser el cuarto paso —dijo Edris—. Tenga paciencia, Phil, el premio será magnífico.

Algir lo miró durante un momento, vaciló, luego se fue, dando un portazo.

—¿Qué bicho le ha picado? —preguntó Ira.

Edris se encogió de hombros.

—No es feliz si no tiene dinero para despilfarrar.

—¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Ya verá. Es tan esencial para llevar a cabo el plan como lo es usted, pero de diferente manera. ¿Cómo le va con Devon?

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—Me mantengo lo más alejada que puedo de su camino —se reclinó en el respaldo del sofá—. No creía que un tipo tan obtuso pudiese vivir con tanto lujo. Espero que esto no dure demasiado. Me voy a volver loca de aburrimiento.

Edris estudió su rostro, con mirada que se endureció de manera repentina.

—No puede pretender ganar cincuenta mil dólares sin trabajar. ¿Qué le pasa? Ha conseguido ropa, un auto, una casa espléndida, dinero... ¿Qué más quiere?

—Ya sé... pero me aburro... eso es todo.

—Muy bien, siga aburriéndose. Es mejor estar aburrida que pasar hambre, sed y necesidades. Recuérdele siempre. Y escuche, Ira, ¡fíjese bien! No empiece a mirar a su alrededor en busca de diversiones. Dé un paso en falso y la echarán del banco más rápido que a un sputnik. Ese banco es tan respetable como una iglesia. Si no fuera la hija de Melville Deven nunca hubiese conseguido ese empleo. Y tenga mucho cuidado. Deben haber hecho averiguaciones en el colegio... sobre Norena. Era muy estudiosa y tan respetable como una monja. Era el tipo exacto de chica que quieren en el banco y recuerde, ahora es ella. Llegue a emborracharse, ande con muchachos, haga tonterías y que la pesquen y... ¡zas! ¡al diablo con nuestro negocio! —se enderezó en su sillón, con la cara congestionada—. ¡Si nos quedamos en la estacada porque no se puede aburrir unas semanas, los diarios no se atreverán a publicar los detalles de las cosas que le voy a hacer!

Permaneció sentada inmóvil, observando la expresión cínica de los ojos que la miraban; luego se puso de pie.

—No me meta prisa, taponcito —dijo con aire arrogante—. Hay cosas que le puedo hacer y que los diarios tampoco se animarán a publicar.

Edris, de modo inesperado, se puso a reír a carcajadas.

—Es valiente, nena. La quiero mucho, pero recuerde lo que le dije: abúrrase y tenga cuidado.

—No espere verme con frecuencia de ahora en adelante —dijo, encaminándose hacia la puerta—. Ahora soy una chica que trabaja. Cuando tenga algo que decirle, lo llamaré. Hasta pronto, Ticky —y salió del apartamento cerrando la puerta con mucha suavidad.

El domingo por la mañana, unos minutos después de las diez, Mel Devon se detuvo ante la puerta de la casa del juez Ansley y tocó la bocina de su Mercedes convertible.

Joy, que había estado esperando esa señal, bajó los escalones de la entrada y abrió la verja. Tenía puesto un *sweater* negro y pantalones blancos y llevaba en la mano una bolsa de playa.

Mel bajó del auto y dio la vuelta para abrirle la puerta.

—Hola, ¿qué tal? ¿Estás lista?

—Sí. Estoy lista —lo miró sonriente. Se alegró al ver que parecía contento. La expresión de abatimiento y preocupación que le notaba estos últimos tiempos había desaparecido. Por el momento, no parecía tener ninguna preocupación seria.

—¡Me gusta volver a verte!

—Lo mismo digo —dijo ayudándola a subir al auto—. ¿Cómo está el Juez?

—Está bien. Espera que hoy vengas a almorzar con nosotros.

—Por supuesto, estaré encantado. Norena va a pasar el día en el Club —la miró sonriente—. Sabes, Joy, no sé lo que haría sin ti. Nadie podría solucionar mis

problemas como lo haces tú. Tal vez sea un banquero inteligente, pero cuando se trata de mi vida privada, no me siento capaz de dar un paso sin ti. Ella miró hacia otro lado.

—No sé, Mel. Creo que eres capaz de arreglarte solo, pero es agradable oírte decir que sirvo para algo.

El le palmeó las manos. En ese momento iban por la avenida que llevaba a Paradise Bay, donde Mel tenía una cabaña en la playa.

—Gracias a ti, Norena pronto dejará de ser un problema. Estabas en lo cierto al decir que necesitaba alguna ocupación. Desde que trabaja en el banco es otra persona.

—¡Cuánto me alegro! ¿Desde cuándo está allí?

—Tal vez desde hace un par de semanas... sí, empezó el lunes, hace dos semanas —se puso serio y le echó una mirada rápida—. ¡Cómo pasa el tiempo! Eso quiere decir que no te he visto desde hace dos semanas, Joy... es mucho tiempo.

—Te he echado de menos —dijo Joy con voz muy tranquila. No necesitaba recordarle lo largas que le habían parecido las horas. Todos los días había estado esperando que la llamara—. Debes estar muy ocupado.

—Te diré... —se rio—. Le he enseñado la ciudad a Norena. Hemos andado de aquí para allá. Cinematógrafos, teatros, salones de té... ¡de todo!

Joy miraba hacia delante.

—¿Así que ahora sales con Norena?

—Bueno, así parece —su mirada se entristeció un poco—. En realidad, creo que hubiese sido mucho mejor para ambos que tuviese amigos de su edad y saliese con ellos. Me siento espantosamente viejo. Me imagino que me verá como un hombre inofensivo y seguro. Creo que sale conmigo porque no tiene nadie que la acompañe. Por eso insisto tanto para que vaya al Club del Banco. Al principio no quería, pero por fin la convencí. Ahora piensa pasar allí el fin de semana.

Joy se tranquilizó un poco.

—¿Habéis hecho las paces?

—Me imagino que sí. No creo que a los jóvenes les guste que les hagan muchas preguntas. Le dije que podía traer a casa a quien quisiera, pero hasta ahora no lo ha hecho. Por lo menos siento que se ha roto el hielo entre nosotros, pero no se puede decir que sea cariñosa.

—Esperas demasiado a la vez.

—Me digo eso constantemente, pero pienso que no tiene un carácter afectuoso. Parece envuelta en hielo —se encogió de hombros—. Todavía puede ser que se arregle. Por lo menos, vivo con ella sin preocuparme demasiado y hablamos bastante. Tiene algunas ideas como para ponerle a uno los pelos de punta. Cosas que trato de sacarle sin que se dé cuenta... sólo inicios de conversaciones, por supuesto, porque en cuanto ve que ataco a fondo, emprende la retirada. Me imagino que son cosas de

jóvenes.

—¿Qué clase de cosas?

—Normas de vida, supongo. Me temo que su madre la haya influido. Tiene un punto de vista muy amoral de ver la vida. Es bastante extraño, porque el doctor Graham le dio muy buenos informes a Crawsure, cuando habló con él. O ella los ha estado engañando, o ha sufrido un cambio repentino.

—Todavía no comprendo lo que quieres decir, Mel.

—Es un tema un poco complicado para tratarlo ahora. Cosas que surgen de golpe. Algunas veces cuando está leyendo el diario, da una opinión. Un tipo rescata a una criatura de un auto en llamas y luego muere a causa de las quemaduras; ella dice que es un estúpido. Le roban sus ahorros a una anciana: Norena dice que si a esa edad no se es capaz de cuidar su dinero, merece que se lo roben. ¿Te acuerdas de ese asalto a una gran joyería, la semana pasada? Dice que los ladrones fueron muy inteligentes. Y lo piensa. Y éstos no son más que unos ejemplos. Muy a menudo tiene salidas como éstas. De veras, creo que es amoral.

—Oh, Mel, no debes decir eso. La juventud de estos tiempos habla así. Es su modo de expresarse. Es un atractivo ser duro, cínico y antipático. Tal vez, le divierte ver cómo te choca lo que dice.

—Puede ser que tengas razón. Puedo llegar a pensar todo eso de otras chicas, pero no de mi hija.

—Ya que el doctor Graham dio tan brillantes informes de ella, será mejor ignorar lo que dice. Casi con seguridad cree que tiene que mostrarse a la altura de su inteligente padre. ¿Cómo se desenvuelve en el banco?

—Se porta bien —la cara de Mel se iluminó—. Se ha ganado a Crawsure. No quería saber nada de ella y estoy seguro que no la hubiese admitido si no fuese mi hija. Pero como es mi hija, habló con el doctor Graham antes de entrevistarse con ella. Parece que está dotada para los números. Ahora está trabajando en el departamento de contabilidad, y Crawsure dice que se desenvuelve muy bien en su trabajo.

—Bueno, es magnífico.

—Está todo el tiempo detrás de mí —dijo Mel con una sonrisa—. Se interesa de veras por las operaciones del banco. Nunca lo hubiese creído. A cada rato me hace preguntas... y preguntas inteligentes. Anoche mismo, puso en duda nuestro derecho a llamarnos «El banco más seguro del mundo». Tuvo que reconocer, después que le expliqué nuestro sistema de seguridad, que no era mera jactancia. El interés que está demostrando puede llevarla a hacer una buena carrera en el banco.

—No lo creas. Se enamorará —dijo Joy— y tu viejo banco significará tanto para ella como para mí.

Mel se rio.

—Como siempre, tienes razón.

—¿Sigue viendo al enano?

—No, por suerte. Está demasiado ocupada para poder ir a Seacombe. Estoy seguro de que no lo echa de menos en absoluto. Ahora que tiene un hogar, el banco y el club, se olvidará de él.

Mel hubiese tenido una desagradable sorpresa si hubiese podido ver a Ira en ese momento. Estaba estacionando su TR-4 delante de la casa de Ticky Edris, y unos instantes después de haber bajado del auto se hallaba tocando el timbre de la puerta del apartamento.

Edris salió a abrir, apresuradamente y cuando la vio se echó a un lado para dejarla pasar. No le hizo ni siquiera una sonrisa de bienvenida.

Había pasado dos semanas muy malas. Algir había vuelto a molestarla pidiéndole dinero, y veía con temor cómo disminuían sus ahorros. Si Algir no tuviese que desempeñar un papel tan importante en el desarrollo del plan, Edris se hubiese deshecho de él, pero sabía que en ese momento era imposible y no se le ocurría qué podía decir o hacer para poner punto final a las extravagancias de Algir.

No había sabido nada de Ira durante estas semanas. Varias veces había intentado llamarla por teléfono, pero recordaba que Ira le había dicho que lo llamaría cuando tuviera algo que decirle, y aunque Algir lo presionaba para que se pusiera en contacto con ella, se había dominado para no hacerlo. Tenía confianza en ella. Sabía que no podía estropearle el plan.

—Estaba empezando a preocuparme por usted, nena —dijo mientras la seguía al salón—. Esperaba tener noticias tuyas antes.

Algir salió del dormitorio. Había pasado la noche con Edris porque tenía dificultades en el hotel, por motivos económicos.

—Bueno, ¡ya era hora! —exclamó cuando vio a Ira—. ¿Qué le ha sucedido? ¡Hemos estado esperando durante dos interminables semanas que hiciese algo! Está muy bien para usted que vive a lo grande, ¿pero qué pasa conmigo? ¿Qué ocurrió?

—Basta ya —exclamó Edris—. Siéntese, Ira. ¿Consiguió algo?

Ella se dirigió hacia un sofá y se sentó. Durante un momento estuvo mirando a Algir; luego, con una mueca de desprecio, se dio la vuelta hacia Edris.

—Si ese cerebro de pájaro no deja de fastidiarme —dijo— me voy de aquí ahora mismo. Y lo voy a hacer. Si ese tipo no puede meterse dinero en el bolsillo, no quiere decir que pueda tomársela conmigo.

Algir empezó a decir algo, pero Edris lo interrumpió.

—He dicho que basta. ¡Déjela tranquila! —dirigiéndose a Ira, siguió diciendo—. Muy bien, chiquita, no le haga caso. ¿Cómo le ha ido?

—Tengo la mayor parte de los datos que necesita. No fue tan fácil y tuve que andar con mucho cuidado, pero los conseguí. —Abrió su bolso y sacó una hoja de

papel doblada—. ¿Qué le parece esto para empezar?

Edris le tomó el papel de la mano. Lo desplegó y preguntó:

—¿Son las cajas fuertes?

—Algunas. Hay otras, pero éstas están alquiladas a la gente más pudiente. No existe ningún registro de las cosas que contienen las cajas. Los clientes las abren ellos mismos y el banco no se hace responsable de su contenido, pero a juzgar por el tamaño de sus cajones, debe ser bárbaro —dijo Ira—. Me he enterado de que hay cinco dueños de pozos de petróleo texanos que se van a fin de semana. Han ganado miles de dólares en el casino. Es de imaginar que dejarán sus ganancias en las cajas fuertes antes de regresar a Texas. Verá el número de cinco cajas en la segunda columna.

—¿Y qué ventaja hay en tener el número de esas malditas cajas? —gruñó Algir—. Tenemos que saber lo que hay en las cajas.

Ni Ira ni Edris le hicieron caso.

—Está bien, nena —dijo Edris—. Ahora tenemos que saber cuál es el sistema de abrir las cajas.

—Ya lo sé —Ira abrió su bolso y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno y luego siguió diciendo—: Hablé con Papá. Cree que soy una chica muy cuidadosa. Me enseñó la combinación de las cajas, y si él no lo sabe, no lo sabe nadie.

Edris se inclinó hacia delante. Sus ojillos parpadeaban.

—¿Cuál es la combinación?

—Sólo le diré que no podría ir a prender fuego al banco de noche. Hay seis guardias armados, y cada uno de ellos está bien protegido. Son hombres muy seleccionados, y sería querer jugar con dinamita tratar de comprarlos. Hay patrullas con perros durante toda la noche. Las cajas fuertes están alineadas en un subterráneo, revestidas por siete centímetros de acero y apoyadas en una pared de cemento armado de un metro veinte de ancho. A la hora de cerrar, inundan los subterráneos. El agua es evacuada por un sistema de relojería regulado con un dispositivo que funciona a las seis de la mañana. Luego los subterráneos se secan por aire caliente. De manera que se pueden quitar de la cabeza la idea de entrar en el banco de noche.

Algir arrojó con furia su cigarrillo en un cenicero.

—¡Ya le había dicho que era una locura pensar en llegar hasta esas cajas! —gruñó dirigiéndose a Edris—. Hemos estado perdiendo el tiempo. ¡Maldito sea!

—¡Cierre el pico! —dijo Edris sin mirarlo—. ¿Y qué le parece hacerlo durante el día, nena?

—También es muy difícil. Hay doce patrullas de guardia. La reja del subterráneo está cerrada con llave y vigilada por dos guardias con rifles automáticos. Dice Papá que si entraran veinte hombres al banco con bombas de gases y pistolas, no podrían hacer nada. Hay un guardia en una torre de cristal a prueba de balas que vigila a todo

el que entra. Si ve algo raro, aprieta un botón que cierra de manera automática todas las salidas, inunda el subterráneo y se avisa a la policía. De manera que un asalto en horas de oficina está estrictamente reservado a los pájaros.

Edris se rio entre dientes y juntó sus manos deformadas.

—Es cierto que han pensado en todo, ¿verdad, nena? Ahora, dígame una cosa, ¿quién va al subterráneo?

—Los clientes.

—¿Nadie más?

Ira sonrió.

—Veo que se está avivando. Sí, hay alguien más. Una recepcionista que conduce a los clientes hasta las cajas.

Edris movió la cabeza.

—Había oído hablar de ella. ¿Todavía no la conoce?

—La he visto. Se llama Doris Kirby. Tiene treinta y tres años y ocupa ese puesto desde hace ocho años. No puede esperar más de ella de lo que podría esperar de un obispo.

—¿Sabe dónde vive, nena?

—No, pero puedo averiguarlo.

Edris asintió.

—Averigüe, nena, tan pronto como le sea posible. Llámeme por teléfono para darme la dirección. Es muy urgente.

—Muy bien.

—¿Qué hace ella exactamente, nena? ¿Usted lo sabe?

—Imagínese que usted es un cliente —Ira se instaló, cómodamente entre los almohadones del sofá—, y desea alquilar una caja de seguridad. Va al banco y llena un formulario. Nombre, dirección y número de teléfono. Cuánto tiempo y cuántas veces va a usar la caja. Se le da una llave. Si la pierde, hay que forzar la cerradura: no hay duplicados. Cada caja tiene dos cerraduras. Usted tiene la llave de una cerradura y el banco la llave de la otra cerradura. Las cajas no se pueden abrir sin que se utilicen las dos llaves. Esa chica, Kirby, tiene a su cuidado la llave general que, al irse, le entrega al guardián. Cuando usted quiere hacer uso de la caja, tiene que dirigirse al guardia de la verja. Le muestra su llave, que tiene un número. Controla el número que usted le ha dado, su nombre y su dirección. También tiene una fotografía suya. Cada llave tiene su propia contraseña. Usted se la entrega y, si está en regla, lo deja traspasar la verja. Al pie de la escalera, Kirby se halla sentada ante su escritorio. Le da su número y ella lo conduce hasta su caja. Ella abre la primera cerradura con la llave maestra y, si le parece que va a tardar mucho, lo deja allí. Usted abre la segunda cerradura con su propia llave, mete o saca su dinero y luego toca un timbre. Kirby vuelve, cierra su cerradura y lo lleva a usted hasta la verja. Esa es su tarea y es lo que

hace.

Edris se sonrió satisfecho.

—¡Bien, nena, bien, bien, bien! Creí que le iba a costar por lo menos un mes conseguir esos datos. ¡Es inteligente y la quiero!

—¿Y le parece que eso está bien? —explotó Algir—. ¿Dígame cómo vamos a sacar el dinero de esas cajas? Me importa un bledo su sistema. ¿Cómo conseguiremos el dinero?

—Phil, pimpollo, aquí es donde usted empieza a actuar. Hasta ahora se desesperaba por esta larga espera; ahora la espera se acabó. Su primer trabajo es quitar de en medio a la pequeña miss Kirby. Nada drástico. Tiene que tener una leve dolencia por lo menos durante una semana. ¿Se puede ocupar de eso?

Algir miró azarado.

—Bueno, vamos a ver... ¿por qué la tenemos que quitar de en medio?

—Porque esta chiquita va a ocupar su sitio. ¿No es así, muñequita?

—Es una buena idea —repuso Ira—, pero Crawsure tiene la última palabra.

—No, no la tiene —afirmó Edris, sonriendo—. Su Papá la tiene, nena, y él es un punto fuerte en el banco. Le dirá a Papá que le gustaría tener una posibilidad de conocer algunos clientes importantes. Caerá en la trampa, sobre todo si le recalca que Kirby no estará mucho tiempo fuera y que esa corta experiencia le gustará mucho. Explíqueselo a Papá y le apuesto cualquier cosa a que no tendremos ningún inconveniente.

Algir empezaba a mostrarse interesado.

—¿Ella sacará un molde de la llave general? ¿Es eso, verdad? —dijo, inclinándose hacia delante.

—Lo sacará no sólo de la llave general, sino también de las llaves de los clientes... en especial de esas cinco llaves de los texanos.

—¿Y cómo lo hará? Acaba de decir que los clientes guardaban sus llaves. ¿Cómo las conseguirá?

—Se arreglará para tomar sus llaves —indicó Edris, sonriendo satisfecho—. Si me quiere dar su llave, míster Clukhead, estaré encantada de abrirle su caja fuerte.

—Esos texanos tienen sangre caliente. Tal vez le contesten que se vaya al diablo.

—¿Le diría a una chica tan bonita como ésta que se fuese al diablo, Phil?

Algir miró a Ira de forma crítica. Ella le sacó la lengua.

—Sí, hasta cierto punto, tal vez tenga razón. ¿Cómo hará?

—Con un poco, de masilla que tendrá en su mano izquierda. Usted será quien haga las llaves. Será mejor que para eso se ponga de acuerdo con ella... dígame lo que necesita.

—Esas llaves pueden ser muy complicadas —comentó Algir—. Depende de cómo sean las cerraduras.

—¿Por qué van a ser tan complicadas, con un sistema de seguridad tan bueno como el que tienen? Apostaría que son cerraduras corrientes y llaves corrientes. De todos modos, lo sabrá mañana. Tendrá una de las llaves en sus manos.

Algir ladeó la cabeza.

—¿Cómo?

—Mañana iré al banco y alquilaré una caja fuerte. Llevaré un sobre abultado, lleno de recortes de papel de diario. Diré que es el dinero que ganó en el juego. Que quiere sacar y meter dinero todos los días. Conocerá a Doris Kirby. La observará bien, de manera que la pueda reconocer más tarde. Dejará el sobre en su caja y tomará la llave. Entonces estará en condiciones de saber si las llaves son muy difíciles de reproducir. Por la noche se las arreglaré para que miss Kirby enferme, tenga un accidente, un dolor de barriga o lo que se le ocurra para quitarla de en medio. Pero no olvide una cosa: tiene un puesto importante en el banco. Si le ocurre algo, los «polizontes» pueden oler algo raro y la policía estará sobre aviso al instante. De modo que tenga cuidado, Phil.

Algir se quedó mirando el suelo con el ceño fruncido.

—¿Qué le parece un golpecito con mi auto? —preguntó por fin.

—Golpearla y disparar —murmuró Edris en tono bajo—. Intervendrá la policía.

—¿Vive sola?

—Sí —explicó Ira—. Tiene un apartamento en un último piso. Me lo dijo ella misma.

—Si hay escaleras, una cuerda atravesando un escalón surtiría efecto —sugirió Algir—. ¿Le parece bien? Sólo se rompería una pierna.

—Espléndido, mientras no se rompa el pescuezo —dijo Edris—. No queremos a la policía metida en este asunto.

—Consígame la dirección —le dijo Algir a Ira—. Iré a estudiar el terreno en cuanto me dé la dirección.

Ira asintió con la cabeza, luego miró su reloj y se puso de pie.

—¿Hay algo más, Ticky? Creen que estoy en el club. Papá podría telefonar. Si se da cuenta de que no estoy allí, empezará a cavilar.

—Esto es todo por ahora, nena. Se está portando muy bien. Se lo digo yo. Siga como hasta ahora y pronto tendrá billetes para quemar y ¡billetes verdaderos!

—¿No pensará que estoy haciendo esto por monedas? —se dirigió a la puerta—. Hasta pronto, Ticky —a Algir le dijo—: Vamos a ver cómo se desenvuelve, cerebro de pájaro. Es hora de que haga algo para ganarse la vida —y se fue.

—Me gustaría tener a esa perra entre mis manos —dijo Algir con la cara congestionada—. Me gustaría oír sus gritos antes de arrojarla a un lado.

Edris se rio con expresión burlona.

—Ya la tendrá, Philly, muchacho. Tenga paciencia. Es demasiado joven para tener

tanto dinero.

—Todavía hay algo que no entiendo —dijo Algir, encendiendo un cigarrillo—. ¿Por qué tengo que alquilar una caja de seguridad?

—¡Oh, por el amor de Dios! Use la cabeza, muchachito. La tarea de Ira es sacar el dinero de las otras cajas y ponerlo en la suya. Usted va todos los días y recoge el dinero, que en apariencia le pertenece. ¿De qué otra manera piensa que podemos conseguir sacar el dinero del subterráneo? ¿Se da cuenta de lo simple que será una vez que tengamos los duplicados de las llaves que Ira nos consiga? Se ocupará del subterráneo todo el tiempo que Kirby esté fuera. Tendrá que llenar su caja con el dinero de las otras cajas que pueda abrir. Son cofres que a veces no se usan durante mucho tiempo, de manera que podrán pasar meses antes de que se den cuenta de que les falta algo, y para entonces nosotros estaremos a muchas millas de aquí.

Algir se quedó sentado, inmóvil, con la boca abierta.

—¡Por Judas! —dijo por fin con voz chillona.

—¿Bonito, verdad? —Edris se felicitaba a sí mismo—. Y hay millones de dólares para nosotros. Es el fraude más bonito, más agradable que jamás haya pensado —echando su cabeza para atrás, gritó—: ¡Yipiiii! —con todas las fuerzas de sus pulmones.

A la mañana siguiente, a las nueve y quince, Mel estaba en la oficina, sentado ante el escritorio, sobre el que se veía la correspondencia matutina y varios informes. En el momento que tomaba un informe del Mercado de Ganados, oyó un golpecito suave en la puerta que daba directamente a su ascensor privado: una puerta que rara vez usaba, pues prefería entrar por la entrada principal del banco, aprovechando la oportunidad para decir algunas palabras a unos y a otros del personal.

Nadie había golpeado jamás a esa puerta y se quedó mirándola, preguntándose si había oído bien. El golpecito se repitió. Frunciendo el ceño, pensó que era muy raro y que miss Ashley, su secretaria, debería conocer algún antecedente. En el momento que estiraba la mano para tocar el timbre, oyó un suave murmullo a través de los paneles de la puerta.

—Papá... soy yo.

Entonces, Mel sonrió. Se puso de pie, mirando con cierta ansiedad a la puerta que daba a la antecámara. Si miss Ashley sospechaba que alguien lo molestaba a esta hora, le hubiese parecido chocante e indignante, pero por el sonido apagado de su máquina de escribir, se dio cuenta de que estaba ocupada. Se dirigió a la puerta, giró la llave y abrió.

Ira se deslizó dentro. Sus ojos azules tenían una mirada de candor, su sonrisa era confiada. Llevaba una túnica gris pizarra con cuello y puños blancos, y alrededor de su talle tenía un ancho cinturón de cuero negro. Su pelo rubio tenía reflejos cobrizos a la luz del sol que entraba por el gran ventanal abierto.

—Ya sé... ya sé... —se apresuró a decir, manteniendo la voz muy baja—. No necesitas decírmelo, papá. Ya sé que no tendría que estar aquí y que miss Ashley se va a tragar la dentadura si lo llega a saber, pero tenía que verte.

—¿Me imagino que te das cuenta de que has quebrantado uno de los reglamentos más sagrados del banco viniendo aquí a esta hora y por mi entrada privada? —preguntó Mel, sentándose detrás de su escritorio.

Ira retiró unos papeles que había sobre el escritorio, se sentó en la mesa y se colocó la falda. Mel pensó que estaba encantadora y la sonrisa que Ira le dedicó le llegó al corazón y al cerebro.

—No lo volveré a hacer nunca más, pero es algo muy importante —prometió—. Doris Kirby ha tenido un accidente y quisiera ocupar su puesto en el subterráneo.

Mel se echó para atrás en su sillón.

—¿Cómo sabes que ha tenido un accidente? ¿Es algo serio?

—Todo el mundo habla de eso abajo —dijo Ira—. Se ha dado un golpe bastante malo: tiene un brazo roto y tres costillas fracturadas. Fue tan tonta como para caer

rodando un tramo de escalera, anoche. Ahora, escucha, papá, deja para otro momento tu compasión por Doris. Lo que tiene una importancia inmediata es que quiero ocupar su puesto. Por eso estoy aquí. Quiero que le digas al viejo Crawsure que haré el trabajo de Doris hasta que ella esté bien. Quisiera que lo hicieras ahora mismo, antes que tenga tiempo de reemplazarla por otra.

—Estoy seguro que... —empezó a decir Mel con firmeza, pero ella le puso la mano sobre los labios.

—No digas nada de lo que puedas arrepentirte después, papá querido. Por favor, escúchame. Si algún día tengo que ser útil a ti y al banco, es necesario que conozca a sus clientes más importantes. Después de todo, soy tu hija. Estarán tan contentos de conocerme como yo a ellos. Tú no puedes esperar que me interese mucho por los asuntos del banco, a menos que conozca a algunos clientes. ¿No es así? Conociéndolos, mi trabajo será más interesante. El viejo Crawsure va a tener dificultades para reemplazar a Doris. Gran parte del personal está de vacaciones. También hay que considerar el riesgo y la responsabilidad. Como hija tuya, el viejo Crawsure no puede poner ningún inconveniente en que vaya al subterráneo. Ya sabes que soy la persona indicada, ya que deseo desempeñar ese puesto.

Mel la miró. Qué parecida era a Muriel, pensó y tuvo un brusco pesar porque su matrimonio hubiera sido un fracaso. Norena tenía la misma belleza frágil, la misma firmeza, el mismo don de persuasión calculadora que siempre había usado Muriel cuando quería obtener algo de él.

—No es muy divertido, Norena, hacer el trabajo de Doris. Estarás en el subterráneo todo el día. Creo que te cansarás en seguida.

—¿Te parece que manejar una computadora es muy divertido? —preguntó Ira, arqueando las cejas—. Deja que te recuerde, papá, que no estoy aquí para divertirme. Estoy aquí para adquirir experiencia en el movimiento del banco.

—¡Oh, vamos! —exclamó Mel y se rio—. No esperes que me trague eso. Dime, ¿cuál es la razón real por la que quieres trabajar en el subterráneo, Norena?

Ella sostuvo tranquilamente su mirada, segura de que podría dominar a ese hombre grande y elegante.

—Quiero conocer a algunas de las personas más ricas del mundo... ese es el motivo. Para mí son una especie desconocida. Quiero examinarlas, escucharlas, aprender algo de ellas.

Mel dudó un momento, luego se encogió de hombros. Podría ser una buena idea, pensó, encantado de que demostrara tanto interés por el banco.

—No sé lo que dirá Crawsure de esto —dijo pensativo.

—No le pidas nada, papá: dale la orden. Tú eres el jefe. Tú no pides... tú ordenas —y levantando el receptor del teléfono, le dijo a la telefonista:

—Comunique a míster Devon con míster Crawsure, por favor —y con una

sonrisita encantadora le alcanzó el receptor a Mel.

A la hora del almuerzo, Ira salió del banco y condujo a gran velocidad por la ancha avenida, llevando su TR-4 a través del tránsito, indiferente a las miradas masculinas y a los silbidos ocasionales. Al final de la avenida, dio la vuelta por una callecita angosta y paró frente a una pequeña pizzería.

Bajó del auto, entró en el restaurante poco iluminado y se dirigió al bar.

Algir estaba sentado en un extremo, con un Martini delante y un cigarrillo colgando de sus finos labios.

Ira se acercó y pidió una Coca-Cola que Algir pagó de mala gana. Cuando el barman se fue para el otro lado del bar, Ira abrió su bolso y sacó una cajita de cartón. Se la dio a Algir.

—Este es el molde de la llave general —dijo, sin mirarlo—. Dígale a Ticky que no hubo problemas. En cuanto pueda sacar el molde de las otras llaves, se lo traeré.

Algir abrió la caja y examinó el molde hecho en un pedazo de masilla. Vio en seguida que no le sería difícil hacer la llave, y asintió con la cabeza.

—Está bien.

Ira terminó su bebida y bajó del taburete.

—No se escape —dijo Algir, mirando su esbelto cuerpo—. La convido con una pizza.

—Cómase la usted. Yo no quiero contestó y salió con paso rápido del restaurante, subió al auto y volvió por la avenida. Se detuvo delante del bar al que acostumbraba a ir, entró y pidió un sandwich de pollo y pan de centeno. Mientras lo comía, su mente no descansaba.

Hacía un mes que había salido de Nueva York. El cambio brusco de la pobreza a la riqueza no había producido en ella el impacto que había esperado. Pensando en esto, se dio cuenta de que desde que había salido de Nueva York no había tenido un momento de verdadera felicidad. Sabía por qué. No era divertido vivir en el lujo, tener un auto y una cantidad ilimitada de dinero en el bolsillo si no tenía a Jess Farr para compartirlo con él. Sin él la vida era tonta y pesada: como una fotografía desenfocada. Echaba de menos sus relaciones físicas. Por lo menos cuatro noches por semana, después de la sesión de swing. Farr la llevaba a su sórdido cuarto, donde hacían el amor violentamente. Mientras estaba sentada al sol, mordisqueando su sandwich, su cuerpo clamaba por Farr.

Ahora que había logrado entrar en el subterráneo, decidió que no iba a esperar más. Durante los últimos días había estado pensando en la posibilidad de que Jess se reuniera con ella, quisiera o no dejarse ver. Conociéndolo, sabía que debía haber encontrado otra chica. Nunca había estado segura de él. Había usado su cuerpo y le había gustado andar con ella, pero no tenía ninguna seguridad respecto a sus sentimientos. Por lo menos le hubiese gustado saber algo antes de escribirle

diciéndole que viniera. Si no venía, quería decir que era así, pero si venía...

Tenerlo en Paradise City sera peligroso, se decía a sí misma, mientras pagaba su cuenta. Pero le explicaría. Jess no era ningún tonto; comprendería su situación. Tendría que mantenerse alejado del camino de Mel Devon. Ticky y Algir no debían tener la menor sospecha de que vendría a reunirse con ella.

Tendría que comprarle un billete de avión desde Nueva York a Miami. No tenía la menor idea de cuánto le costaría. También tendría que proporcionarle algunos fondos. Cuando Jess necesitaba dinero, lo robaba. Aquí no podía permitir que hiciese eso.

Al subir al auto pensaba que la venida de Jess no le traería más que inconvenientes, a menos que le diera algo de dinero. Lo que sacara de la primera caja que abriera sería para Jess. Era la manera más lógica de proceder.

Tenía una vaga sensación de malestar. Se acordaba de las advertencias de Edris. Era tan peligroso como un reptil, y ahora ella estaba haciendo planes para jugar sucio. Tuvo un escalofrío. No podía tener miedo de un enano. Necesitaba a Jess y lo haría venir.

Un metro ochenta de nervios y músculos, con la piel de la cara como cuero, surcada por finas y salientes venas, una nariz bulbosa con marcas de viruela, así era Hyam Wanassee, un tosco millonario texano.

Era el último día de sus seis semanas de vacaciones en Paradise City. El y su mujer se iban esa noche, en avión, a Texas, y sentía mucho tener que irse. Lo deprimía tener que volver a las tormentas de arena, al viento y a la tensión de Texas. A los sesenta y tres años le resultaban pesadas las largas horas pasadas en los campos de petróleo y las eternas cabalgadas. Si le permitiesen darse el gusto, sería feliz retirándose a Paradise City, dejando a su hijo al cuidado del petróleo, que era su fortuna. No había nada que le gustara más que estar sentado en la playa contemplando a las chicas en sus minúsculos bikinis, bebiendo whisky, comiendo mariscos y por las noches jugando en el casino. Pero su esposa, una mujer flaca y envejecida, no quería saber nada de eso.

—Cuando un hombre se retira empiezan los disgustos —le decía muy a menudo—, ¡y es una cosa que no harás, Hyam, mientras tenga un soplo de vida en el cuerpo!

A las quince el chófer que conducía el Rolls Royce de Wanassee se detuvo ante el «Florida Safe Deposit Bank». Wanassee bajó del auto y subió la escalinata que llevaba a la entrada del banco.

Era una figura muy conocida allí y los guardias lo saludaron con todo respeto.

Los guardias de la verja que daba al subterráneo, siempre lo dispensaban de todas las formalidades de identificación. Uno de ellos lo saludó, luego abrió la verja y lo condujo hacia las escaleras.

—Esta es mi última visita, muchachos, hasta el año que viene —dijo Wanassee,

deteniéndose—. Esta vez el tiempo ha pasado volando.

Uno de los guardias dijo que esperaba que Wanassee hubiese pasado una buena temporada. El otro dijo que sería un placer volver a verlo al año siguiente.

Wanassee movió la cabeza, complacido, luego bajó la escalera bien iluminada hasta el amplio y fresco vestíbulo del subterráneo. El único fallo que encontraba al banco era que hubiesen empleado a esa chica flaca, llamada Doris o algo por el estilo. Abajo en el angosto corredor del subterráneo podía haber cierta posibilidad de divertirse un poco; siempre que hubiese una chica bonita a cargo del escritorio, pero ¿quién iba a querer hacer manitas con esa virgen chata y callada que era Doris?

Pero... ¡hola! ¡hola! ¡hola! ¿Qué estaba viendo? Se quedó parado y con la boca abierta.

Ira había sido prevenida por teléfono que Wanassee iba a llegar. Le habían dicho que era un cliente muy importante, cuya fortuna ascendía a unos ochenta millones de dólares y que tenía que ser recibido como un rey.

Estaba sentada en su escritorio cuando Wanassee bajó la escalera. Levantó la mirada, le sonrió y se puso de pie. La luz de la lámpara colocada sobre ella la iluminaba.

—¡Eh! —exclamó Wanassee—. ¿De dónde salió? ¿Qué hace una chiquilla tan guapa aquí abajo?

—Buenas tardes, míster Wanassee —dijo Ira rodeando el escritorio—. Ocupo el lugar de miss Kirby por una semana más o menos. Ha tenido un accidente.

—¿Será verdad? —Wanassee contemplaba las piernas largas y bien formadas de Ira—. ¿Un accidente, eh? ¿No me va a decir que algún héroe le ha dado un golpe?

Ira se rio.

—Oh no, míster Wanassee..., se cayó por las escaleras.

—Es lo mejor que pudo hacer —Wanassee se acercó un poco. Es realmente una muñeca, pensaba. ¡Qué mala suerte tener que irse esa misma noche!— ¿Y usted quién es, querida? ¿Cómo se llama?

—Norena Devon.

—¿Devon? ¿El mismo apellido que el vicepresidente?

—Es mi padre.

—¿En serio? —Wanassee la miró atónito—. ¿Su padre?

¡Que me cuelguen por tonto! He venido aquí durante diez años y nunca he sabido que Mel tenía una hija... ¡y qué hija!

Ira tomó un aire recatado.

—Acabo de terminar el colegio, míster Wanassee. Ahora estoy trabajando aquí.

—¿Y le gusta?

—Es muy bonito. Me gusta encontrarme con los clientes preferidos de papá.

Wanassee se sonrió.

—¿Me incluye entre ellos?

Ella lo miró: sabía que tenía el poder de volver locos a los hombres... sobre todo a los hombres de edad.

—Bueno, por supuesto, míster Wanassee. Papá me habló muy bien de usted.

—¿Es cierto? ¿Pero qué pensaría de mí si no le hubiese hablado?

Ella bajó los ojos.

—Hubiese pensado que le gustaría a cualquier chica, míster Wanassee. Parece uno de esos artistas de cine de las películas del oeste. Me lo imagino montando a caballo.

Wanassee sacó pecho.

—Sí... No hay muchos hombres de mi edad tan altos y fuertes como yo.

—¿Su edad? Bueno, míster Wanassee, ¿qué quiere decir? Usted no es viejo.

Después de todo resultó fácil. Ella lo incitó, lo llevó a hablar de él; no era muy difícil, quedarse mirándolo, con los ojos brillando de admiración, y cuando extendió la mano y le pidió la llave, se la dio sin importarle para nada sus millones. Hablando, la siguió a lo largo del estrecho corredor que llevaba a su caja fuerte. No tuvo ninguna dificultad para apretar la llave contra la masilla que había mantenido todo el tiempo en la mano izquierda. Caminando delante de él, ocultaba con su cuerpo el trabajo que estaba haciendo. En todo caso, Wanassee estaba ocupado en contemplar su pequeño y bonito trasero que se iba moviendo delante de él.

Deteniéndose ante la caja, ella abrió las dos cerraduras y le entregó su llave.

—Ahora lo voy a dejar, míster Wanassee. Si puedo hacer algo por usted, no tiene más que tocar el timbre.

—Usted se queda donde está, querida —dijo Wanassee—. No voy a tardar más de un segundo.

El abrió la caja y sacando un sobre abultado de su bolsillo lo tiró descuidadamente dentro del cajón.

Ira sintió un estremecimiento cuando miró por encima de su hombro. La caja estaba atestada de billetes de mil dólares. Nunca había visto tanto dinero. No hizo más que echar un vistazo cuando Wanassee cerró la puerta de un golpe. Giró la llave y se quedó parada a su lado.

—Ciérrela, querida —dijo, guardándose la llave en el bolsillo.

Pasando por delante de él, Ira puso la llave general en la segunda cerradura.

Wanassee la veía de espaldas. No pudo controlar su deseo vehemente. Era una oportunidad demasiado buena para perderla. Su ansiedad era demasiado grande, ni siquiera se preguntaba si haría mucho alboroto.

Mientras Ira cerraba la caja, sintió los dedos de Wanassee que le pellizcaban la nalga. Dominando su primer impulso de darse la vuelta y plantarle el puño en la boca, se quedó inmóvil, dejándose pellizcar de nuevo antes de mirarlo por encima del

hombro, con sus grandes ojos muy abiertos. Luego se alejó.

—Oh, míster Wanassee, no debería haber hecho eso. De veras, no debería haberlo hecho.

De pronto, avergonzado de sí mismo y un poco asustado, Wanassee se alejó de ella.

—Está bien —dijo, mostrándose muy agitado—. No sé lo que me pasó. Lo siento mucho, querida. No debí hacerlo.

Ella se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa radiante.

—Pero prefiero que haya sido usted y no otro, míster Wanassee. No tiene idea de cómo me persiguen en el subterráneo. Esos hombres son horribles, pero usted... bueno, usted es distinto.

Wanassee tuvo una sensación de alivio. Debía haber estado loco para haberla molestado en esa forma. Podía haber gritado. ¿Y si se hubiese quejado a su padre?

—Por Dios, Norena, es mucha bondad de su parte —dijo—. No debí haber hecho eso. Sé muy bien lo que debe ser acosada una chica guapa como usted —sacó su cartera, buscó un billete de cien dólares, lo tomó y se lo puso en la mano—. No rechace esto a un viejo, querida. Olvídese de lo que hice, ¿eh? Se compra cualquier cosa para usted... alguna chuchería, y no se lo diga a su papá.

Palmeándole el hombro, se dio la vuelta y se alejó por el corredor.

Ira le sacó la lengua.

—¡Vil gusano! —dijo entre dientes—. ¡Qué sorpresa vas a tener cuando vuelvas el año que viene!

Ticky Edris estacionó su auto y salió muy tieso, sintiendo que le dolía la espalda. Las largas y duras horas que pasaba en el restaurante «La Coquille» lo estaban agotando. Ahora que tenía el final a la vista, el trabajo le parecía más duro aún y las horas interminables. Miró su reloj de pulsera: eran las dos y cincuenta y cinco. ¡Qué hora para regresar del trabajo! Echó una mirada a la casa de apartamentos y se sorprendió al ver que había luz en el salón.

No era corriente que Algir lo esperara levantado. ¿Algo andaría mal? Haciendo un esfuerzo, trotó por la acera y subió los escalones atravesando el vestíbulo hasta el ascensor.

Se daría por bien servido si Algir le pidiera unos dólares, pensaba mientras el ascensor lo llevaba hasta su piso. A Ticky no le hacía ninguna gracia tenerlo como huésped.

Abrió la puerta de entrada del apartamento y entró en el salón.

Algir estaba sentado ante la mesa de la cocina que había llevado al salón para usarla como banco de trabajo. Sobre la mesa había un pequeño torno, un destornillador y otras herramientas. A un lado había una pila de llaves sin tallar.

—Trabaja hasta tarde —dijo Edris, dirigiéndose hacia el bar—. ¿Qué hay de nuevo?

—¡Hacer esto a fuerza de golpes no es muy divertido! —gruñó Algir.

Edris se sirvió un trago de whisky, arrojó lejos sus zapatos y se dejó caer, muy cansado, en el sillón. Observaba a Algir que usaba una lima de cola de rata para cortar la llave en el metal. A los diez minutos, Algir empujó su silla hacia atrás con un suspiro de alivio.

—Espero que esté bien. Me ha costado cuatro malditas horas de trabajo —se puso de pie y se sirvió un whisky.

—Ira estuvo aquí esta noche. Trajo un hermoso molde de la llave perteneciente a la caja de Hyam Wanassee.

Edris derramó el contenido de su vaso.

—¡Wanassee! ¡Es de los más ricos! Con frecuencia come en «La Coquille». Da quince billetes de propina cada vez.

—Sale en el avión de esta noche. Ella vaciará su caja mañana por la mañana. Por eso estoy trabajando a estas horas. Puede haber suficiente dinero en esa caja como para pararnos seis meses.

—¡Este es el principio, Phil! Mañana puede conseguir otra llave. Usted tiene que estar atento. No hay que perder tiempo. Tiene que hacer esas llaves tan pronto como ella le traiga el molde. ¡Ya le dije: esto puede resultar un millón... más!

Algir movió la cabeza asintiendo. Tomó un trago de whisky y se inclinó hacia delante.

—Hay una cosa que me preocupa, Ticky. Algo que tal vez usted no haya notado. Edris lo miró fijamente.

—¿Qué es?

—¿Nunca se le ha ocurrido que Ira pudiera «tragarnos»? —dijo Algir—. Ella transfiere el dinero a mi caja. Más tarde lo voy a buscar y lo traigo aquí. ¿Qué puede impedir que deje allí sólo una parte del dinero y se guarde el resto para ella?

—¿Cómo podría sacarlo? —dijo Edris con mirada dura—. Usted lo puede sacar porque en el banco creen que es suyo. Ella no se animaría a correr el riesgo de sacar una suma grande, sabiendo que están esos guardias en la verja.

—Ellos creen que es la hija de Devon. Si lleva un bolso grande, puede llevarse con toda facilidad una gran cantidad de dinero.

Edris se quedó pensando.

—Si es lo bastante loca como para correr el riesgo —dijo por fin— no sé cómo vamos a impedírselo.

—Así es. Bueno, pensé que tenía que decírselo.

Edris lo miró pensativo; luego se puso de pie.

—Voy a pensar en eso —se dirigió hacia la puerta del dormitorio, se detuvo y de

nuevo permaneció mirando con mucha fijeza a Algir—. Me está dando una idea, Philly, muchacho. Si «ella» puede «tragarnos», «usted» puede «tragarme», ¿no es así? ¿Puede guardarse parte del dinero que ella pone en la caja y traerme el resto, verdad?

—Nunca le haría eso, Ticky —dijo Algir, cuando su mirada se encontró con la de Edris—. Somos socios.

—No es más que una suposición. No tiene mucha importancia. Si me enterara que alguno me está «tragando», lo arreglaría de manera que no pudiera «tragar» nunca más a nadie.

—Bueno, ¡váyase a la cama! —dijo Algir con impaciencia—. Todavía tengo que trabajar —volvió a la mesa y se sentó.

Edris se quedó detrás de él largo rato, luego entró en el dormitorio y cerró la puerta.

A la mañana siguiente, a las nueve menos diez, Ira entró con paso apresurado a un café situado a unos cien metros de la entrada del banco. Algir se hallaba sentado delante de una mesa en un rincón. A esa hora el bar estaba desierto y habían decidido encontrarse allí, porque estaba tan cerca del banco que su encuentro podía pasar inadvertido.

Ira se sentó al lado de Algir. Cuando el barman negro se acercaba a ellos le hizo señas para que se retirara.

—No voy a quedarme —dijo—. No quiero nada.

Encogiéndose de hombros, el negro volvió a la página de carreras que estaba estudiando.

—¿Ya la tiene? —le preguntó a Algir.

—Sí —le dio la llave, tratando de ocultar su gesto, por debajo de la mesa—. Espero que esté bien. Estaré allí a las once. Iré con un portafolios. ¿Puede trasladar el dinero a mi caja a eso de las once?

—Creo que sí. Empezaré en cuanto llegue al subterráneo. No será muy fácil. La caja de él está en uno de los extremos del subterráneo, la suya en el otro, pero mientras nadie aparezca, puedo ir pasándolo.

—Tenga cuidado. No se dé prisa. Es mejor esperar que perder todo. No tendremos una segunda oportunidad.

Ella deslizó la llave dentro de su bolso. Algir le echó una mirada curiosa. Era bastante grande y pensó que podría caber en él una suma importante de dinero.

—¿La dejarán entrar con ese bolso en el subterráneo? —preguntó con indiferencia.

Ella lo miró con mucha fijeza.

—¿Por qué no? Una chica tiene que llevar un bolso —se puso de pie—. Tengo

que irme corriendo. No quiero llegar tarde. Nos veremos a las once.

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento y salió a la luz del sol, caminando a paso rápido. Subió al auto, lo llevó hasta el estacionamiento de personal, que quedaba detrás del banco. Estaba nerviosa y muy tensa. Tenía en el bolso una carta que le había escrito la noche anterior a Jess. Le había costado mucho escribirla porque tenía miedo de contarle lo del banco, en el caso de que él hubiese perdido su interés por ella. Sólo le decía que ahora estaba en Paradise City, que lo echaba mucho de menos y deseaba que viniera a verla. Añadió que había conseguido algún dinero y que era suficiente como para pagarle el billete y que pudiesen vivir un tiempo con alguna comodidad.

Las verjas que daban al subterráneo no se abrían hasta las nueve y cuarenta y cinco. Los tres cuartos de hora de espera le parecieron interminables. Trabajó un poco en el departamento de contabilidad, habló con una o dos de las empleadas y trató de no mirar al reloj de pared cada dos minutos. Por fin llegó la hora y tomando su bolso caminó de prisa, atravesando el vestíbulo y la verja, donde los dos guardias la saludaron.

—Buenos días, miss —dijo Aldwick, el mayor de los dos—. Acabamos de abrir —era un hombre muy fornido con cabellos colorados y escasos y una cara agradable. Su compañero, Dodge, era moreno y de aspecto rudo. Apenas miró a Ira y luego dio la vuelta a la cara.

Aldwick le alcanzó la llave general y mientras ella firmaba el recibo, dijo:

—Hoy va a ser día de trabajo, señorita. Una gran cantidad de clientes vuelven a sus casas. Míster Ross y míster Lanza hijo vendrán alrededor de mediodía. Atiéndalos bien: son dos de nuestros clientes más importantes.

—¿Se van? —preguntó Ira.

—Sí. Acaban sus vacaciones. Míster Lanza vuelve a Texas. Míster Ross regresa a Nueva York.

—Me ocuparé de ellos —les hizo una sonrisa radiante y bajó las escaleras hasta su escritorio.

Se quedó un momento parada al lado del escritorio, mirando los escalones. Desde ese ángulo, podía ver los pies de los dos guardias. Si se agachaban, la podían ver a ella, pero sólo si se agachaban. Colocó su bolso sobre el escritorio, abrió uno de los cajones y sacó el registro de visitantes. Lo colocó sobre la mesa. Retiró su bolso, miró su reloj y vio que faltaban tres minutos para las diez.

El corazón le latía de manera agitada y se sentía enferma. Metió la mano en el bolsillo de su falda y encontró la llave que Algir le había dado. Vaciló unos instantes, luego, después de otra rápida mirada hacia la escalera, anduvo presurosa a lo largo del estrecho corredor, dobló a la izquierda y siguió hasta el pasillo donde se hallaba la caja de seguridad de Wanassee.

Miró su reloj. Eran las diez y cuatro minutos. Doris le había dicho que ninguno de los clientes venía nunca tan temprano, pero tenía que estar lista para el caso de que viniera alguien. Durante breves instantes le fallaron los nervios e hizo un movimiento como para volver a su escritorio; luego acordándose de Jess y sabiendo que no volvería a verlo, a menos que abriera la caja fuerte, se dominó e introdujo la llave general en la cerradura. Giró la llave. Luego tomando la de Algir, la introdujo en la segunda cerradura. Le costó algo hacerla funcionar, pero forzándola un poco logró abrir. Se quedó un momento parada, con las manos bañadas en sudor, escuchando. No oyó nada. ¿Y si un cliente la estuviese esperando en su escritorio? ¿Qué haría? ¿Cuánto tiempo pasaría antes que fuese a decirle a los guardias que no estaba en su puesto?

Tenía que cerciorarse. Corriendo sin hacer ruido hasta el extremo del corredor, echó una mirada desde allí hacia su escritorio. No había nadie que la esperara. Podía oír el ruido que hacían las botas de los guardias paseando lentamente de un lado para otro. Podía oír el murmullo apagado de voces y aún más apagado, el golpeteo de las máquinas de escribir.

Se secó las manos en la falda, luego, respirando profundamente, volvió corriendo hacia la caja de seguridad de Wanassee. Dejó la puerta abierta. La vista de esos montones de billetes de cien dólares muy bien empaquetados la dejó azarada y con la boca seca. Se acercó a ellos y tomó uno de los fajos. Había veinticinco billetes en el fajo... ¡2.500 dólares! Jamás, en toda su vida, había tenido tanto dinero en las manos.

Pero no era suficiente para el billete de Jess y sus gastos de bolsillo. Sacó otro fajo, luego lavantándose la falda, escondió los dos fajos en su faja. Esa mañana se había puesto a propósito una faja y una falda amplias. Tardó varios minutos en arreglar los billetes. Por fin, segura de que no se caerían, se bajó la falda.

Volvió a la caja de seguridad. Ahora tenía que llevar gran parte del dinero que quedaba a la caja de Algir. ¡Había tanto dinero! Iba a tener que hacer por lo menos tres viajes. Por segunda vez sintió que los nervios iban a fallarle; entonces, haciendo un gran esfuerzo, tomó todos los fajos que podía agarrar con las manos. Los dejó en el suelo, volvió de nuevo a la caja. En el momento que tomaba más fajos oyó pasos que se acercaban.

Durante un momento se detuvo; pero la impresión fue tan grande que tuvo como un desvanecimiento. Se apoyó contra la pared, con el corazón apenas latiéndole y el cuerpo helado por el terror.

¡Alguien estaba bajando la escalera!

Dejó el dinero en el suelo y la caja fuerte abierta, corrió como ciega por el corredor, llegó al extremo y tomó el pasillo que la llevaba a su escritorio.

Parado al lado del escritorio, mirando hacia ella, con las cejas arqueadas en señal de desaprobación y mirada inquisitiva, estaba Mel Devon.

Ella se quedó inmóvil. Pensó en la caja abierta y en el dinero que había dejado en el suelo. Mel tenía que dar diez pasos para ver lo que había estado haciendo y estaba andando en esa dirección.

Con un tremendo esfuerzo que le hizo subir la sangre al rostro, pudo dominar su pánico y dar unos pasos por el corredor hacia él.

Oyó su propia voz que decía:

—Hola, papá...

Mel se detuvo y esperó a que ella lo alcanzara.

—¿Qué haces? —le preguntó mirándola intensamente—. ¿Hay algo que anda mal?

—¿Mal? ¿Por qué? No. Míster Lanza hijo va a venir a mediodía. Estaba viendo si encontraba su caja fuerte —mintió muy suelta de cuerpo, maravillada de sí misma por ser capaz de inventar esa excusa en un momento tan álgido.

—Bueno, me preguntaba dónde estabas —volvió a mirarla con mucha fijeza—. ¿Estás segura de que todo anda bien? Me parece que estás muy pálida.

—Todo anda bien.

Pasó por delante de él para dirigirse a su escritorio. El se dio la vuelta y la siguió.

—¿No te sientes bien, Norena?

Ella se dio la vuelta con impaciencia.

—¡Oh, basta! Si quieres saber, estoy indispuesta. Siempre me pongo pálida cuando no me siento bien.

Un poco confuso, Mel tomó el registro de visitantes y le echó un vistazo.

—Lo siento mucho, querida. ¿Ha venido alguien?

—No.

—¿Encontraste la caja de Lanza?

—Sí.

Se sentó delante de su escritorio, abrió un cajón y sacó un montón de papeles.

—Sólo he bajado para echar un vistazo. Me gusta ver si está todo en orden. Sigue con tu trabajo —y ante su mirada horrorizada, se dio la vuelta y empezó a andar sin prisa por el angosto corredor en dirección a la caja de Wanassee.

—¡Papá! —su voz sonó aguda.

El se dio la vuelta.

—¿Qué?

Ella buscó con desesperación algo que decirle.

—¿Cuándo voy a conocer a Joy Ansley? —preguntó de forma inesperada, sintiendo por instinto que si había algo que pudiera desviar la atención de Mel de la caja fuerte de Wanassee sería el nombre de Joy Ansley; y tenía razón. Una expresión de agradable sorpresa le iluminó la cara.

—Creía que no tenías ganas de conocerla —dijo, volviendo a su escritorio.

—Sí. Me gustaría conocerla... si ella quiere conocerme.

—Ella sí. Muy a menudo hablamos de ti. Vamos a cenar juntos esta noche. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Bueno —acariciaba el borde del escritorio—. ¿Estás enamorado de ella, verdad?

—Hace mucho tiempo que la conozco —dijo Mel en actitud prudente.

—¿Te vas a casar con ella?

El frunció el ceño. Ella no lo miraba. Parecía más interesada en el borde del escritorio que en lo que él le pudiera decir.

—¿Te importaría?

Levantó la vista hacia él.

—Yo tengo que dirigir mi vida... tú la tuya. No tiene nada que ver conmigo lo que tú hagas.

—Oh, vamos, Norena, eso no es cierto —se sentó sobre el escritorio—. Tú eres mi hija. Mi casa es ahora la tuya. Si me caso con Joy y viene a vivir con nosotros, ¿te importaría?

—¿De manera que piensas casarte con ella?

—Ahora que tu madre está muerta... sí; lo estoy pensando. He estado dieciséis años solo. ¿Pero te importaría?

El estudió su rostro sin expresión.

—¿Estás segura?

—Cuando digo una cosa, sé lo que digo. He dicho que no y quiere decir que no.

—Eres igual que ella, Norena. Será una compañía para ti.

—No necesito compañía. Será una compañía para «ti». Dejemos esto bien sentado. Yo me casaré un día de estos. Tú te alegrarás. Será mejor que te decidas ahora. No hubiese esperado a un hombre tanto como ella te ha esperado a ti.

—¿No te importa que hablemos de eso seriamente?

—¿Por qué me importaría?

El se rio.

—Bueno, entonces, esta noche. Después que conozcas a Joy, tendremos otra conversación.

—O la quieres o no la quieres —dijo Ira, levantando la vista hacia él—. Si la quieres, te debes casar con ella. Si no la quieres, díselo y déjala en paz.

En ese momento sonó el teléfono. Ira levantó el receptor.

—Creo que míster Devon está con usted, miss Devon —dijo la telefonista—. Míster Goldsand está esperando a míster Devon.

Ira disimuló un suspiro de alivio.

—Te necesitan en tu oficina, papá —dijo, volviendo a dejar el receptor—. Goldsand... o algo por el estilo.

—Ah, sí. Te veré cuando vuelvas a casa —dijo Mel y subió corriendo la escalera al salir del subterráneo.

En cuando desapareció de su vista, Ira salió corriendo hacia la caja fuerte de Wanassee. Levantó los fajos de billetes y los volvió a meter dentro de la caja; cerró la puerta de un golpe, giró la llave y la sacó; luego corrió de nuevo hasta su escritorio. Se sentó inmóvil durante varios minutos para reponerse del susto; luego, después de escuchar con mucha atención abrió su bolso, se levantó la falda, sacó el dinero que había robado, colocó los dos fajos en su bolso y lo puso en el cajón.

Unos minutos antes de las once, Algir presentó sus credenciales a los dos guardias que le abrieron la verja y le indicaron que siguiera hasta la escalera. Llevaba un portafolios y estaba nervioso y excitado. Al fin y al cabo, pensaba, mi problema de dinero está superado.

Pero en cuanto vio la palidez de Ira y su cara tensa, se dio cuenta de que algo no marchaba.

—¿Qué pasa? —dijo en voz baja—. ¿No funcionó la llave?

—Funcionó muy bien —se puso de pie y se colocó delante del escritorio—. Casi me pescan. No puedo hacer esto sola.

—¿Quiere decir que no tiene suficiente valor para manejar este asunto? —dijo Algir, con la sangre subiéndosele al rostro.

—¡Cállese la boca! Ticky y usted estaban locos al imaginarse que lo podía hacer sola. Yo también estaba loca cuando estuve de acuerdo en probar. La caja de seguridad de Wanassee se encuentra allí abajo. Cualquiera puede bajar aquí mientras estoy vaciando la caja, sin que me dé cuenta hasta que estén encima de mí. Devon bajó. Casi me pesca. Tenía el dinero en el suelo y la puerta de la caja abierta.

Algir comprendió cuál era el problema. Se podía dar cuenta del susto que se había dado por su tensión nerviosa. Había sido idea de Ticky. Y lo había pensado bastante.

—Tiene razón. Ya veo que no puede arreglarse sola. Muy bien, ahora yo estoy aquí. Lo haré mientras usted vigila. ¿Dónde está la llave?

Ella se la dio.

—¿Dónde está la caja fuerte?

—Es la primera a la izquierda, al fondo del pasillo. A. 477.

—Si baja alguien que pueda molestar, tire esto al suelo —le señaló un cenicero de cobre que estaba sobre el escritorio—. Muy bien.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—¿Mucho dinero en la caja?

—Más de lo que puede llevarse.

—Va a sorprenderse al ver lo que puedo hacer cuando se trata de dinero.

Se alejó de ella y fue lo más rápido que pudo hacia la caja de Wanassee.

Ira estaba acostada en su cama, sin poderse dormir. La luz de la lima que entraba por la ventana abierta formaba manchones en la alfombra blanca. En algún sitio del bungalow un reloj empezó a dar veinticuatro campanadas.

Lo que la mantenía despierta era el molesto y persistente pensamiento de que ahora era una verdadera ladrona. Las pequeñas raterías en que había tenido tanto éxito cuando iba a las tiendas de Nueva York eran niñerías, pero ahora que se había metido en grandes robos, podría ir a parar dentro por mucho tiempo si llegaran a atraparla. Y casi la habían atrapado. La recorrió un escalofrío de vergüenza al imaginarse la expresión de Mel si la hubiese encontrado ante la caja fuerte de Wanassee. Vergüenza era algo que nunca había experimentado antes y no le gustaba nada.

Estas últimas semanas, pensaba, la habían cambiado. Se estaba ablandando. Lo sentía.

Admitiéndolo de mala gana, sabía que el hecho de vivir con Mel, de verlo todos los días, de ir ganando su afecto cada vez más, había hecho en ella un impacto desconcertante. No sólo estaba empezando a darse cuenta de todo eso, sino que le estaba empezando a gustar este modo de vida ordenado que llevaba ahora; siguiendo una rutina, levantándose a la misma hora todas las mañanas, yendo al trabajo, donde estaba bien conceptuada; y esto último, sobre todo, la hacía pensar que nunca hubiese podido llegar a eso sin los consejos de Mel y su posición en el banco.

Se dio la vuelta en la cama, molesta. También estaba preocupada pensando que su encuentro con Joy Ansley había sido todo un éxito. Decidió mostrarse muy fría cuando se encontrara con Joy; su hostilidad se vio desarmada por la amistad serena que le ofreció Joy. Los tres habían cenado en el Beach Club y había pasado un rato muy agradable viendo a los nadadores en la piscina iluminada y escuchando la orquesta que tocaba una suave música de baile. Después de cenar, Mel las había llevado a casa de Joy, donde Ira había conocido al juez Ansley.

Seis semanas atrás, la idea de conocer a un juez la hubiese hecho reír a carcajadas, pero este viejo de ochenta años, alto, delgado, con sus ojos grises de mirada penetrante, la había impresionado de una manera que ningún otro hombre había logrado. Había sido sencillo y bondadoso, haciendo que se sintiera como en su casa, llevándola a su estudio para mostrarle su pequeño pero interesante museo, recuerdo de sus cacerías. En lugar de tratar de pensar que todo esto eran tonterías, Ira pensaba que había sentido tener que irse cuando Mel la había ido a buscar para llevarla a casa.

—Venga a verme de nuevo —le había dicho el juez—. Me gusta ver caras jóvenes. Venga el domingo a tomar el té conmigo. Joy estará en la playa con su padre.

Si no tiene nada mejor que hacer, podemos acompañarnos mutuamente.

Había estado a punto de decirle que iría; luego sintiendo que se estaba ablandando demasiado al aceptar la compañía de un viejo como el juez, le había dicho que estaba comprometida para el fin de semana, y en forma rápida se había alejado.

Pero ahora, acostada en la cama, deseaba poder hablar de nuevo con el juez.

—Pero no lo haré —dijo casi en voz alta—. ¿Qué me estará pasando? ¡Por el amor de Dios! Jess estará aquí el domingo. ¡Jess!

A la hora de almorzar había mandado la carta a Jess y un giro de quinientos dólares para su billete y sus gastos del momento. Le había mandado el dinero con cierto remordimiento. ¿Y si se quedaba con el dinero y no venía?

Como el solo hecho de pensar en Jess le aceleraba el corazón y lo sentía latir con fuerza, se impuso a sí misma pensar en los acontecimientos de la tarde.

No había tenido mayor dificultad para conseguir el molde de la llave de Mr. Lanza hijo. Ese texano bajo y gordo había sido un segundo Hyam Wanassee. No sólo se había tomado libertades con ella, sino que había tratado de besarla, y sólo cuando lo amenazó con llamar a los guardias, de mala gana la dejó tranquila. Pero había sacado el molde de su llave, aunque la había mandado fuera mientras abría la caja.

El otro cliente, Mr. Ross, era un judío alto y moreno, con ojos duros e impenetrables, que tenía la llave de su caja en una larga cadena de oro prendida en un botón de su pantalón.

De manera instintiva se dio cuenta de que no se iba a separar de su llave y no intentó conseguirla.

De todas maneras, pensó, dos sobre tres no era un mal promedio. Edris no se podría quejar. Al abandonar el banco había ido al café de enfrente y le había dado a Algir el molde de la llave de Lanza hijo.

—Saldré a las once —había dicho éste—. Todavía no he visto a Ticky. Nos encontraremos aquí mañana después de las dieciocho y repartiremos el botín. El pequeño lote de Wanassee es de unos cincuenta mil dólares. De cualquier manera tiene que conseguir la llave de Ross. Apostaría que hay una bolsa con una cantidad de dinero en su caja.

—No puedo hacer milagros —había dicho ella con tono cortante y, mientras se dirigía a su auto, pensó que estaba contenta de no haber conseguido la llave de Ross.

¿Por qué estaba contenta? —se preguntaba a sí misma, mientras miraba el cielo iluminado por la luna—. Y otra cosa... ahora se daba cuenta de que no había demostrado mucho entusiasmo cuando Algir le había dicho que había sacado cincuenta mil dólares de la caja de Wanassee. Seis semanas antes se hubiese vuelto loca de alegría.

Fue entonces cuando empezó a darse cuenta de que ya no quería dinero. Había conseguido lo que siempre había deseado: seguridad, posición, un hogar, un auto, un

padre.

Había obtenido todo eso sin riesgos. Tal vez nadie llegara a saber que no era Norena Devon, pero si seguía robando dinero del banco podían descubrirla y entonces se vería envuelta en un lío de todos los diablos.

Se incorporó en la cama. ¿Y si no siguiera con esto?, pensó. ¿Si le dijera a Ticky que no podía conseguir ningún otro molde?

Se acordó de la expresión maligna del enano cuando le había dicho que se estaba aburriendo. No podía desestimar su poder. Era peligroso. Tendría que tener mucho cuidado en la forma de manejarlo. Tal vez el modo más fácil fuese pedirle a Mel que la volviera a trasladar al departamento de contabilidad. Ticky no podría hacer nada contra eso.

Por fin decidió que no haría nada hasta que llegara Jess. Se sentiría más segura con él a su lado para protegerla. Podría defenderla de Algir y de Ticky. Al final de semana le pediría a Mel que la sacara del subterráneo, y durante los dos días que quedaban buscaría pretextos para no conseguir más llaves.

Más tranquila, ahora que había tomado esa decisión, se dio la vuelta y cerró los ojos.

A la mañana siguiente, unos minutos antes de las once, Algir bajó al subterráneo.

Ira volvía a su escritorio, después de haber conducido a uno de los clientes hasta su caja fuerte y se detuvo cuando vio a Algir. Llevaba puesto un nuevo traje tropical color crema y un sombrero de paja también nuevo. Pensó, con cierto malestar, que estaba gastando su parte del dinero y se preguntó, con cierto temor, si no podrían seguirle el rastro.

—¡Hola! —dijo Algir sonriente. Parecía muy confiado, y al acercarse a él sintió olor a whisky—. Déjeme pasar, nena —y señaló su portafolios.

—Baje la voz —advirtió ella—. Hay tres clientes abajo.

—¿Qué importa? Ellos no saben cuál es mi caja fuerte. Vamos, nena, tome la delantera.

Ella lo condujo a lo largo de un pasillo estrecho hasta la caja fuerte de Lanza.

—Ya estamos —dijo Algir mientras abría la puerta—. Vuelva a su escritorio.

Se fue mientras él sacaba de su bolsillo la llave que había hecho la noche anterior. Se encontró con otro cliente que había llegado mientras tanto y lo condujo a su caja fuerte. En el momento que volvía otra vez a su escritorio, vio que Algir salía del pasillo donde se hallaba la caja de Lanza. Tenía el rostro pálido de rabia y un brillo feo en los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó mirándolo fijamente.

—No hay nada dentro —gritó—. Sólo cupones de acciones y certificados. ¡Todo este maldito trabajo para nada!

Ella tuvo una sensación de alivio.

—¡No tengo la culpa!

—Será mejor que se preocupe de hacer otros moldes. Consiga uno para la hora de almorzar. La esperaré en el bar de enfrente.

—Haré lo que pueda.

El le echó una mirada asesina.

—¡Cualquiera hubiese hecho mejor las cosas! —gritó mientras se iba.

Regresó a su escritorio y se sentó. Se estaba poniendo nerviosa; otra señal, pensó, de que se estaba ablandando. Un mes antes, si Algir la hubiese amenazado, le hubiese escupido a la cara; ahora al ver su rostro congestionado por la rabia, se había quedado temblorosa.

Entonces recordó haber visto en uno de los cajones de su escritorio algunas llaves de las cajas fuertes libres que se alquilaban a nuevos clientes. Sacaría los moldes de tres o cuatro. Eso mantendría a Algir ocupado. ¿Cómo iba a saber si la caja estaba vacía o no?

Al mediodía entró en el café y encontró a Algir en su mesa habitual. En cuanto la vio se puso de pie.

—¿Consiguí algo? —preguntó. Ella notó su impaciencia febril.

Ira movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Dos —y le entregó la cajita que contenía los dos moldes que había hecho de las llaves de las cajas fuertes libres.

—¿A quién pertenecen?

—A míster Cruikshank y a mistress Rhindlander —mintió—. Ambos son muy ricos y se van esta noche.

—¿Miró dentro de las cajas?

—No.

El le echó una mirada sospechosa y ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para sostener su mirada.

—¿Entonces cómo hizo para conseguir el molde?

—Me dejaron abrir la llave de las cajas fuertes, pero no las puertas. ¿Está satisfecho?

—Bueno, por su bien, ¡ojalá contengan más dinero del que tenía ese hijo de perra de Lanza!

—¿Qué quiere que haga si no hay dinero en las cajas fuertes? —gritó Ira—. Hago lo que Ticky me dijo que hiciera. No puedo hacer milagros.

Algir la observó con mucha atención.

—He oído eso antes. La veré en casa de Ticky a las dieciocho —y pasando por delante de ella salió del café.

Ira no hubiese querido ir al apartamento de Ticky, pero tenía miedo de no ir. Iban

a repartir lo que le habían sacado a Wanassee. ¿Qué iba a hacer con su parte?, se preguntaba. Si lo hubiese podido poner otra vez en la caja de Wanassee, lo hubiese hecho, pero Algir se había guardado el duplicado de la llave. Decidió que le pediría a Ticky que se la guardara, explicándole que no tenía caja fuerte donde guardarla. Si se presentaba alguna dificultad, por lo menos podría probar que no había tocado el dinero.

En el momento que salía del banco, unos minutos después de las dieciocho, vio a Mel que atravesaba el vestíbulo y se detuvo sonriéndole.

—¿Qué tal pasaste el día? —preguntó, tomándole del brazo y bajando con ella la escalera hasta el estacionamiento del personal.

—Muy bien.

—No pareces muy entusiasmada —la miró y al ver que se encogía de hombros, continuó diciendo—: ¿Ya te estás aburriendo de estar allí abajo? Si es así, puedes estar tranquila. Sólo te quedan otras dos semanas.

Se quedó yerta y se detuvo en seco.

—¿Dos semanas? ¡Pero no quiero estar tanto tiempo allí! Quiero volver al departamento de contabilidad a finales de esta semana.

El sonrió.

—Tienes que tomar tu trabajo en serio, Norena. Ya que Kirby no va a volver hasta dentro de dos meses por lo menos, Crawsure cree que sería una buena oportunidad para hacer un cambio. Estamos esperando un empleado que viene de la sucursal de Nueva York para ocupar el puesto, pero no puede estar aquí antes de fin de mes. Tú tienes que quedarte hasta entonces.

Ira empezó a protestar, pero se paró en seco cuando vio que la estaba observando con curiosidad.

—Después de todo, Norena, tú quisiste ir allí abajo. Te advertí que sería muy aburrido, pero en este momento parece que no podemos arreglarnos sin ti —sonrió—. ¿De acuerdo?

¡Dos semanas más!, pensó alarmada. No podía seguir engañando a Ticky y a Algir durante dos semanas y tampoco podía negarse a Mel. Entonces pensó en Jess y en el telegrama que había recibido esta tarde. Debía llegar esta noche. Con Jess a su lado se sentiría segura.

Se encogió de hombros.

—Bueno, creo que sí.

—Espléndido. Voy a ver a Joy —dijo Mel—. Voy a pedirle que se case conmigo, Norena. ¿Quieres venir conmigo y hacerle compañía al Juez?

Ella sacudió la cabeza.

—Esta noche no, papá. Tengo que hacer —empezó a caminar hacia el auto, se detuvo y lo miró—. Buena suerte.

Mel se quedó mirándola mientras ella iba hacia el auto, subía y se dirigía a la playa; suspiró profundamente. Las cosas empezaban a andar bien, se decía. No sólo ella estaba sentando cabeza, sino que poco a poco iba acostumbrándose a él.

Ira condujo a gran velocidad hasta Seacombe. Llegó al apartamento de Edris, dejó su auto y entró en el edificio, sintiendo que los latidos de su corazón se habían acelerado y que estaba nerviosa.

Mientras el ascensor la llevaba hasta el último piso, se decía que no tenía nada que temer. Mañana cuando Algir encontrara las dos cajas fuertes vacías, podrían empezar los problemas, pero para entonces Jess estaría con ella y la defendería.

Se detuvo delante de la puerta de Edris, sintiendo todavía latir su corazón. Tenía cierto sentido instintivo del peligro y ahora lo presentía. Vaciló un rato; luego apretando con fuerza los dientes, siguió hacia delante y tocó el timbre.

Hubo un momento de espera, luego se abrió la puerta y Edris levantó la vista hacia ella. Su rostro estaba pálido y sus pequeños ojos eran tan inexpresivos como dos pedazos de vidrio.

—Al fin llegó —le dijo—. Es tarde. Entre.

Dudó unos instantes. Por la puerta abierta podía ver a Algir parado junto a la ventana, con las manos en los bolsillos, un cigarrillo entre los labios.

—Bueno, entre —dijo Edris, y ella notó al instante el tono de impaciencia que había en su voz.

Entró en el salón y Edris cerró la puerta. Su corazón le dio un vuelco cuando oyó con toda claridad que cerraba con llave. Siguió andando hasta que llegó al centro de la habitación y se detuvo.

Entonces, de repente, se sintió de nuevo en el ambiente de Brooklyn. Igual que un gato montés presintiendo un peligro, dejó de tener miedo. Bajo la amenaza oculta, su aparente blandura, que la había preocupado las últimas semanas, desapareció como por encanto.

Dio tres pasos rápidos que la acercaron a la pared más próxima, se dio la vuelta y encaró a Edris y a Algir, con sus ojos negros y brillantes, su boca reducida a una línea.

—Muy bien, perra —dijo Algir, con la voz destemplada por la rabia—. ¡He estado esperando para darle esto desde que la conocí y ahora haré tiras de la maldita carne de su trasero!

Mientras buscaba a tientas la hebilla de su cinturón, Ira echó una rápida mirada en derredor, buscando un arma. Cerca de ella había un pesado cenicero y lo levantó en el momento que Algir lograba quitarse el cinturón.

—Dé un paso hacia mí, gusano abyecto —dijo, con voz seca, el rostro pálido pero con expresión decidida—, y tiro esto por la ventana; entonces podrá hablar con los «polizontes», cuando vengan.

—¡Quédese quieto! —dijo Edris a Algir con tono cortante—. Yo dirijo este asunto. Ya se lo dije, ¿no es así? Déjeme.

Algir vaciló un momento, mirando a Ira, luego con un gruñido de exasperación arrojó el cinturón en el sofá.

—Muy bien —dijo Edris y dirigiéndose a su sillón, se sentó—. Siéntese, Ira. Philly, muchacho, usted también.

Ira miró a Edris y luego a Algir, y entonces, teniendo aún en la mano el cenicero, se sentó en una silla con respaldo recto, que había contra la pared. Tenía la boca seca y su corazón le daba fuertes golpes. ¿Qué habría pasado?, se preguntaba. Le tenía más miedo a Edris que a Algir. La calma del enano tenía algo de siniestro, mucho más peligroso que la rabia impulsiva de Algir.

Maldiciendo entre dientes, Algir se sentó.

Edris miró a Ira.

—Creí que era inteligente —le dijo con voz suave—. Le hubiese sido fácil darle nombres a Phil que significaran algo, pero fue lo bastante tonta como para inventar esos dos nombres. Su míster Cruikshank y su mistress Rhindlander no tienen cuentas en el banco. Ya lo averigüé.

Ira hizo un esfuerzo sobrehumano para permanecer impassible. Sí, había sido una tontería, pensó, pero ¿cómo se le iba a ocurrir que este sujeto iba a sospechar de ella?

—¿Qué es lo que piensa? —prosiguió Edris—. ¿También sabía que no había dinero en la caja fuerte de Lanza?

—No lo sabía —afirmó.

—Esas dos llaves que le dio a Phil... ¿a quién pertenecen?

Vaciló un instante, luego decidió poner las cartas sobre la mesa. Todo se le venía encima más rápidamente de lo que hubiese querido, pero estos dos tipos no iban a atreverse a tocarla mientras estuvieran en el apartamento de Ticky. Oía el sonido de la música que provenía del televisor del apartamento de abajo. No estaba sola en el edificio. Podía arrojar el cenicero por la ventana que estaba cerca antes de que pudieran llegar a ella y entonces gritaría. No, no se iban a animar a tocarla aquí.

—A nadie —dijo tranquilamente—. Las cajas fuertes están libres.

Algir la insultó. Parecía dispuesto a lanzarse sobre ella, pero Edris lo intimidó para que se quedara donde estaba.

—¿Se le acabó el valor, Ira? —le preguntó Edris, cruzando sus cortas piernas, con un brillo maligno en los ojos.

—Exacto. Abandono. Puede elaborar otro plan para llenar sus bolsillos y dejarme en paz.

—Sabía que esto iba a suceder, pero pensé que no iba a ser con usted. Reconozco que era perfecta para el trabajo. Todavía es perfecta para el trabajo, Ira, sólo que no lo sabe.

Ella se quedó callada.

—Va a seguir hacia delante —dijo Edris muy tranquilo—. Mañana le va a dar a Phil por lo menos dos moldes y tendrán que ser de llaves de cajas fuertes donde haya dinero. ¿Me entiende? Hágalo y me olvidaré de este traspié.

—Estoy cansada —dijo Ira—. Tengo que abandonar.

—Déjeme esa perra —explotó Algir—. Yo...

—Cállese la boca —gritó Edris, sin apartar sus ojos de Ira—. Ha conseguido lo que quería, ¿no es así, Ira? Tiene un hogar, dinero y un padre. ¿No es verdad? El deseo de dinero ya no la agujonea, ¿verdad?

—Hay algo de eso, y usted no puede hacer nada, Ticky.

—¿Es cierto? —dijo Edris sonriente—. Pero el deseo de dinero aún me agujonea a mí, nena. Yo no he conseguido lo que quería.

—Entonces siga hacia delante... pero déjeme fuera del negocio.

—No, nena, usted se metió y usted se queda.

Ira permaneció mirándolo durante un largo rato; luego se puso de pie.

—Ahora me voy. Si a alguno de ustedes se le ocurre alguna astucia, esto volará por la ventana —dijo alzando el cenicero con sus dos manos.

—No tenga tanta prisa, nena —dijo Edris con suavidad—. Quiero decirle por qué se tiene que quedar todavía con nosotros. Tiene que quedarse porque no puede salir de aquí. ¿Le gusta Devon, verdad?

Ira se quedó inmóvil.

—¿Me gusta? ¿Por qué me iba a gustar?

—Oh, vamos —dijo Edris y se rio—. ¿Se imagina que no me he dado cuenta del cambio que se ha operado en usted? ¿Es un buen Papá, no? Le da todo lo que quiere. Qué diferencia con su otro padre, ¿verdad?

Ira de repente sintió frío.

—Me imagino lo que diría Devon si el borracho de su papá entrara en el banco y la reclamara —siguió diciendo Edris—. ¡Qué gasto de conversación tendría que hacer, nena! No creo que podría salir sola de semejante lío. Y otra cosa más, cuando los diarios digan que es la cuñada de Devon y no su hija y que los dos han estado viviendo juntos durante semanas, cómo apestaría esta ciudad perfumada. Y luego la prensa metería la nariz en el pasado de Muriel. ¿Cree que Devon podría permanecer mucho tiempo en su empleo cuando surja toda esa basura? Cómo se divertirían entonces ustedes, ¿no es cierto, muñequita?

Ira seguía sin decir nada. Edris veía, por la manera en que reaccionaba, que había dado en el blanco.

—De manera que olvídense de eso —siguió diciendo—. Philly estará mañana por la mañana en el café esperando por lo menos el molde de dos llaves. Téngalas listas para dárselas, nena, a menos, por supuesto, que quiera volver a ver a su verdadero

padre. Y otra cosa, no le daremos su parte hasta que no haya acabado su trabajo, pero eso no la debe preocupar, ya que tiene a Devon para que le limpie la nariz y la cubra de billetes ¿no es así?

Ira se quedó mirándolo largo rato, luego dejó el cenicero, abrió la puerta y salió.

Edris miró a Algir y le hizo un guiño.

—La solución psicológica, pimpollo, es siempre mejor que la violencia. Esa chica estúpida está medio enamorada de Devon. Le llevará las llaves mañana. ¿Qué quiere apostar?

Cuando Ira se dirigió hacia el punto de llegada de aviones, en el aeropuerto de Miami, las agujas del gran reloj de pared señalaban las veinte y quince. Tenía diez minutos de espera antes que el avión de Jess aterrizara.

Durante el trayecto desde el apartamento de Edris, su mente había sido un hervidero de ideas, buscando la manera y los medios de salirse de la trampa en que se había metido. Era una trampa muy hábil, porque Ticky sabía que no podía denunciarlo sin verse implicada ella misma en el asunto. También había adivinado que a ella le gustaba Devon, de lo que hasta ese momento no se había dado cuenta. El pensamiento de verlo envuelto en un escándalo que le hiciese perder su posición en el banco le era insoportable. Le era insoportable, en la misma medida, la idea de perder su nuevo hogar y todo lo que representaba. Tenía que haber una salida, se decía a sí misma, pero no se le ocurría nada. Su única esperanza en este momento era Jess. A Jess se le ocurren muchas cosas. Si le explicaba la situación en que se hallaba, estaba segura de que encontraría una solución. No quería reconocer que la mayor parte de sus ideas en el pasado habían sido pueriles y no habían conducido a nada. Tampoco quería admitir que no podría competir con la experiencia de Edris y con su astucia. Quería convencerse de que Jess encontraría alguna forma de solucionar este problema. ¡Estaba segura que lo haría!

La llegada del avión de Nueva York fue anunciada por los altavoces e Ira se dirigió al ventanal de la sala de espera.

Unos minutos después vio el gran aeroplano que venía por la pista. Hubo unos minutos de espera, luego los pasajeros empezaron a atravesar la pista y dirigirse al vestíbulo de recepción.

Vio a Jess y se quedó helada; su corazón le dio un vuelco. Le había mandado dinero para ropa y esperaba que se hubiese vestido con alguna decencia, pero no se había acordado que a Jess nunca le había importado su apariencia. Llevaba puestos aún sus pantalones desteñidos y ajustados y la misma vieja chaqueta campera de cuero negro que tenía puesta cuando lo había visto por última vez. Sus botas de estilo mejicano estaban resquebrajadas y con los tacones gastados. Colgado del hombro tenía un bolsón sucio color naranja.

Jess era alto y delgado, con hombros angostos, grandes manos enrojecidas y largas piernas. Su cabello negro grasiento le llegaba al cuello y una gran gorra casi le cubría los ojos. Sus rasgos eran regulares y agradables, menos la boca, que era demasiado pequeña y demasiado delgada. Su contextura era fuerte y su mejilla izquierda tenía una profunda cicatriz hecha con una botella durante una pelea como jefe de pandilla. Parecía que no se hubiese lavado en varios días y necesitaba un buen afeitado.

Ira lo observaba mientras caminaba con arrogancia a través de la pista de aterrizaje, rodeado de hombres de negocios elegantes y bien vestidos, acompañados de sus esposas. Por las miradas que le echaban, se dio cuenta de que estaban asombrados y molestos de que un tipo semejante viajara con ellos.

Mientras lo observaba se dio cuenta con una repentina sensación de pánico de lo mucho que había cambiado ella durante las últimas semanas y en qué forma el nuevo ambiente en que vivía había modificado sus normas y sus puntos de vista. Se dio cuenta de que estaba pensando si en realidad había estado tan enamorada de ese vago con aspecto sucio. ¿Podría ser cierto que fuese éste el Jess por quien había peleado y a cuyos deseos había obedecido como una esclava? De nuevo tuvo un sentimiento de vergüenza y una necesidad repentina de salir corriendo antes de que la viera.

Trató de dominarse. Lo había llamado y ahora estaba aquí. No podía escaparse. Tenía su dirección y si no la encontraba allí esperándolo, iría a su casa. ¿Y qué diría Mel? A toda costa —decidió— debía mantener a Jess alejado de Mel ¿Pero dónde podía llevarlo? De cualquier manera lo tenía que convencer de que se lavara y que se comprara ropa nueva. Pensó en la cabaña que tenía Mel en la playa. Irían allí. El podría quedarse a pasar la noche. Ella le conseguirá ropa decente. Mel no ocuparía la cabaña hasta el domingo.

Anduvo despacio hasta la salida y se quedó parada junto a una columna, observando a los pasajeros a medida que iban pasando por allí. Entonces vio a Jess, sacando su mandíbula como si masticara chicle, con una expresión fea en los ojos. Iba abriéndose paso a través de la multitud, sin importarle a quién golpeaba con los codos al pasar.

Haciendo un esfuerzo, Ira se dirigió hacia él.

—Hola, Jess, así que ya estás aquí.

Durante unos instantes ella pudo ver por su mirada vacía que no la había reconocido; luego se dio cuenta de que era ella y se quedó mirándola con la boca abierta, impresionado por el cambio que notaba en ella, pero pronto se recobró.

—¡Demonios! ¡Mira quién está aquí! —exclamó—. Parece que has progresado, ¡por el amor de Dios!

Ira no había tenido tiempo de cambiarse al salir del Banco y se daba cuenta que parecía demasiado atildada, demasiado pulcra y demasiado todo eso que Jess

despreciaba. Su vestido gris, muy sencillo, con cuello y puños blancos; sus medias de nylon negras y zapatos bajos era el uniforme de la clase que Jess más odiaba.

—Es un uniforme —dijo poniéndose a la defensiva—. Vamos, Jess, tengo mucho que contarte, pero salgamos de aquí.

—¿Sí? ¿Y si no quisiera oírte? ¿Qué diablos significa eso de hacerme salir de esta forma? —la cara flaca de Jess se endureció—. Te quiero besuquear aquí y ahora mismo.

—¡Vamos, déjate de tonterías! —exclamó repentinamente furiosa con él—. Si no, ¡vuelve a tu casa!

Se dio la vuelta y salió con pasos rápidos del edificio, delante del cual había estacionado su TR-4.

Atónito, Jess se quedó mirándola con la boca abierta; luego, poniéndose el bolsón al hombro, también salió. La alcanzó y ella se puso al volante.

Lo observaba mientras él miraba el auto, con expresión de azaramiento y envidia en su rostro.

—¿Es tuyo?

—Es mío.

—¡Por Judas! —retuvo su aliento—. ¿Qué ha sucedido? ¿Dices en serio que es tuyo? —estaba tan atónito que Ira casi soltó una carcajada.

Le abrió la otra puerta.

—Sube, Jess.

Dio la vuelta, se sentó al lado de ella y cerró la puerta de golpe. Estaba cerca de él y podía sentir el olor a suciedad y sudor rancio que exhalaba su ropa. Eso le trajo un recuerdo vivido y espantoso de su sórdido hogar, su padre borracho, la suciedad y los insectos de la cama; se encogió de hombros.

—¿Lo sabes conducir? —preguntó, mirando el tablero con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto. Antes conduje el auto de Joe cuando me lo dejaba y era el doble de éste.

Jess se rascó la cabeza, llenándose de caspa el cuello. Cuando Ira apretó el arranque él dijo:

—¿De dónde diablos has sacado ese dinero que me has mandado?

—Es una historia muy larga. Tendrás que esperar —dijo Ira, mientras ponía el auto en marcha. El súbito malestar de Jess y su desconfianza la complacieron—. ¿Y tú, Jess? ¿Qué has estado haciendo desde que te dejé?

—¿Haciendo? —se volvió de nuevo hostil—. ¡He estado haciendo lo que me gusta hacer... nada!

Una contestación estúpida, pensó ella para sí. No has cambiado, Jess. Sólo ahora me doy cuenta de lo tosco y lo tonto que eres. Tú no has cambiado, pero yo sí he cambiado.

—¿Cómo anda la pandilla? —preguntó por decir algo.

—¿Qué te importa esa maldita pandilla?

—¿No puedo preguntar?

—Está bien. De todas maneras no interesa. Tengo que volver. La pandilla no puede arreglarse sin mí.

—¿A quién le importa? Tú puedes arreglarte sin ellos, ¿verdad?

El se movió inquieto.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, no te preocupes. ¿Por qué no te compras algo de ropa, Jess? Te mandé bastante dinero.

—¿Para qué diablos necesito ropa?

—Paradise City no es Nueva York. Te pueden encerrar por ir con semejante pinta.

—¡Abajo la policía!

—¿Qué hiciste con el dinero... lo perdiste?

—Gasté parte... ¿y a ti qué te importa? Es mío, ¿no es así?

Ella se encogió de hombros, desanimada al sentirse tan aburrida de este patán. Ahora estaba en la carretera principal y se concentró en conducir, esforzándose para que su auto pasara a los grandes Cadillac, los Buick y los Ford, pero cuidándose bien de no exceder los límites de velocidad. No quería que la siguiera un «polizonte» estando Jess en el auto.

—¿No puedes ir más rápido? —preguntó contento de tener algo que criticarle—. Déjame tomar el volante... ¡Te mostraré cómo se conduce un auto!

—Es una buena velocidad. Aquí los «polizontes» están al acecho.

Jess murmuró algo entre dientes; luego preguntó:

—¿Dónde vamos?

—A algún sitio donde podamos hablar.

La miró inquieto, no sabiendo muy bien cómo tratarla. Era una Ira nueva para él. Desconcertado, encendió un cigarrillo y se hundió en un silencio displicente.

Tardaron un poco más de una hora a buena velocidad en llegar a la cabaña de la playa. Para entonces había oscurecido y la playa estaba desierta.

La cabaña, de tres habitaciones, estaba construida con madera de pino, a la sombra de tres palmeras y estaba bastante alejada de las demás, que ahora estaban en la oscuridad.

Esa noche había un programa especial en el club y nadie había ido a la playa.

—Ya llegamos —dijo, bajando del auto—. ¿Tienes hambre?

—¿Qué te crees? —bajó del auto y miró la cabaña con desconfianza y recelo—. ¿Vas a entrar ahí?

—Tengo la llave —pasó delante de él, abrió la puerta, encendió la luz y lo hizo entrar.

El dio unos pasos por el gran salón con los movimientos cautelosos de un gato que entra en un cuarto extraño. Luego avanzó por la habitación hasta el ventanal y corrió con rapidez las cortinas.

—Bueno, ¿qué te parece? —exclamó, mirando atónito a su alrededor—. ¡Casi nada! ¿Quién te lo regaló?

—Eso forma parte de la historia —dijo ella—. Ponte cómodo como si estuvieras en tu casa. Voy a traer algo para comer.

Mientras ella preparaba una cena fría con las provisiones que había en la bien surtida nevera, se preguntaba qué le iba a contar a Jess. Sabía que sería peligroso hablarle de la cantidad de dinero que Edris esperaba robar al banco. Eso lo tenía decidido, pero tendría que informarle de todo lo demás si quería que la ayudara. Ahora estaba arrepentida de haberlo hecho venir, pero necesitaba ayuda, y era el único que podía prestársela.

Durante la comida le contó toda la historia. La escuchó sin interrumpirla, comiendo el pollo frío con grosería, como si no hubiese comido en muchos días. Cuando no quedó nada se recostó en el sillón, con un cigarrillo colgando de sus delgados labios, guardando silencio hasta que ella terminó su historia.

—Bueno, eso es todo —dijo para acabar—. Fue una locura de mi parte haber hecho esto y ahora no puedo salir de este lío. ¿Qué puedo hacer?

—¿Por qué quieres desentenderte de este asunto? —preguntó él.

—No necesito el dinero. Tengo todo lo que deseo, sin correr riesgo alguno. ¿No te das cuenta? Si robo al banco, pueden descubrirme y entonces tendré terribles problemas.

—¿Cuánto te dan por este trabajito del banco?

—Alrededor de cinco mil —mintió—. Eso es lo que Edris me ha prometido. En otros tiempos me parecía una fortuna, pero ahora... bueno, no me durarían mucho y volvería a estar en la calle.

Una expresión calculadora se asomaba en los ojos de Jess.

—¿Cuánto puede sacar Edris en todo esto?

—Veinte mil... o algo aproximado. No sé exactamente cuánto.

—¿Ah, sí? ¡Me imagino! No me vas a decir que se va a meter en semejante lío por veinte billetes. Te está tomando el pelo. Apostaría a que cada vez que Algir saca ese dinero del banco es una suma importante.

—Algir sacó dinero sólo una vez y no fueron más de cinco mil seiscientos dólares —dijo Ira, inquieta al ver la avidez que había en el rostro de Jess.

—Si saca eso todos los días, puede llegar a una cantidad considerable. No, ellos te están engañando. Lo que hay que hacer...

—¡No me importa que me estén engañando! —interrumpió Ira con desesperación—. ¡Quiero terminar con eso! ¡Estoy satisfecha con lo que he conseguido! Quiero que

me ayudes a quitarme de encima a esos dos tipos, Jess.

El empezó a hurgarse la nariz, mirándola sin verla. Se notaba que no escuchaba lo que estaba diciéndole.

—¡Jess! ¿Has oído lo que he dicho?

—¡Vamos, cierra el pico! ¡Deja pensar a un hombre!

Ella lo observaba y esperaba con impaciencia.

—¿Necesitas hacer eso? —preguntó ella, repugnada con lo que estaba viendo.

—¡Cállate! —vio un destello feo en sus ojos—. ¡No te lo voy a decir de nuevo!
—tomó un paquete de cigarrillos de su bolsillo y encendió uno—. Sabes que es una buena idea. Este tipo Edris tiene seso.

—¿Qué idea?

—Esa idea de las cajas fuertes es fabulosa. Estás loca por querer largarte.

Ella exhaló un suspiro largo y profundo. Debía haberme imaginado esto, pensó con amargura.

—Pero Jess, ¿No te das cuenta del riesgo que corro? Podría ir a la cárcel muchos años.

—¿Por qué no lo pensaste antes? —la miraba sin pestañear, entrecerrando los ojos.

—Porque quería dinero fácil. No creía que tuviese que correr riesgos. ¿Cuántas veces tendré que decírtelo?

Jess aspiró su cigarrillo, echando el humo por la nariz.

—¿Y yo qué papel represento en este asunto? Si te largas, me quedo sin nada. Te quedarás con Edris y repartiremos.

—Es demasiado difícil para ti, Jess. Si me ayudas, te daré algo de dinero. Te lo prometo. Te lo daré.

—¿Cuánto?

—No sé. Depende. Tendré que conseguir que Devon me lo dé. Trescientos o cuatrocientos, Jess.

—¡No digas estupideces! Me acabas de decir que Edris te había prometido cinco mil. ¡Ahora, escúchame, te quedas con él! ¿Me entiendes? ¡Te estoy hablando! ¡Si te causa problemas, te defenderé, pero no te los causará si haces lo que quiere, y eso es lo que tienes que hacer! Si te crees que voy a dejar escapar cinco billetes de entre mis dedos porque te has vuelto loca, estás muy equivocada.

Ira se puso blanca. Sintió que la recorría una repentina sensación de furia.

—¡No me vas a decir lo que tengo que hacer! —gritó—. No soy...

Su mano abierta hizo un movimiento tan rápido que ella no lo pudo esquivar. Le dio una tremenda bofetada que hizo el mismo ruido que una bolsa de papel que estalla. Ella se tambaleó y cayó al suelo, de espaldas. Jess la golpeó con toda su fuerza con la punta de su bota en el muslo.

Con los ojos llenos de furia, ella retrocedió con trabajo y se incorporó. Ahora estaba parada, la mirada vigilante, las manos colgando a los lados del cuerpo, en una actitud de observación que había adoptado a menudo en sus peleas callejeras. Sabía que cuando peleaba era rápida y feroz como un gato montés y dominó su impulso de lanzarse sobre él.

—¡Fuera de aquí! —exclamó señalando la puerta—. No debía haberte traído aquí. ¡No quiero tener nada que ver contigo... nunca más! ¡Fuera!

—Me iré cuando tenga ganas y esté listo para irme —se quitó la chaqueta de cuero y la tiró sobre un sillón—. Te has merecido una buena paliza. Y te la voy a dar. Este es Jess... ¿recuerdas? ¡Quítate la ropa! ¡Te daré con una toalla mojada!

Ella le hizo frente, con los ojos centelleantes.

—¡Fuera de aquí! ¡No tengo miedo de ti, canalla! ¡Fue una locura imaginarme que un cobarde como tú me iba a ayudar! ¡Fuera!

El dio tres pasos lentos hacia ella, tratando de evitar con un movimiento de su cabeza los dedos crispados que le arañaron la cara; luego hundió su puño bajo el arco formado por las costillas de Ira con toda la fuerza de sus músculos magros y fuertes.

El dolor que le produjo el golpe la hizo caer de rodillas. El levantó el puño y lo dejó caer en la cabeza de ella. Medio desvanecida, sin poder casi respirar, cayó de espaldas. Sintió los dedos de él en el cuello de su vestido y trató débilmente de morderle la mano. Entonces sintió un violento tirón y su vestido se rasgó. Mientras trataba de alejarse de él rodando por el piso, su puño la alcanzó otra vez en la mandíbula, dejándola sin sentido...

Maldiciendo en voz baja, con la respiración anhelante, Jess le arrancó el resto de la ropa...

Se daba cuenta vagamente de que todo el peso de él estaba sobre ella y le dolía el cuerpo, pero estaba demasiado aturdida para que le importara nada. Al cabo de un momento sintió que se levantaba.

—Muy bien, nena —oyó que le decía. Le parecía que la voz venía de muy lejos—. Ya te volveré a ver. Haz lo que Edris te diga que hagas o volveré a empezar. ¿Me oyes?

Todavía yacía en el suelo, con los ojos cerrados, le dolía la cabeza, las costillas y la ingle. Le oyó andar por la cabaña, pero no tenía fuerzas para que le importara lo que hacía. Lágrimas calientes le corrían por el rostro, lágrimas que la sorprendieron, porque siempre había imaginado que era demasiado dura para llorar.

El volvió a ella y le dio un suave puntapié en las costillas doloridas.

—He tomado tu pecunia, nena —oyó que le decía—. Tú puedes conseguir más... yo no. Hasta luego.

Oyó que atravesaba el salón, abría la puerta y salía a la oscuridad de la noche, dando un portazo.

El silencio reinó en la cabaña, roto sólo por el suave sonido de su llanto desesperado.

Casi una hora más tarde, Jess, oculto en las sombras de las palmeras, vio a Ira que salía de la cabaña. Se había puesto pantalones ajustados y una salida de playa, y Jess sonrió al verla. Vio que cerraba la puerta y que dejaba la llave en una de las vigas del techo de la cabaña. Luego, andando a paso lento y con muchos dolores, subió al TR-4 y salió conduciendo.

Jess se levantó y estiró sus miembros. Se sentía saciado, relajado y contento de sí. Se dirigió a la cabaña, sacó la llave de su escondite, abrió la puerta y entró en el salón. Encendió las luces y tiró su bolsón sobre el sofá.

Sintió necesidad de tomar un trago. Se dirigió al bar y se sirvió un poco de whisky en un vaso, fue a la cocina y sacó hielo de la nevera, luego volvió al salón y se dejó caer en uno de los confortables sillones.

Jess, viejo, pensaba, ponte cómodo como si estuvieras en tu casa. Te has metido en un bonito lío, pero tienes que ser muy vivo para manejarlo bien. Le has demostrado a esa muñeca que aún eres el amo. Te dará todo el dinero que le pediste. Si no te lo da, lo que tienes que hacer es amenazarla con hablar con ese sujeto, Devon.

Bebió el whisky de un trago, suspiró y dejó el vaso sobre la alfombra.

Podría quedarme a pasar la noche, pensó. Echemos un vistazo al dormitorio.

Tarareando bajito, se dirigió al dormitorio que tenía una gran cama y muebles muy confortables.

Muy bonito, pensó, y quitándose la chaqueta la arrojó sobre una silla. Luego se dirigió al armario, lo abrió y examinó la ropa de playa que había allí. Era todo demasiado grande para sus espaldas angostas y agobiadas, y con una mueca de disgusto se puso a examinar el contenido de la cómoda.

Las camisas, pañuelos y calcetines que encontró en los cajones no le interesaban. Abrió el último cajón y se quedó absorto. Medio escondida por una toalla de playa había una Colt 38 automática. Largo rato se quedó contemplando la pistola, luego, con cierta excitación, la tomó con mucho cuidado.

Desde que había llegado a ser el jefe de la banda de los Moccasin deseaba poseer una pistola. Había sido su sueño dorado y su mayor ambición. Su respiración era anhelante, mientras examinaba el arma. Al cabo de un rato comprendió su manejo y vio que tenía cinco cartuchos. Se sentó en la cama, con la funda en una mano, la pistola en la otra y se quedó mirando con los ojos fijos a la pared de enfrente.

Durante unos momentos permaneció sentado inmóvil trabajando con la mente. Por fin una sonrisa astuta se dibujó en su rostro y movió la cabeza. Ahora sabía qué tenía que hacer. Una pistola, se decía, lo ponía a la altura de cualquiera. Podría olvidar la época en que tenía que depender de Ira para obtener dinero. Ahora estaba

en condiciones de armar una rápida y perfecta matanza.

Volviendo a colocar la funda, puso el arma sobre la mesa de noche y arrojando lejos las botas, se echó en la cama. Todavía estaba sonriendo cuando apagó la luz.

Mel estaba acabando de tomar su desayuno cuando Ira entró en el salón. Había tenido una desilusión al volver la noche anterior poco después de las veintitrés y encontrar el bungalow a oscuras y a Ira en la cama. Hubiese querido despertarla, pero, por fin, de mala gana, decidió no molestarla. Con gran alivio de Ira se había ido a dormir. Ella lo había oído llegar y rezó para que no fuera a su cuarto. Había pasado una noche en blanco, la mente atormentada, el cuerpo dolorido. ¿Qué estaría planeando Jess?, se preguntaba. Estaba segura de que no se iba a volver a Nueva York. Se recriminaba por haber sido tan tonta de contarle todo. Ahora se hallaba en sus manos. ¿Cómo podía haberlo amado alguna vez? Haciendo un esfuerzo para alejar sus pensamientos de Jess, empezó a pensar en Edris. Por ese lado tampoco veía ninguna solución. No podía escapar. Mel llamaría en seguida a la policía y si la encontraban iba a salir a relucir toda la historia.

Cuando entró, Mel, al mirarla, se quedó sorprendido de verla tan pálida.

—Hola —saludó, bajando el diario que estaba leyendo—. Parece que no te encuentras muy bien. ¿Llegaste tarde anoche?

—No —Ira se sentó y en seguida se sirvió una taza de café—. Estoy muy bien. No forjes ideas raras —haciendo un esfuerzo para mirarlo a la cara le preguntó—: ¿Bueno, qué te dijo Joy?

Mel se sonrió feliz.

—Nos casaremos a fin de mes. Tengo unos días libres en esa época para la luna de miel. ¿No te importa quedarte sola cuatro semanas?

Ira se dio cuenta al instante de que esa podía ser su oportunidad. Sin Mel en su camino, le diría a Mrs. Sterling que iba a visitar a una amiga y se iría sin grandes dificultades de Paradise City. Cuando Mel volviera, estaría lejos: ¿dónde quería ir?, no tenía la menor idea, pero sabía que tenía que irse.

—No, claro que no. ¿Ya habéis hecho vuestros planes?

—Iremos a Venecia, en Italia. Dicen que es el sitio más indicado para una luna de miel.

Ella terminó de tomar su café.

—Hum... qué bonito debe ser. Bueno, muchas felicidades, papá.

—Gracias —se puso de pie y se acercó a ella. Apoyó suavemente la mano en su hombro—. Tú y Joy vais a ser muy buenas amigas. Se inclinó y la besó en la mejilla.

Ira se quedó como paralizada, sintiendo una fuerte emoción. Poniéndose de pie en forma brusca se encaminó hacia la puerta.

—Tengo que irme. Te veré esta noche, papá —dijo y se di rigió con rapidez a su

dormitorio.

Mel se quedó mirándola, con expresión de asombro en los ojos; luego, sacudiendo la cabeza, tomó su portafolios en el momento que oía el TR-4 que se ponía en marcha.

Poco después de las once una mujer alta, bien vestida, bajó los escalones del subterráneo. Era Mrs. Marc Garland, la esposa del multimillonario rey del acero. Ira había sido prevenida por uno de los guardias, para que la recibiera.

—Ella y su marido salen para Nueva York esta tarde —le dijo—. Ganaron mucho en el casino anoche. Creo que va a llevarse todo. Vigílela. Algunas veces puede ser muy perra.

Ira se puso de pie cuando Mrs. Garland llegó al pie de la escalera.

—Buenos días, mistress Garland —la saludó con amabilidad.

—Es la hija de Mel, ¿verdad? —preguntó Mrs. Garland con una sonrisa—. He oído hablar mucho de usted. —Se sentó en un sillón al lado del escritorio de Ira—. Conocí a su madre hace muchos años, Norena —se quedó observando a Ira—. Se parece mucho a usted. He oído decir que Mel va a casarse. ¿Usted está contenta?

—Ya lo creo, mistress Garland. Me alegro mucho de ello.

—Por supuesto, conocerá a Joy.

—Sí.

—Está muy bien, ¿verdad?

—Me gusta mucho.

—Siento no haberla conocido a usted antes. Siempre hay gente joven en casa. El año que viene tiene que conocer a mi hijo, cuando venga para las vacaciones —abrió un gran bolso que llevaba y sacó un abultado sobre sellado—. ¿Sería tan amable de meter esto en mi caja fuerte? Aquí está la llave.

—Por supuesto, mistress Garland —dijo Ira con el corazón en un puño. Tomó el sobre y la llave. Luego volvió a su escritorio, abrió el cajón y sacó la llave general. Durante un momento vaciló, luego tomó el pedazo de masilla que tenía guardado en el cajón. Disimulándolo en su mano, recorrió el pasillo, dobló a la derecha y llegó a la caja fuerte de los Garland. Con mucho cuidado hizo el molde de la llave antes de abrir la caja. Luego se detuvo. ¿Para qué molestarse en hacer el molde? Sólo tenía que meterse el sobre en la faja para evitar a Algir el trabajo de hacer la llave.

¡Que la haga!, pensó. Así no podrá tener el dinero antes del lunes. Mientras metía el sobre en la caja, echó una mirada a su contenido. Había varios estuches de alhajas y un montón de sobres grandes iguales al que acababa de meter. Cerró la puerta de la caja fuerte y echó la llave.

Cuando se dio la vuelta, advirtió que Mrs. Garland la había estado viendo desde el extremo del corredor y la miraba distraída. Ira sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo. ¡Qué suerte!, pensó nerviosa. Si no hubiese metido el sobre en la caja fuerte,

Mrs. Garland la hubiese visto robar.

—Si alguna vez viene a Nueva York —dijo Mrs. Garland cuando Ira se acercó a ella—, venga a vernos. Siempre trato de persuadir a su padre para que venga con nosotros, ¡pero está tan ocupado!

—Me gustaría mucho —dijo Ira, tratando de controlar su voz—, pero me parece muy difícil que vaya a Nueva York.

—Bueno, si va, acuérdesse. Adiós, Norena —y diciendo estas palabras, Mrs. Garland se fue.

A la hora de almorzar Ira fue al café donde Algir la estaba esperando.

—¿Y bien? —preguntó cuando se le acercó.

Sin decir una palabra, le entregó la caja que contenía el molde de la llave.

—¿A quien pertenece?

—A mistress Marc Garland.

—¿Tiene dinero en la caja fuerte?

—Sí... mucho.

—Muy bien. No tengo que decirle lo que le espera si miente —dijo metiéndose la caja en el bolsillo—. No tendrá una segunda oportunidad viborita... recuérdelo bien.

Se dio la vuelta y salió del café. Estaba tan absorta en sus pensamientos, que no vio a Jess Farr que estaba enfrente, en un auto destartado que había alquilado. Tampoco lo vio Algir, cuando salió conduciendo su Buick.

Con un cigarrillo colgándole de los labios, Jess puso el Ford en marcha y siguió a Algir hasta el apartamento de Edris.

Fred Hess se instaló cómodamente apoyado contra una duna y se quedó descansando. Acababa de terminar un excelente almuerzo que habían llevado para el picnic; el sol, que aún calentaba, la suave brisa y el ruido de las olas, le servían de soporífero.

Era el primer fin de semana que tenía libre, desde hacía bastante tiempo y el sábado por la mañana había decidido llevar a su mujer y a su hijo Fred a su lugar preferido de la playa para pasar el día.

Lo único que lo molestaba como un moscardón, pensó Hess mientras cruzaba sus manos sobre la barriga, era su hijo. A Hess le gustaban los niños de los demás, pero no soportaba el suyo propio. La razón era, como pensaba a menudo, lo malcriado que estaba el mocoso. María, una madre débil pero una esposa intransigente, no dejaba que le pusiera la mano encima el niño y si había un niño que necesitaba muy a menudo una buena paliza, era su hijo.

Pero por el momento todo estaba en paz. María se había llevado al niño a la orilla del mar, donde se dedicaba a salpicar con agua el vestido blanco de su madre y estaba muy entretenido.

Hess había anunciado que iba a dormir una buena siesta. El niño quería que

jugara a la pelota con él. Después de una acalorada discusión y temiendo María por la alta tensión de su marido, había tomado la mano del niño arrastrándolo lejos de Hess, donde no pudiera oír el vocabulario subido de tono de su padre.

¡Eso era vivir! pensaba Hess mientras cerraba los ojos. ¿Qué más podía desear un hombre? Era agradable pensar que sus compañeros estaban sudando en la habitación recalentada de los detectives, en la comisaría. Joe Beigler era el sargento de guardia y en ese momento debía estar atendiendo el teléfono, tratando de parecer amable cuando las personas que llamaban le hacían preguntas tontas o le preguntaban por el perro que habían perdido o el auto que les habían robado. Bueno, Joe tendría que arreglárselas. Hess tuvo un suspiro de felicidad y dejó que el sueño lo invadiera.

Durmió unos quince minutos; luego la llegada del niño lo despertó sobresaltado. Sintió cierta satisfacción al ver que María miraba su vestido, un poco fastidiada. Si ella dejaba que el niño le tirara agua, ya era el colmo.

—Vete de aquí —le dijo a su hijo, un chiquillo bajo de estatura y gordo, con mentón agresivo y expresión decidida que lo hacían parecer el retrato de su padre—. Vete a ver hasta dónde puedes llegar corriendo sin que se te doblen las piernas.

El niño lo ignoró por completo. Tomó su pala para jugar con la arena y acercándose a su madre, dijo:

—Quiero enterrar a Pa.

María se sentó a la sombra. Era una mujer grandota y agradable de treinta y cinco años. No era una belleza, pero tenía buen carácter y expresión bondadosa y Hess, después de diez años de matrimonio, no la hubiese cambiado por ninguna otra mujer del mundo.

—Bueno, muy bien —dijo—, pero hazlo con cuidado. Papá está cansado y quiere tranquilidad.

—¡Epa! —dijo Hess indignado—. Quiero que me dejéis en paz y no me va a enterrar.

—¡Quiero enterrar a Pa! —dijo el niño sacando la mandíbula.

—Bueno, Fred —le engañó María—. Ya sabes que a todos los niños les gusta enterrar a la gente.

—¿Ah, sí? Entonces que te entierre a ti —Hess también sacó la mandíbula—. ¡No me va a enterrar!

—¡Quiero enterrar a Pa! —gritó el niño llorando.

—No me quiere enterrar a mí, querido —insistió María—. Te quiere enterrar a ti.

—No soy sordo. Si se me acerca, le voy a dar un tirón de orejas.

—Mira, Fred, no tienes que ser egoísta. Es día de fiesta para el niño, tanto como para ti —dijo María—. No veo por qué te puede molestar que te eche un poco de arena encima. A los niños les gusta hacer eso.

—Me importa un bledo lo que les guste a los niños. ¡Maldita sea! ¡A mí no me

gusta! —dijo Hess con la cara congestionada.

—¡Fred Hess! ¡Me avergüenzo de oír semejante lenguaje delante de tu propio hijo! —dijo María con severidad—. De veras estoy avergonzada.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —gritaba el niño, saltando de un lado a otro, feliz de que su padre no tuviese razón y decidido a aprovechar la situación.

—¡Basta, niño! —dijo María con severidad—. Que no vuelva a oírte decir eso.

—No veo por qué. ¡Pa lo dice! —dijo el niño con una mirada astuta hacia su padre.

—Papá no debería decirlo —dijo María.

—¡Pícaro viejo! ¡Pícaro viejo! —canturreaba el niño, saltando de aquí para allá—. No tienes que decir maldita sea, ¡pero lo dices!

—Ahora, escucha bien lo que vas a hacer —dijo María enfadada, mirando a su marido.

A Hess le parecía bastante divertido, pero hacía un esfuerzo por permanecer con la cara seria.

—Los niños alguna vez tienen que aprender —dijo con alegría—. Ahora quédate quieto, hijo. Quiero dormir.

—¡Quiero enterrar a Pa! —volvió a decir el niño lloriqueando. Hubo un rato de silencio, durante el cual María miraba a su marido con exasperación.

—Si quieres tener paz, Fred, sería mejor que lo dejaras enterrarte. Ya sabes cómo es. Seguirá así toda la tarde.

—¡Quiero enterrar a Pa! —gritó el niño con su voz más chillona, presintiendo la victoria.

—Tal vez podría hacerte algún daño —dijo Hess con voz zalamera—. Sólo un pellizquito en la oreja. No le dolería mucho. Sólo dejarle un poco sordo. ¿Qué te parece?

—¡Fred Hess! —exclamó María con voz de espanto.

Hess se encogió de hombros.

—Bueno no hago ningún daño con sugerirlo.

El niño, que sabía que mientras su madre estuviera allí estaba a salvo de la pesada mano de su padre, empezó a congestionarse mientras gritaba que quería enterrar a su padre.

—¡Eh hijo! —dijo Hess repentinamente inspirado—. Quisiera decirte una cosa.

El niño acabó su berrinche y miró con suspicacia a su padre.

—¿Qué?

—¿Ves esa duna allí... aquella grande? —dijo Hess, señalando un alto banco de arena, unos cien metros más lejos.

El niño miró para allá.

—Te diré algo muy interesante sobre ella, pero primero debes prometer no

decírselo a nadie. Es un secreto muy grande e importante.

El niño empezó a interesarse.

—¿Qué clase de secreto?

Hess le hizo un gesto con la mano.

—Ven más cerca. No quiero que nadie oiga lo que te voy a decir.

El niño, que ahora estaba intrigado, se acercó a su padre y se arrodilló a su lado. Hess resistió a la tentación de abofetearlo. Bajando la voz, dijo:

—Un viejo fue a dormir allí anoche. Es un viejo bueno. Le gustan mucho los niños. Siempre lleva consigo algunos pasteles de carne para dárselos.

A su hijo le gustaban los pasteles de carne más que todo en el mundo y Hess lo sabía. La cara del niño se iluminó.

—¿Qué le pasó entonces? —preguntó, mirando hacia la duna.

—Lo enterraron —dijo Hess—. Lo enterraron debajo de esa duna. Estaba dormido, soplaban el viento y quedó enterrado bajo la arena... con todos sus pasteles. ¿Por qué no vas y lo desentierres?

—¿Los pasteles están todavía allí?

—Claro que están —dijo Hess—. Grandes pasteles riquísimos, con la masa hecha con manteca y cantidad de carne jugosa, con sabrosas salsas —su propia elocuencia le dio hambre de pronto y sintió que María no hubiese traído algunos pasteles para la hora del té.

—¡Eh! —el niño abrió mucho los ojos—. ¿Pero qué pasó con el viejo... no se ha muerto, enterrado en esa forma?

—Se encuentra muy bien. Estará tan contento de que lo desentierres que te dará todos sus pasteles. Ve allí y ya verás.

El niño vaciló un rato. No estaba muy seguro de si Hess le estaba gastando una broma o si hablaba en serio.

—¿No quieres venir conmigo y ayudarme a desenterrarlo? —preguntó.

—Por supuesto que quiero —dijo Hess, haciendo el ademán de levantarse. Esperaba esa petición y había pensado la respuesta—. Pero si te ayudo, tendremos que repartir los pasteles. Mi parte será más grande que la tuya, porque soy más grande que tú.

El niño frunció el ceño.

—No sé por qué tendrás más pasteles que yo.

—Bueno, te diré. Soy más grande y tengo más hambre.

El niño dudó un poco.

—Lo haré solo entonces —declaró, y tomando su pala empezó a correr hacia la duna.

—Estoy avergonzada de ti —dijo María, tratando de mantenerse seria—. Decir semejantes mentiras. Te arrepentirás. Espera a que se dé cuenta de que no hay

pasteles...

Hess se sonrió y se instaló otra vez para dormir.

—Cuando vuelva será hora de irnos a casa —dijo—. Ahora voy a dormir —miró hacia donde estaba su hijo cavando, sonrió con aire beatífico y cerró los ojos.

No había dormido más de diez minutos cuando lo despertaron los gritos excitados del niño. Se levantó al instante, el rostro enrojecido de cólera.

Su hijo brincaba de aquí para allá, haciéndole señas para que fuera.

—¡Pa! ¡Ven pronto! —gritó—. No es el viejo... es una mujer y ¡apesta!

El doctor Lowis llegó a la playa en el momento que el fotógrafo de la policía terminaba su trabajo.

Terrell, Beigler y Hess estaban parados cerca de la duna, mientras los miembros de la sección de Homicidios se dedicaban con todo cuidado a sacar de su sepultura superficial, el cuerpo que el niño había encontrado.

—Es toda suya —dijo Terrell a Lowis—. Háganos un informe rápido, doctor. Parece que ha sido estrangulada.

Lowis movió la cabeza y se dirigió hacia donde estaba el cuerpo.

—Usted sabe —dijo Hess sacando el pecho—, mi hijo será un gran «polizonte». Si no hubiera sido por él, es probable que no se hubiera descubierto nunca el cadáver.

—Saldrá a usted —dijo Beigler con una sonrisa.

—Sí. Yo lo hice así —dijo Hess con orgullo.

—Muy bien, muchachos —dijo Terrell—. Saquémoslo. Consiga algunos hombres más para que vengan aquí, Fred. Van a tener que registrar cada pulgada de este terreno.

Hess hizo un gesto de asentimiento y salió con toda rapidez.

—Con la cara en el estado que la tiene —dijo Beigler pesaroso—, nos va a costar poder identificarla, Jefe. El asesino debe haberse llevado la ropa o la habrá enterrado en alguna otra parte.

—¿Se tienen noticias de que haya desaparecido alguna chica durante las últimas seis semanas? —preguntó Terrell.

—En nuestro distrito, no.

—Esperaremos a ver que nos dice el doctor, luego vuelva a la comisaría. Necesitamos que los diarios de mañana hagan una buena descripción de ella, lo mismo que la radio y la televisión esta noche. Ocúpese de eso, Joe.

—Perfecto —Beigler observaba cómo la brisa formaba remolinos de arena a lo largo de la playa—. Esta arena no nos va a ayudar mucho. No podemos esperar que queden huellas. Debe haberla traído en auto y habrá venido preparado. La arena en ese lugar es demasiado dura para que pueda haber cavado la sepultura con sus manos. Tuvo que tener una pala.

Terrell movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, y no quería que la pudiesen identificar. Un raptor ocasional no se hubiese llevado las ropas de la muchacha. Debe saber que si las identificaban, podían seguir su rastro y eso quiere decir que se conocían de antes.

En ese momento apareció una ambulancia por el camino de tierra y se detuvo al lado de los autos de la policía. Dos enfermeros vinieron corriendo por la arena con una camilla. Hess, que había estado utilizando un aparato de radio de onda corta, se reunió con Terrell y Beigler.

—Los muchachos están en camino —dijo, y siguió hablando con los tres detectives del departamento de Homicidios, que estaban apoyados sobre sus manos y rodillas, examinando la arena desprendida de la sepultura.

Los dos enfermeros esperaron hasta que el doctor Lewis hubo terminado su apresurado examen del cuerpo, luego a una señal que les hizo, prepararon la camilla, colocaron sobre ella el cuerpo, lo cubrieron con una sábana y la llevaron a paso rápido a la ambulancia.

Terrell y Beigler se dirigieron al doctor Lewis, quien estaba cerrando su maletín.

—¿Y bien, doctor?

—Asesinato... estrangulación con cierta violencia —informó Lewis en forma breve—. Hace poco más o menos seis semanas que está muerta. El estado de descomposición es muy avanzado. Hubo lucha. Lo que queda de la cara está muy lastimada. Les podré dar más detalles cuando la lleve al depósito.

—¿Fue violada? —preguntó Terrell.

—No.

Terrell y Beigler intercambiaron miradas, luego Terrell se encogió de hombros. Ahora tenía que hallar el móvil del crimen.

—¿Qué edad le parece que podría tener, doctor?

—Entre diecisiete y diecinueve años.

—¿Tiene alguna señal particular que la pueda identificar?

—No.

—¿Su cabello rubio es natural?

—Sí.

—Muy bien. Denos un informe lo más pronto posible. ¿Estaba embarazada? — Terrell todavía tenía esperanzas de hallar el móvil.

—Era virgen —saludando con la cabeza, el doctor Lewis se dirigió a través de la playa hacia su auto.

—Muy bien, Joe, puede irse —dijo Terrell—. Averigüe en Miami si ha desaparecido alguna chica de esa edad. Si no sacamos nada en limpio, tendremos que tender nuestras redes por otro lado. Ponga en antecedentes a la prensa y avise al público por radio y televisión. Quiero mucha publicidad en este asunto. Es nuestra

mejor posibilidad de identificarla.

Beigler se fue y Terrell se reunió con Hess.

—¿Alguna novedad, Fred?

—No fue asesinada aquí —dijo Hess, levantando la vista. Estaba agachado sobre la arena examinando la tumba—. Debe haber sangrado por la nariz y la boca, pero no hay rastros de sangre. En cuanto lleguen los muchachos, los mandaré que examinen aquellas lomas —dijo señalándolas—. Puede ser que la haya matado allí.

—No podremos hacer mucho más por esta noche —dijo Terrell alzando la vista hacia el cielo que estaba oscureciendo—. Dentro de una hora no veremos nada. Bueno, los voy a dejar. Me vuelvo al cuartel de policía.

Cuatro horas más tarde, Terrell, que aún se hallaba en su escritorio, llamó a su mujer, Carolina.

—Voy a llegar tarde, querida —le dijo—. Tengo que quedarme dos horas más, por lo menos —en forma resumida le contó el hallazgo del cuerpo—. Me parece que este asunto va a ser bastante complicado.

—Muy bien, Frank —dijo Carolina—. Te guardaré algo en el horno. ¿Sabes quién es la chica?

—Eso es lo malo. No tenemos ni la más remota pista —mientras hablaba, entró Beigler. Terrell enarcó las cejas. Beigler sacudió la cabeza—. Bueno tengo que seguir trabajando. Iré en cuanto pueda —y cortó la comunicación—. ¿Nada? —preguntó dirigiéndose a Beigler.

—Todavía no. En Miami y Jacksonville no ha desaparecido ninguna chica. Están registrando todos los pueblos. ¿Todavía no está listo el informe del médico?

—Sí. Aquí está —Terrell indicó varias hojas de papel escritas a máquina sobre su escritorio—. Nada que nos pueda ayudar mucho. Fue estrangulada violentamente. Los cartílagos de la laringe y el hueso hioides están fracturados. Tiene la nariz rota. El que la golpeó tenía un puño pesado. No tiene ninguna marca de operaciones... ninguna señal de nacimiento. Proviene de una familia de categoría. Sus uñas y su cabello estaban muy bien cuidados.

—¿Y los dientes?

—Tampoco tuvimos suerte en eso. Tenía una dentadura perfecta. Ningún trabajo dental.

Beigler tomó el vaso de cartón que estaba sobre el escritorio y se sirvió una taza de café.

—Todavía está allí. Le pidió a la brigada de bomberos que fueran con lámparas de arco —dijo Beigler sonriendo—. Ya sabes cómo es Fred. Si se atasca en un crimen, no para hasta que consigue una pista.

—Sí —Terrell tomó el informe de Lowis y empezó a estudiarlo de nuevo.

Beigler terminó su café, encendió un cigarrillo y luego se retiró de la pared donde

estaba apoyado.

—Creo que iré de nuevo a mi escritorio —dijo.

—Hay otra cosa —Terrell levantó la vista del informe.

—No es de mucha ayuda. Fue muerta menos de una hora después de haber tomado el desayuno. Quiere decir que fue muerta a la luz del día.

Beigler gruñó.

—¿Qué estaba haciendo allí tan temprano?

—Podría ser que se levantara tarde y que hubiese desayunado tarde.

—Sí —Beigler se encogió de hombros—. Estaré por aquí, Jefe —y salió de la habitación.

Terrell se acomodó en su sillón para reflexionar. A medida que se le iba ocurriendo algo, lo anotaba en una libreta. Pasado un rato, guardó la libreta, se puso de pie y se dirigió al cuarto de detectives.

Beigler estaba leyendo un informe. Lepski escribía a máquina. Jacoby hablaba por teléfono. Las agujas del reloj que había en la pared señalaban las veintiuna y cinco. Los tres hombres levantaron la vista hacia Terrell.

—Me voy a casa —le dijo a Beigler—, pero estaré de vuelta dentro de un par de horas, entonces usted podrá irse a descansar. No podemos hacer mucho más esta noche. Podemos decir algo a la televisión o en los diarios de la mañana. Puede ser que alguien la haya visto, pero seis semanas es mucho tiempo —en el momento que se acercaba a la puerta, ésta se abrió y Hess, con el rostro bañado en sudor, los ojos resplandecientes, entró en el cuarto.

—He descubierto dónde fue atacada, Jefe —dijo—. Y he descubierto algo más —puso sobre el escritorio de Beigler un par de gafas celeste. El cristal derecho había desaparecido y la patilla izquierda estaba rota—. Esto lo encontré bajo un arbusto a un metro de donde la mataron.

Beigler se puso de pie y examinó las gafas. Lepski se reunió con él.

—Démelas, Fred —dijo Terrell, sentándose sobre el escritorio y tomando las gafas.

—Fuimos a las lomas —dijo Hess—. Con las luces que nos iluminaban, no fue tan difícil el trabajo. Después de un rato llegamos a una senda angosta que llevaba al camino de tierra desde la carretera principal. En el extremo de la senda encontramos que el pasto estaba aplastado y la arena revuelta como si hubiese habido una lucha. Había sangre en la arena y en las hojas de un arbusto. No muy lejos del arbusto había una densa maleza y detrás hallamos huellas de tacones de un zapato de hombre. Jack traerá las muestras en cuanto las hayas sacado. Parecería como si el asesino hubiese estado oculto en la maleza esperándola y se hubiese abalanzado sobre ella. Su primer puñetazo probablemente le arrancó las gafas.

Terrell examinó los cristales.

—Son muy gruesos. Lepski, llévelos a los muchachos del laboratorio ahora mismo. A lo mejor estos cristales no tienen nada que ver. Consígame todos los datos que pueda de la montura —miró hacia Hess—. ¿Encontró pedazos de los cristales, Fred?

—Los traje —Hess sacó un sobre de su bolsillo y se lo entregó a Lepski, se retiró en seguida.

—Estaré en mi oficina —dijo Terrell, pensando con sentimiento en ese «algo» que lo esperaba en el horno—. Hágame llegar el informe tan pronto como lo haya pasado a máquina, Fred —y volvió a su oficina para llamar a Carolina.

Ticky Edris abrió los ojos y echó una mirada soñolienta al reloj que tenía al lado de su cama. Eran las ocho y media y la luz del sol se filtraba a través de las cortinas.

Por la puerta del dormitorio le llegaban los ronquidos de Algir. Este estaba levantado, trabajando en la llave, cuanto Edris había vuelto del restaurante «La Coquille», un poco después de las tres.

Edris se ponía nervioso cuando pensaba en la llave. Había oído decir a uno de los amigos de Garland que había cenado en el restaurante, que los Garland habían ganado más de cien mil dólares la última noche que habían ido al Casino. Aunque Mrs. Garland hubiese guardado sólo la mitad de sus ganancias, valdría la pena el trabajo que se había tomado Algir con la llave y mucho más.

Cerró los ojos y dormitó unos minutos, pero su mente estaba demasiado activa para poder dormir; entonces, arrojando la sábana, saltó de la cama.

Entró sin hacer ruido en el salón. Algir estaba durmiendo en el sofá. Se movió agitado cuando Edris entró en el cuarto de baño.

Diez minutos más tarde, después de haberse duchado y afeitado, se dirigió a la puerta de entrada para buscar la leche y el diario de la mañana.

En el momento en que Edris entraba en el salón, Algir se sentaba en la cama desperezándose.

—¿Preparó café? —preguntó.

—Sí —Edris entró en la cocina y conectó la cafetera eléctrica. Luego, apoyándose contra la pared, abrió el diario.

El titular que ocupaba todo el ancho de la hoja, lo dejó sin aliento. Tenía la boca seca y el corazón le golpeaba el pecho.

RUBIA DESCONOCIDA ESTRANGULADA EN CORAL COVE.

Sin acordarse del café que estaba empezando a hervir, Edris leyó todo lo referente al hallazgo del cuerpo, contemplando la fotografía del gordito hijo de Hess; luego, desconectando la cafetera, se dirigió andando con dificultad hasta el salón. Estaba tan furioso y fuera de sí, que sentía impulsos de matar a Algir.

Este estaba sentado en la cama. Se había puesto una ligera bata y se rascaba la cabeza, bostezando. Cuando vio la blanca cara de Edris y la ira que se reflejaba en sus ojos, se quedó helado.

—¿Qué pasa?

Sin decir nada, Edris le alcanzó el diario.

Algir leyó el titular y sintió que la sangre se le iba a la cabeza. Se puso de pie,

muy nervioso.

—¡Por Judas! —murmuró—. ¡La han encontrado! —trató de leer el artículo, pero sus manos temblaban de tal forma y sus ojos estaban tan cegados por el terror, que no pudo leerlo. Maldiciendo, arrojó el periódico al suelo:

—¿Qué dicen?

Edris se dirigió al bar y sirvió dos buenas raciones de whisky en sendos vasos.

—¿Qué dicen?, ¡maldito sea! —gritó Algir.

—¡Tranquilo! —gritó Edris—. Tómese este trago.

Algir le arrebató el vaso y se tomó el whisky de un trago. En seguida se sirvió otro.

—Me voy de aquí —murmuró—. ¡Maldito sea, Ticky! Nunca había oído hablar de su habilidad para hacer planes. Yo...

—¡Basta! —en la voz de Edris había ira concentrada—. ¡Toda la culpa es suya! Le dije que la enterrara en algún sitio seguro. ¡Enterrada! ¡Estúpido! Para que una criatura la pueda desenterrar. ¿Usted llama a eso enterrar?

Algir bebió el whisky y volvió a llenar su vaso. El whisky le quemó la garganta y empezó a recobrar un poco de ánimo. Se sentó y tomó el diario.

—La enterré perfectamente. Es mala suerte.

—¿Ah, sí? ¡Debería matarlo, imbécil! —Edris saltaba, loco de ira—. ¡Ha echado a perder el negocio más maravilloso del mundo! ¡Maldito sea! ¿Por qué no lo habré hecho yo?

Más tranquilo, Algir tomó el diario y leyó el artículo. Luego comentó:

—Bueno, parece que no saben quién es la chica y además no tienen ninguna pista. Mientras Ira siga representando su papel, ¿cómo pueden adivinar que esa perra es Norena?

Edris pudo dominar su furia. Le arrebató el diario a Algir, se sentó y volvió a leer el artículo.

—Sí —dijo por fin—. Todavía podemos tener esperanzas. Tal vez no lleguen a saber nunca quién es.

—¡Ah, no! —prorrumpió Algir presa de pánico otra vez—. Yo me voy. Ya no es un asunto seguro. Conozco a los «polizontes». Nadie los para cuando han hablado a la prensa. En este mismo momento pueden saber quién es.

—Lo más probable es que nunca descubran quién es la chica —dijo Edris—. No tienen nada a donde agarrarse. Dicen que su rostro ha sido destruido en parte por las hormigas y que lo que queda no se puede reconocer. Dicen que no tiene, señales que la puedan identificar, ni trabajos dentales. ¿De manera que cómo diablos la podrán identificar?

Algir recapacitó sobre todo esto, muy poco convencido.

—Pero suponga que hayan descubierto algo y que lo guarden para ellos.

—¿Descubierto qué? —gritó Edris—. Si supieran algo lo hubiesen publicado en el diario. Lo que quieren es identificarla, ¿no le parece?

Algir murmuró entre dientes. Terminó su whisky, luego, sintiéndose algo ebrio, empezó a andar por la habitación.

—De todos modos, me voy, Ticky. Tengo veinte mil dólares; con eso podré sostenerme. Voy a tratar de alcanzar un avión que sale para Cuba esta tarde.

Lo que menos deseaba Edris en ese momento era que Algir lo abandonara. Sin él no podía tener ninguna esperanza de conseguir el dinero de los Garland. Controlando con dificultad su furia, tomó la llave de la caja fuerte de Garland que estaba sobre la mesa y se la tiró a Algir a la cara.

—Esto puede representar cien mil billetes —chilló—. ¿Va a desperdiciar ese dinero?

Algir vaciló.

—No podemos hacer nada hasta mañana; entonces puede que sepan quién es ella. Una vez que lo sepan irán al colegio y el director les dará una descripción de mi persona. Les será muy fácil atraparme. No, ¡al demonio con el dinero! ¡Me voy, mientras la huida sea posible!

—¿Al demonio con cincuenta mil dólares? ¿Está loco? —gritó Edris, poniéndose de pie de un salto—. ¿Cuánto cree que le van a durar veinte mil dólares? Ahora escuche, Phil, haga lo mismo que yo. Nos iremos los dos mañana por la tarde. Me iré con usted a Cuba, pero tenemos que llevamos el dinero de los Garland.

Algir se quedó absorto.

—¡No lo llevaría conmigo por todo el oro del mundo! Todos los «polizontes» del país podrían reconocerlo, monstruo hediondo. Llevarlo a usted sería colgarme una señal luminosa alrededor del cuello.

Edris lo miró un largo rato, con los ojos enrojecidos llenos de odio, luego se dio cuenta que de cualquier manera tenía que persuadir a este cobarde para que cooperara con él, y al punto decidió explotar la codicia de Algir.

—Muy bien, entonces, si piensa así, me quedaré con todo.

Algir se detuvo para mirar atónito a Edris.

—¿Qué quiere decir?

—Somos socios, pero si me abandona, entonces tengo derecho a todo el dinero que consiga de la caja fuerte de Garland.

—No lo puede conseguir, ¡idiota! No lo puede conseguir sin mí.

—¿Le parece? Está equivocado. Puedo hacer que Ira me lo traiga. Está en un gran sobre. Lo único que tiene que hacer es colocar el sobre en su faja y salir con él; y lo hará, ¡maldita sea!, o se las tendrá que ver conmigo.

—Pero escuche, tonto —exclamó Algir, con mirada inquieta—. Los «polizontes» lo habrán encontrado a usted mañana por la mañana. ¿No se da cuenta de eso? Si

llegan a saber que Ira no es Norena y lo sabrán... hablará y entonces no sé cómo se las va a arreglar.

—Le estoy diciendo que no descubrirán nada tan pronto —afirmó Edris con calma—. Quiero correr el riesgo por una suma como esa. Conozco a Terrell. Es seguro, pero lerdo. Podría quedarme aquí mismo, en este apartamento, una semana más y seguiría a salvo.

Algir se sirvió otra copa. Estaba pensativo y observaba a Edris. Veía que iba a morder el anzuelo.

—¿De veras piensa así? —preguntó Algir, volviéndose a Edris.

—Por supuesto que pienso así. No se imagina que voy a arriesgar mi pescuezo si no estuviera seguro.

Algir bebió el whisky de un solo trago. Se decía que sería una locura dejar que Edris consiguiera esos cien mil dólares, cuando la mitad, en justicia, le pertenecía a él.

—Bueno, tal vez esperaré hasta mañana —anunció con más calma—. Puedo tomar el avión de mañana.

—Si todavía está nervioso, tome el de hoy —dijo Edris, muy satisfecho de sí mismo—. Además, podría gastar su parte, Philly muchacho. Puede irse ahora.

—¡Cállese, maldita sea! —exclamó Algir—. La mitad de ese dinero me pertenece y lo lograré.

—Bueno, muy bien, ¡si su maldita mente se ha dado cuenta de las cosas! —dijo Edris; volvió a la cocina y empezó a hacer más café.

Tenía que convencer a Algir, pensaba, pero maldecía el día en que lo conoció. Algir tenía razón. En cuanto obtuvieran el dinero debían abandonar Paradise City. Los «polizontes» podían pescarlo con toda facilidad. No tenía más que asomarse a la calle para que cualquiera lo reconociera. Pero aún había una posibilidad de que la policía no identificara a la chica. Debía irse y esperar. Si no sucedía nada regresaría después de unos meses. Ira estaría todavía en el banco. Podría encontrar a otro para reemplazar a Algir. Su plan no había fracasado por completo.

¿Pero dónde ir hasta que estuviese seguro? ¿A México? Era una buena idea. Sirvió café en dos tazas. No era que le faltara dinero. Podía pasarlo muy bien en México. Y si Algir en realidad se imaginaba que iba a conseguir su parte, ¡qué sorpresa iba a tener!

Todo lo que Algir iba a recibir, por haber querido ser un héroe, era una buena paliza.

Para algunos, este cálido domingo pasó con mucha lentitud; para otros, con toda rapidez.

Ira pensaba que el día no terminaría nunca. Poco después de las diez, Mel había

salido a encontrarse con Joy. Tenían proyectado pasar el día en la cabaña de la playa. Le preguntó a Ira si quería acompañarlos, pero le había contestado negativamente.

—Vosotros dos, tortolitos enamorados, queréis estar solos.

Yo estoy bien —le había dicho con una alegría que estaba lejos de sentir—. Voy a ir al club.

Cuando Mel salió se dirigió a su cuarto y se sentó al lado de la ventana abierta. Tenía doce días por delante antes de irse. Todavía no estaba segura de lo que haría. No la asustaba el porvenir. Sabía cómo cuidarse, pero sentía una profunda amargura por tener que dejar a Mel, esta casa y su cuarto.

Encendió un cigarrillo y colocó sus pies en el antepecho de la ventana. La desesperaba pensar que Edris y Algir se fueran con el dinero que les había ayudado a robar, pero no podía hacer nada para evitarlo; cualquier cosa que hiciese le crearía dificultades. Por lo menos, al irse, impediría que sustrajeran más dinero. Pero durante doce días más tendría que conseguir moldes de llaves para ellos, y eso era lo que la preocupaba.

Después de mucho pensarlo, decidió lo que haría cuando Mel y Joy se fuesen a su luna de miel. Debería ir conduciendo el auto hasta la cabaña de la playa, volver a ponerse la ropa con que había llegado a Paradise City, teñirse el cabello de negro, abandonar el auto y andar por la carretera donde podría tomar un autobús hasta Miami. Desde allí podría tomar otro hasta Texas. Con el dinero que había ahorrado, no tendría problemas y una vez allí conseguiría un empleo.

El día pasaba lentamente para Algir, que estaba sentado al lado del aparato de radio, escuchando las noticias que se propalaban, con miedo de salir y maldiciéndose por haberse asociado con Edris.

A eso de las diez llamó al aeropuerto y reservó un billete para el vuelo de la tarde siguiente a La Habana. Hizo su maleta. Luego, sin nada más que hacer, volvió a sentarse ante la radio, sudando y leyendo y releendo en los periódicos los artículos referentes al hallazgo del cuerpo de Norena.

Edris tenía mucho más dominio sobre sus nervios. Salió del apartamento mientras Algir estaba llamando al aeropuerto. Se dirigió al restaurante «La Coquille», donde encontró al maître organizando el menú de la noche. Le dijo que debía irse a Nueva York, donde un viejo amigo se estaba muriendo y preguntaba por él. Louis le dijo que podía irse si deseaba hacerlo, pero que no esperase que se le pagara mientras estuviera ausente.

—Muy bien —dijo Edris, con el deseo vehemente de escupirle la cara, pero decidido a guardar las apariencias hasta el final—. Comprendo muy bien. Volveré lo

más pronto que pueda, pero podría ser que estuviese fuera unos diez días. Siento mucho, míster Louis, dejarlo así.

Cuando el maître no lo podía ver, le hizo un gesto obsceno desde la puerta antes de encaminarse hacia donde había dejado su auto estacionado. Condujo hasta el aeropuerto y reservó un asiento en el vuelo a México del día siguiente.

Eran las doce del día. Volvió en el auto a Paradise City, estacionó su Mini y entró en un bar cercano. Pidió un whisky doble con hielo y un sandwich de pollo y jamón. Mientras estaba comiendo, Bert Hamilton del «Sun» se acercó a él.

—Hola —exclamó Hamilton, sentándose junto a Edris—. ¿Cómo está mi bufón?

Edris se sonrió.

—Arrastrándome. ¿Y usted cómo está?

—Pésimamente —Hamilton pidió un whisky solo—. Estuve levantado casi toda la noche con ese asunto del asesinato. ¿Leyó algo?

—Sí, claro —Edris terminó su copa y pidió otra—. Siempre leo su jerga, Bert, ¿Qué novedades hay?

—Hasta ahora, nada. Nadie sabe quién es la chica. Entre usted y yo, no creo que lo vayan a descubrir, pero no me haga caso. Sea quien sea, debe haber venido de muy lejos. La policía ha pedido informes en Florida de un extremo a otro; no ha desaparecido ninguna chica cuyas señas coincidan con la que buscamos. De manera que ahora están tendiendo la red. Podría venir desde Nueva York... o de cualquier otra parte.

—El capitán Terrell es un hombre inteligente —dijo Edris—. Si alguien la puede encontrar tiene que ser él —miró inquisitivamente a Hamilton—. ¿De manera que no tienen ni una simple pista?

Hamilton, a quien no le habían dicho nada de las gafas, sacudió la cabeza:

—Ni una... ninguna seña particular, ningún trabajo dental, las impresiones digitales no sirven, ninguna cicatriz en el cuerpo... nada de nada.

Edris terminó su copa y bajó del taburete. De pronto se sintió relajado y tranquilo.

—Bueno, me voy. Hasta pronto, Bert —y sacudiendo la cabeza salió saltando del bar.

El día se arrastraba para Jess Farr. Lo pasó en un lugar desierto de la playa. Tenía miedo de que alguien pudiese verlo. Sería mucho más seguro para él, razonaba, después de planear lo que iba a hacer la mañana siguiente, que nadie pudiera reconocerlo. También se acordaba de lo que Ira le había dicho; que los «polizontes» lo detendrían por ir vestido de esa manera. No iba a permitir que eso sucediera si podía evitarlo.

De manera que decidió quedarse en la playa y dormir en el auto alquilado. Había traído comida. Nadó, fumó y bebió demasiado. Odiaba estar solo. Le parecía que el

día no iba a terminar nunca.

El día pasó demasiado rápido para el personal de la sección de Homicidios. Todos los hombres disponibles del cuartel de policía se habían dedicado a la búsqueda de informaciones referentes a las gafas rotas. Los muchachos del laboratorio habían traído poca información útil, considerando lo que se habían movido.

A las siete y cuarenta y cinco, Terrell todavía estaba sentado ante su escritorio. Beigler y Hess estaban con él. Los tres hombres tomaban café y fumaban. Terrell hojeaba por tercera vez el informe del laboratorio. Parecía que estuviera tratando de exprimirlo para sacar alguna información más que no existía. Los muchachos del laboratorio habían examinado los dos cristales rotos. Afirmaron que el dueño de las gafas padecía astigmatismo y debía usarlas de forma permanente. El ojo derecho estaba más afectado que el izquierdo. Esto podía proporcionar una pista e hizo renacer las esperanzas de Terrell.

Había mandado tres de sus hombres a las casas de óptica dentro de un radio de ciento cincuenta kilómetros, para, empezar.

—No importa que sea domingo. Averigüen dónde vive el dueño y consigan que abra la tienda —dijo Terrell—. ¡Quiero saber a quién pertenecían estas gafas, y lo quiero saber hoy mismo!

Le había dicho a Jacoby que llamara a los hospitales y a los oculistas registrados en la sección profesional de la guía telefónica.

Otros tres hombres trataban de encontrar la casa que había fabricado la montura plástica de las gafas. Tampoco fue una tarea fácil, pues las fábricas cerraban los fines de semana, pero Terrell no quería que se le hiciese ninguna observación.

Tomó el informe de las huellas de tacones halladas cerca de Carol Cove. El informe era breve, pero interesante. El hombre a quien pertenecían debía tener seis pies de estatura y pesar unas 190 libras. Los zapatos número diez que usaba, estaban prácticamente nuevos. Habían sido comprados en «The Man's Shop», una tienda elegante de Paradise City. Un oficial de policía había ido a tratar de encontrar al empleado que había vendido en las últimas semanas un par de zapatos como aquéllos.

Poniendo a un lado el informe, Terrell dijo:

—¿Cuál será su próximo paso, Fred?

—Creo que iré a Coral Cove a ver qué están haciendo los muchachos. Ahora hay bastante luz para dar un buen vistazo. ¿Le parece bien, Jefe?

Terrell movió la cabeza asintiendo, y cuando Hess se fue se sirvió más café en el vaso de cartón y levantó la vista hacia Beigler.

—Tenía la esperanza de que surgiera algo después de la transmisión de anoche.

—La del sábado es mala noche. La mayor parte de la gente está fuera. La van a repetir dentro de cinco minutos. Me vuelvo a mi escritorio —dijo Beigler,

dirigiéndose hacia la puerta.

Después de irse, Terrell sacó de un cajón de su escritorio una toalla y la máquina de afeitar y se dirigió al lavabo de hombres.

Beigler encontró a Lepski sentado en el cuarto de detectives, fumando y dormitando. Jacoby estaba hablando por teléfono.

Cuando Beigler se sentó y encendió un cigarrillo, Jacoby colgó el receptor y se dirigió a su silla.

—El doctor Hunstein tiene dos pacientes cuyos ojos coinciden con nuestra descripción —dijo—; Una chica de veintitrés años y otra de veinticinco. Las dos son rubias. Las dos son de aquí.

—Averigüe si han desaparecido y si alguna vez han usado gafas de plástico azul —indicó Beigler; luego miró a Lepski en el momento que Jacoby empezaba a marcar—. Puede ser que esas gafas no tengan nada que ver con la muerta. ¿Pensó en eso?

—A usted le pagan para pensar, sargento —dijo Lepski con una sonrisa—. A mí sólo me pagan para mover las piernas.

Diez minutos de conversación con Jacoby le hicieron llegar a la conclusión de que ninguna de las chicas había desaparecido y que tampoco ninguna de ellas usaba gafas de plástico azul.

—Anote esto —dijo Beigler, trazando una línea debajo del nombre del doctor Hunstein.

El teléfono empezó a sonar. Beigler suspiró y levantó el receptor. Entonces comenzaron una cantidad de informes inútiles, inspirados por la llamada hecha por radio, que tuvieron que ser oídos por Beigler el resto de la mañana.

A la hora del almuerzo Terrell comió un sandwich y luego decidió ir a Coral Cove para ver qué estaba haciendo Hess. Cuando subía al auto pensó que esa mañana había pasado volando y que, sin embargo, estaban tan lejos de saber quién era la chica, como si la hubiesen pasado cómodos y tranquilos en su casa.

Permaneció dos horas con Hess. Cada pulgada de las lomas y los terrenos adyacentes fueron examinados y no se halló ningún rastro.

—¡Qué muerto! —gruñó Hess, secándose la cara sudorosa—. Me vuelvo con usted, Jefe. Tal vez ahora encontremos algún indicio en esas gafas.

De vuelta en la comisaría hallaron a Beigler con la primera de las listas de nombres y domicilios que habían llegado.

—Créase o no, tenemos treinta y dos chicas entre los quince y los veinticinco años que usan gafas —informó a Terrell—. Tres de ellas viven aquí. Diez en Miami. Doce en Jacksonville. Tres en Tampa y el resto en los Keys. Ninguna figura como desaparecida, pero eso no quiere decir que no hayan desaparecido.

Terrell gruñó:

—Que Max se ocupe de esto. Que averigüe si usaban gafas permanentemente.

Beigler le dio la lista a Jacoby, quien se dirigió hacia el teléfono, con expresión de resignación en el rostro.

—En este momento viene para aquí un sujeto que puede ser interesante —siguió diciendo Terrell—. Dice que ha visto a una chica y a un hombre que iban en auto hacia Coral Cove a eso de las ocho de la mañana, el diecisiete del mes pasado. Eso sería hace seis semanas.

La cara de Terrell estaba resplandeciente.

—Espléndido. Cuando llegue, tráigalo a mi oficina —viendo que Lepski iba a encender un cigarrillo, le dijo—: Échele una mano a Max con esta lista. Quiero que se haga algo en seguida.

Cuando se fue, Lepski arqueó las cejas.

—Parece que el viejo está preocupado —dijo.

—¡Me está preocupando a mí! —exclamó Beigler—. ¡Vamos! ¡Hagan algo!

Lepski se acercó a Jacoby y tomó otro teléfono. Examinó la lista de nombres y direcciones, luego dijo:

—¡Eh, Joe! ¿Se fijó si esa chica Devon está en esta lista?

Beigler lo miró, con una expresión de exasperación en los ojos.

—Sí. Sé leer. ¿Qué tiene que ver eso? Sabemos que no ha desaparecido. ¿Entonces, qué?

Lepski apagó su cigarrillo y encendió otro antes de decir:

—Sólo quiero decir que no usaba gafas.

—¿Qué? —exclamó Beigler—. ¡Ocúpese de eso, Tona, por el amor de Dios! Lo malo de usted es que prefiere dormir a trabajar.

—Dije que no llevaba gafas, Joe —dijo Lepski, con mucha paciencia—. La he visto cuatro o cinco veces conduciendo su auto... ¡No llevaba gafas!

Beigler se quedó mirándolo con súbito interés en la mirada. Se acercó y tomó el informe referente a los cristales. Luego volvió a mirar muy pensativo a Lepski.

—Me gustaría dormir —dijo Lepski en tono resentido—, pero soy un buen «polizonte». ¿Todavía no contestan, Joe?

—Dicen aquí que el dueño de las gafas tenía que usarlas permanentemente —dijo Beigler frunciendo el ceño—. ¿Usted dice que su nombre estaba en la lista que nos facilitó el doctor Weidman y que no usaba gafas?

—Poco a poco, va llegando, Joe. Tenga cuidado de que no se le vaya a romper una vena del cerebro.

Beigler se puso de pie y se dirigió hacia donde estaba sentado Lepski. Tomó la lista y se puso a estudiarla.

—Está bien. Norena Devon, Graham Co-Ed School, Miami —sacó la mandíbula—. Puede ser una equivocación. Voy a hablar con Weidman.

Se dirigió otra vez a su escritorio y pidió una comunicación con la oficina del

doctor Weidman, en Miami.

La enfermera que contestó dijo que el doctor Weidman no estaba y no volvería hasta las veintiuna. Parecía un poco extrañada de que alguien quisiera hablar con el doctor un domingo, una tarde tan buena y llena de sol como ésta.

—Policía de Paradise City —dijo Beigler—. Necesito algunos datos de uno de los pacientes del doctor Weidman.

—No creo que pueda discutir de los pacientes del doctor Weidman con cualquiera por teléfono —dijo la enfermera con expresión hostil—. Tiene que venir en persona y ver al doctor si necesita alguna información —y cortó.

—¡Bestia! —dijo Beigler y colgó el receptor de un golpe—. Hola Tom, vaya a Miami y busque al doctor Weidman. No podemos esperar hasta que vuelva. Hable con él. Ya sabe lo que necesitamos.

Lepski se puso de pie de un salto. Cualquier cosa era mejor que permanecer en el recalentado cuarto de detectives.

—Muy bien, sargento, lo encontraré —dijo y salió corriendo.

El teléfono empezó a sonar.

Charley, el sargento recepcionista, informó:

—Joe, aquí está míster Harry Tullas. Dice que usted quería verlo.

Tullas era el hombre que había llamado por teléfono, diciendo que había visto una chica y un hombre que iban juntos en auto hacia Coral Cove.

—Hágalo subir, Charley —contestó Beigler.

Harry Tullas era un hombre alto, corpulento, que llevaba un traje corriente pero muy bien planchado. En el momento que Beigler entraba y le daba la mano, pensó que Tullas tenía que ser marino y tenía razón.

—Gracias por haber venido, míster Tullas —dijo—. El Jefe quiere verlo. ¿Quiere venir conmigo?

—Encantado —dijo Tullas—. Espero no hacerles perder tiempo.

Beigler lo acompañó hasta la oficina de Terrell y lo hizo entrar.

—Siéntese, míster Tullas —invitó Terrell, señalándole una silla—. Tengo entendido que cree que puede ayudarnos.

—Escuché eso en la transmisión de esta mañana. Me acorde de esa chica... de manera que pensé que no me costaba nada llamarlos.

—Ojalá todos tuvieran su espíritu de colaboración —dijo Terrell con sentimiento—. ¿Quiere un poco de café?

—No, gracias, nunca lo pruebo.

Respondiendo a una señal de Terrell, Beigler sirvió dos tazas de café: una para Terrell y otra para él. Los dos hombres trabajaban mejor tomando café.

—Bueno, ahora, míster Tullas...

—Represento a los productos Meller, capitán —dijo Tullas—. Ramo de

almacenes. Visito los pequeños almacenes que hay en el camino de Miami hasta Key West. El diecisiete del mes pasado empecé mi trabajo muy temprano. Salí de Miami a las siete y media de la mañana...

—Un momento, míster Tullas. Empecemos por el principio. ¿Tenemos su dirección? —interrumpió Terrell.

—Biscayne Street 377, Miami.

—Gracias. Ahora empiece.

—Tomé la carretera principal y me dirigí hacia Seacombe, donde tenía que hacer un par de visitas —continuó Tullas—. El tránsito estaba muy denso. Delante de mí había un Buick Roadmaster convertible con la capota bajada. Lo conducía un hombre y a su lado iba una chica rubia. Íbamos a una velocidad de ochenta kilómetros por hora. Entonces, de repente, el tipo indicó que iba a doblar a la derecha. Tuve que frenar en forma inesperada, porque no esperaba que doblara a la derecha.

—¿Por qué? —preguntó Terrell.

—Todo el tránsito se dirigía a Seacombe. El camino que tomó ese sujeto es un camino de tierra de Coral Cove. La gente no va a Coral Cove durante la semana. Ese camino no lleva a ninguna otra parte más que al mar. Es un lugar de fin de semana. Yo voy algunas veces con los chicos, los domingos.

—¿Qué hora sería?

—Poco después de las ocho. Los dos iban vestidos de playa. Me pareció un poco extraño. Entonces, cuando oí el comunicado de la radio, pensé que tenía que llamarlos.

—Hizo bien. ¿Tomaron ese camino y usted los perdió de vista?

—Sí, pero más tarde volví a ver al hombre en Seacombe.

—Dígame algo de la chica. ¿Podría describírmela?

—Parecía tener alrededor de diecisiete a dieciocho años. Llevaba una camisa blanca y un sombrero negro. ¡Ah, sí!... llevaba gafas con montura azul.

Terrell y Beigler se miraron.

—¿Dice que volvió a ver al hombre?

Sí. Había hecho mis visitas en Seacombe y estaba en la terminal de autobuses, llenando el depósito. Ese tipo llegó cerca de donde estaba parado. Reconocí el auto y lo reconocí a él. Se bajó y se dirigió hacia donde estaba sentada una joven.

—Un momento, míster Tullas. ¿Y qué pasó con la otra chica?

—Esta vez no iba con él.

Terrell y Beigler se volvieron a mirar.

—¿Dice que invitó a otra chica?

—Así es —Tullas sonrió—. Soy un hombre casado, respetable, con tres criaturas, capitán, pero esa chica, en realidad, atrajo mi atención. Estoy seguro que cualquier hombre que se encuentre con ella la tiene que mirar. Tenía más sex-appeal que

cualquiera de esas que uno ve en las revistas. Bueno, ese sujeto se dirigió a ella y le dijo algo. Ella también le dijo algo a él. No sé lo que le diría, pero fuese lo que fuese, él se puso furioso. Con el rostro encarnado, se dio la vuelta y regresó al auto. Nunca he visto un sujeto ponerse tan furioso en un instante. Me interesaba, comprenderá, porque lo había visto ir por el camino de tierra con una chica y ahora estaba con otra. Bueno, como digo, se puso furioso y por un momento llegué a pensar que esa muchacha tan atractiva le había dejado plantado; pero no fue así; ella se levantó, fue tras él y subió al auto. Arrancaron, dirigiéndose a Paradise City. Esa fue la última vez que los vi.

—¿Se acuerda del número de la matrícula del auto?

—En realidad no me acuerdo. No me interesaba el auto. Era un Buick Roadmaster convertible. Eso es todo lo que le puedo decir.

—¿Color?

—De dos tonos: rojo y azul.

—¿Nuevo?

—Más o menos un año.

—¿Y ese hombre? ¿Me lo puede describir?

—Por supuesto. Parecía un funcionario judicial. Tenía más o menos seis pies de estatura y anchos hombros; pesaría alrededor de ochenta y seis kilos, según mis cálculos. Elegante, rubio, quemado por el sol. Tenía un bigotito corto. Llevaba un sombrero de paja marrón y un traje más claro: bien vestido.

Beigler, de pronto, se sentó. Algo había surgido en su memoria.

—Míster Tullas, ¿qué edad podía tener ese sujeto?

—Treinta y ocho... cuarenta.

—¿Hay algo más que haya podido notar en su rostro; alguna seña particular?

Tullas frunció el ceño.

—No sé lo que quiere decir con seña particular... —tenía un hoyuelo en la barbilla: algo que le daba aspecto agradable— sabe lo que quiero decir... como un actor de cine.

Beigler levantó el receptor del teléfono, mientras Terrell lo miraba expectante.

—¿Max? Consígame esa foto de Phil Algir que nos mandó la policía de Nueva York. Usted sabe... de ese convicto —dijo Beigler.

—¿Algir? —dijo Terrell, alzando sus pobladas cejas—. Beigler volvió a colgar el receptor.

—Puede haber un error, pero la descripción concuerda. Desapareció de Nueva York mientras estaban preparando una orden de arresto. Podría ser que fuese él.

—Mientras esperamos... ¿podría describirnos a esa chica que iba con él? —preguntó Terrell a Tullas.

—¡Claro que sí! Primero la vi a ella mientras estacionaba mi auto para hacer una

visita. Ella bajó del autobús del aeropuerto de Miami, se dirigió a un banco y se sentó. Me fijé porque tenía ese modo de caminar tan particular —Tullas se sonrió—. Nunca he visto nada igual desde la Monroe.

—¿Qué edad podría tener?

—Unos dieciocho... diecinueve. Tenía poco más o menos un metro cincuenta y era muy esbelta. Llevaba puesta una chaqueta de gamuza verde oscuro y pantalones negros ajustados. Tenía un pañuelo de seda blanco.

—¿Bajó del autobús del aeropuerto?

—Sí. Todavía estaba sentada en el banco cuando terminé mi visita. Entonces llegó ese sujeto...

Jacoby entró, puso un expediente sobre el escritorio y se fue.

Beigler tomó una fotografía que habían mandado junto con el expediente y la puso delante de Tullas.

—¿Es éste? —preguntó.

Tullas se quedó mirando la fotografía, luego asintió con la cabeza.

—Sí... ¡es él!

Cuando Tullas se hubo ido, Terrell dijo:

—Parece que hemos conseguido algo. Hay que encontrar a Algir, Joe. Tal vez todavía esté aquí, pero lo dudo. Dígale a Hess que lo necesito.

Hess entró en la oficina de Terrell unos minutos después. En forma breve, Terrell le refirió lo que Tullas había dicho.

—No sé quién será la chica que iba con Algir, pero búsquela. Nos puede conducir hasta él. Bajó del autobús del aeropuerto un poco después de las ocho y cuarto. Debe haber llegado en el vuelo de Nueva York. Averígüelo, Fred Hess entró en la oficina de Control del aeropuerto de Miami. Una joven dejó de escribir a máquina y lo miró.

—De la policía de Paradise City —dijo Hess y mostró su credencial. Mientras la joven se ponía, de pie y se acercaba al mostrador que dividía el cuarto, prosiguió—: Quiero ver la lista de pasajeros del avión de Nueva York que llegó aquí a las siete y media, el diecisiete del mes pasado.

—Sí, señor. Puedo proporcionársela.

Ella salió y Hess se sentó en un banco. Había dejado a Terrell hablando por teléfono con la policía de Nueva York. Se había organizado la cacería de Algir. Lo que intrigaba a Hess, después de haber leído el expediente de Algir, era que se hubiese vuelto asesino. No había actos de violencia en su largo expediente policíaco. Algir era un delincuente tranquilo. Nunca había hecho uso de la violencia.

La empleada volvió con la lista de pasajeros.

—Puede quedarse con ella, señor —dijo entregándosela a Hess.

Estudió los treinta y dos nombres. Uno de ellos le llamó la atención y frunció el entrecejo.

Ira Marsh.

Era condenadamente raro, pensó. ¿Marsh? ¿Sería una coincidencia? Muriel Marsh. ¿Parientes?

—¿Tiene algún dato de esa mujer Ira Marsh? —le preguntó a la empleada que lo estaba observando con interés.

—Tengo una copia de su billete, si eso puede serle útil.

—Sí... déjeme verla.

Se dirigió al archivo y después de unos veinte minutos trajo la copia. Así se enteró de que Ira Marsh viajaba sola y que vivía en East Battery Street, 579, Nueva York.

—Gracias —dijo Hess, salió de la oficina y se dirigió a la puerta del Control de Policía.

Una hora y media después estaba de vuelta en el cuartel de Policía, informando a Terrell.

—La joven que vio Tullas en la terminal de autobuses de Seacombe es Ira Marsh —dijo, y se sirvió una taza de café—. Los muchachos del Control se acordaban de ella. Parece que llamó la atención de muchos hombres. Ira Marsh iba en el avión de Nueva York. Tomó un autobús del aeropuerto a Seacombe. Lo principal es saber quién es Ira Marsh. Tenemos su dirección. ¿Y si llamamos a Nueva York para averiguar algo más de ella?

—Vaya —dijo Terrell—, y en seguida. Averigüe si tenía alguna relación con la mujer de Devon. Puede ser que haya venido al entierro, pero ¿qué estaba haciendo con Algir?

Hess acababa de abandonar la sala cuando Beigler y Lepski entraron.

—Tom consiguió un dato que puede ayudarnos bastante, Jefe —dijo Beigler—. Entre los nombres de las chicas que podían haber usado esas gafas está el de Norena Devon. Lepski ha visto varias veces a la joven conduciendo un auto durante la semana pasada. Dijo que no usaba gafas. Le mandé a que hablara con el doctor Weidman, que se las recetó. Tráigamela, Tom.

—Bueno, vi al sujeto —dijo Lepski—. No hay error posible. Norena Devon tenía astigmatismo. En el ojo derecho más que en el izquierdo. Le enseñé los cristales al doctor y me dijo que los habían hecho con una receta suya. Me dio el nombre de la óptica, pero el empleado que vendió las gafas está fuera durante el fin de semana. Estará de vuelta el martes por la mañana.

Terrell se rascó la nuca, mirando a Lepski.

—No entiendo nada de todo esto. ¿Por qué están perdiendo el tiempo con esto, cuando sabemos que miss Devon no ha desaparecido?

Lepski se apoyó en el otro pie.

—Me pareció que era algo extraño. Miss Devon no usaba gafas.

—¿Quiere decir que nunca las usó?

—No quiero decir eso, pero de acuerdo con el doctor, tenía que ser medio ciega, si necesitaba usar semejantes gafas permanentemente.

—¿No sabe que a las chicas no les gusta usar gafas? —dijo Terrell con impaciencia—. A lo mejor iría medio ciega... las chicas son así.

—Conducía el auto sin ellas.

—Muy bien, muy bien, hablaré con el padre cuando tenga tiempo. Ahora, por el amor de Dios, Tom, ocupémonos de cosas importantes —miró su reloj—. Son cerca de las nueve y voy a perderme el nuevo boletín de noticias. Haga que salga la descripción de Algir en el boletín de noticias de mañana a las siete y treinta de la mañana. Tome esa foto y empiece a averiguar en los hoteles. Vea si está en la ciudad. ¡Vamos!

Lepski tomó la fotografía, cambió una mirada con Beigler y se fue.

—Además, Joe —dijo Terrell—, no mande gente para trabajos que no sean de mucha importancia, cuando necesitamos a todos los hombres que podamos conseguir para buscar a Algir. Usted podría ocuparse de algo más útil que de la hija de Devon.

—Sí, Jefe —dijo Beigler, cabizbajo—. Pensé que era extraño...

—Muy bien... ¡olvídese de eso! —exclamó Terrell—. ¿Qué le parece si llamara a ese enano, Edris, y averiguara si Muriel Devon alguna vez le mencionó a esta chica, Ira Marsh?

—A esta hora debe estar en el restaurante.

—Véalo allí —Beigler volvió a su escritorio. Hess acababa de colgar el receptor.

—Han mandado a alguien a East Battery Street y luego volverán a llamar —dijo, bostezando y levantándose para desperezarse—. Parece que tendremos que trasnochar otra vez.

Beigler gruñó. Marcó el número del restaurante «La Coquille». A los pocos instantes contestó Louis, el maître.

—Policía de Paradise City. Deseo hablar con Edris —dijo Beigler.

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—En Nueva York. No volverá antes de diez días. Se fue a visitar a un amigo que está muriéndose.

—Bueno, por lo menos ha conseguido un amigo —dijo Beigler y colgó.

—¿Sabe lo que me intriga? —dijo Hess—. Que Algir se convirtiera en asesino. Es raro que un convicto haga eso. ¿Cuál será el motivo? Tiene que haber sido por un asunto de mucha importancia.

Beigler se acercó el teléfono.

—Usted preocúpese de eso —dijo—. Yo tengo mis propias preocupaciones —llamó al Servicio Nocturno de General Motors. Cuando le contestaron, dijo—: Policía

de Paradise City. Estoy tratando de seguir los rastros de un Buick Roadmaster convertible. De dos tonos: azul y colorado, probablemente último modelo. ¿Tiene alguna noticia?

—En este momento tenemos en el garaje tres autos como el que nos describe —le contestó el hombre.

—El dueño tiene un metro ochenta de altura; es fornido, de ojos azules, cabello rubio y va elegantemente vestido.

—¡Ah!, por supuesto. Lo conocemos. Míster Harry Chambers. Está aquí de paso.

—¿No tiene ahí su auto? —preguntó Beigler, sentándose en el borde de la silla.

—No. Se fue la semana pasada. Desde entonces no lo he vuelto a ver.

—¿Le debe algo?

—No sé. Me voy a fijar. Espere un poco.

Beigler se echó para atrás y le hizo un guiño a Hess.

—Primer impacto. ¿Quién le dice que no soy un detective endiabladamente bueno?

—Suerte —le dijo Hess en voz baja.

La voz del hombre volvió a hacerse oír en el teléfono.

—No. Pagó el día nueve. Nuestro empleado cree que debe haber abandonado la ciudad.

—¿Sabe su dirección?

—Estaba en el Regent.

—¿Se acuerda si el sujeto tenía un hoyuelo en la barbilla?

—Por supuesto. Lo bastante grande como para ocultar una bolita.

—Gracias —dijo Beigler y sonriendo feliz colgó el receptor—. Está en el Regent o estuvo allí y Tom se está matando para tratar de encontrarlo.

Hess tomó el teléfono. Llamó a la central de radio y pidió que le comunicaran con Lepski al instante; a éste le dijo que fuese al Regent Hotel.

Lepski tomó el mensaje mientras conducía por la Avenida. Dobló en la primera calle y se dirigió al Regent Hotel.

Diez minutos después llamó a Terrell.

—Algir abandonó el Regent el día nueve; no dejó ninguna dirección. Parece que se ha ido de la ciudad.

—Puede haberse encontrado mal de fondos. Empiece a buscar en lugares más baratos —dijo Terrell—. Tal vez esté aún aquí.

—Sí, señor —dijo Lepski, y colgó el receptor con un gemido.

Ticky Edris salió de la cocina con una cafetera que colocó sobre la mesa. Había dormido mal y estaba de mal humor. Había pasado toda la noche acostado en la oscuridad y reflexionando sobre su porvenir. Odiaba que le forzaran a abandonar su apartamento, y todo porque Algir era un irresponsable hijo de perra. Echó una mirada, llena de odio, a Algir, con los ojos entrecerrados, mientras servía café en dos tazas.

Algir estaba sentado en el sillón, fumando. También había dormido mal y tenía negras ojeras bajo los ojos. Se quedó mirando hacia el reloj, esperando con impaciencia que fuesen las siete y treinta y cuatro para oír el nuevo boletín de noticias.

—¿Todavía no han llegado los diarios? —preguntó tomando su taza de café.

—No —Edris se dirigió al bar y agregó una buena medida de brandy a su café.

—Deme un poco de eso —dijo Algir.

Edris le pasó la botella y mientras Algir se servía brandy en la taza volvió a mirar el reloj. Eran las siete y veintisiete.

¿Se habría parado el reloj? Observó su reloj de pulsera y gruñó con impaciencia.

—Por Dios, ¡tranquilícese! —dijo Edris irritado—. ¡Ya le dije que estábamos seguros! Hamilton me dijo que los «polizontes» no tenían ninguna pista. No creo que lleguen a saber nunca dónde está la chica.

—¡Ese holgazán! ¿Qué sabe de esto? —Algir sorbió su café; luego, inclinándose hacia delante, conectó la radio.

Los dos hombres escuchaban con impaciencia el final de la propaganda y con más impaciencia aún las noticias políticas. Luego, por fin, pusieron toda su atención cuando el locutor continuó diciendo: «Ha habido novedades en el caso del asesinato de Coral Cove. La policía quiere entrevistarse con Phillip Algir, alias Harry Chambers, cuyo último domicilio conocido es el Regent Hotel, en Paradise City; cree que puede ayudarla en su investigación. Los datos de Algir son los siguientes: Estatura: un metro ochenta. Peso: ochenta y seis kilogramos. Ancho de hombros, rubio, bigotito, ojos azules y un profundo hoyuelo en la barbilla. La última vez que fue visto llevaba traje claro y un sombrero de paja color, chocolate con una banda colorada. Conduce un Buick Roadmaster convertible, de dos tonos, colorado y azul, número de matrícula: NY 5499. Si alguien tiene alguna información concerniente al paradero de esta persona, haga el favor de llamar por teléfono al cuartel de Policía: Paradise 0010, con la mayor urgencia».

Los dos hombres se quedaron como estatuas, durante unos treinta segundos, mientras una música de baile llenaba el pesado silencio que se había producido entre ellos. Entonces Algir, de pronto, volvió a recuperar el sentido. Murmurando una

maldición, arrojó su taza de café a Edris. La taza se hizo pedazos contra el pecho de éste, salpicándole la cara con café caliente.

—¡Imbécil! —gritó Algir, poniéndose de pie de un salto—. Lo mataré. ¡Maldito sea! ¡Le arrancaré el corazón!

Edris saltó del sofá en el momento que Algir se lanzaba sobre él. Rápido como un lagarto, esquivó las manos de Algir y se precipitó a su dormitorio, cerrando la puerta de un golpe y echando la llave.

Blasfemando, Algir se echó sobre la puerta golpeando con el hombro el panel. La puerta se movió, pero resistió. Volvió atrás jadeante, observando la puerta, con las manos crispadas. Luego sintió el impacto que le había producido el boletín de noticias y estuvo a punto de rendirse. Se sentó, tragando bilis, con el cuerpo helado, un sudor frío bañándole la cara, los dientes castañeteándole.

En su dormitorio, con un miedo indecible, seguro de que Algir lo mataría si podía llegar hasta él, Edris se abalanzó a su cómoda, abrió de un tirón el cajón más bajo y buscó desesperado la pistola automática que guardaba allí. No la podía encontrar. Tirando todo fuera del cajón, se aseguró de que la pistola no estaba allí. Algir debía haberla sacado, pensó. No podía ser nadie más que Algir. Temblándole las piernas, se sentó en la cama, mirando fijamente la puerta, como un pájaro aterrorizado, hipnotizado por una serpiente.

Sólo cuando Algir se bebió media botella de brandy y pasaron unos veinte minutos, empezó a recobrar el ánimo.

Todavía no lo habían arrestado, se decía a sí mismo. Estaba en un terrible aprieto, pero todavía tenía una probabilidad, usando la cabeza. Los «polizontes» estarían vigilando el aeropuerto y la estación de ferrocarril. Estarían buscando su auto por carreteras. Ya no podía contar con el vuelo a La Habana. Aunque no estuviesen vigiladas las carreteras, no se animaba a utilizar el Buick, que en ese momento estaba bien seguro, oculto en el garaje de Edris.

Bueno, este maldito enano lo había metido en esto y ¡ahora tenía que arreglárselas para salir del apuro!

Se puso de pie y se dirigió a la puerta del dormitorio.

—Muy bien, Ticky —dijo—. ¡Salga de ahí! No lo voy a tocar. Tenemos que hablar sobre esto. ¡Venga acá!

—Me quedaré aquí —dijo Edris. Se estaba poniendo una camisa seca—. No le creó.

—No sea tonto. Estamos perdiendo tiempo. Los dos estamos metidos en este lío. Tenemos que hablar.

Edris titubeó. La voz de Algir parecía ahora tranquila. Sabía que los enfados de Algir se iban tan pronto como venían, pero hubiese querido tener su pistola. Se puso otro traje; luego, cuando Algir le volvió a gritar que saliera, abrió la puerta con

mucho cuidado.

Este estaba parado en medio de la habitación. En su mano derecha sostenía la pistola de Edris, apuntando al suelo.

Edris se detuvo. Su rostro tuvo una contracción cuando vio la pistola.

—Muy bien, muy bien, bufón —exclamó Algir—. No le voy a hacer nada.

—¡Deme esa pistola! ¡Es mía! —dijo Edris, entrando en el salón.

—Está más seguro sin ella —respondió Algir, metiendo el arma en su bolsillo—. ¡Siéntese! Tenemos que hablar.

Edris se sentó, reflexionando. ¿Cómo habían llegado los «polizontes» a sospechar de Algir?, se preguntaba. Sabía que si lo detenían iba a hablar. Algir no tendría ningún miramiento en delatarlo; Edris estaba seguro de eso. Sólo había que hacer una cosa. Tendría que sorprender a Algir distraído y matarlo antes que la policía lo encontrara.

—Estamos los dos en un atolladero, Ticky. Parece que la policía no sospecha de usted, por ahora. Tampoco parece que sospechan de Ira. Si supieran que no es Norena, no podrían habérselo ocultado a la radio. Ahora escúcheme, tenemos una remota posibilidad de salir de este lío. Tenemos que utilizar su Mini. Si pudiéramos llegar hasta Miami, allí conozco un muchacho que nos mantendría ocultos hasta que se calmen los ánimos. Este muchacho tiene buenos contactos y puede embarcarnos en algún buque que salga para Cuba, pero cuesta mucho. Es muy caro. Antes de irnos de aquí tenemos que rasgar todos los dólares que podamos meternos en el bolsillo. De manera que no nos queda más remedio que tratar de saquear la caja fuerte de Garland.

Edris lo miró atónito. Sabía lo que quería decir Algir al hablar de conseguir todo el dinero que pudieran meterse en el bolsillo. ¡Pero nunca del banco! ¡Eso era una locura!

—No puede ir al banco, ¡cabezota! —exclamó—. Lo reconocerán en seguida.

—¿Quién dice que voy a ir al banco? Hasta el momento de salir de la ciudad no pienso moverme de aquí —dijo Algir. Señaló con el dedo el teléfono—. Llame a Ira. Dígale que se encuentre con usted en el café que hay frente al banco dentro de media hora. Usted me dijo ayer, si mal no recuerdo, que ella iba a sacar el dinero. ¡Bueno, eso es exactamente lo que tiene, que hacer! ¡Me importa un bledo saber cómo la va a convencer, pero tiene que convencerla! Dígale que en cuanto abran el subterráneo saque el dinero; luego le tendrá que decir a los guardias que se siente mal y abandonar el banco. Usted la esperará en el café. ¡Vamos, llámela por teléfono ahora mismo!

Edris vaciló.

Blasfemando, Algir sacó la pistola de su bolsillo y apuntó a Edris.

—Si no la llama, ¡lo mato! Haga lo que le digo, ¡maldita sea!

Edris se dirigió con la mayor lentitud al teléfono. Marcó un número, después de buscarlo en la guía. Una voz de mujer contestó:

—Residencia de míster Devon.

—Deseo hablar con miss Devon —dijo Edris.

La mujer le pidió que esperara. Pasaron unos minutos, luego Ira vino al teléfono.

—Soy Ticky —dijo Edris—. Necesito verla en el café, frente al banco, dentro de media hora.

—¿Para qué? —preguntó Ira, con voz un poco chillona.

—No le importa para qué... haga lo que le digo o se arrepentirá —y Edris cortó la comunicación.

Algir se puso de pie. Todavía vigilaba a Edris.

—Quiero su parte del dinero de Wanassee, Ticky. Veinticinco mil dólares. ¡Dese prisa! Lo tomo como garantía. No se me va a escapar con el dinero de Garland. ¡Vamos!

Edris vio amenaza en los ojos de Edris y no discutió. Fue a un cajón de su escritorio y trajo un sobre sellado muy abultado. Se lo tiró a Algir.

Este abrió el sobre, asegurándose que contenía la parte del dinero de Wanassee que correspondía a Edris y lo puso en su bolsillo.

—Se lo devolveré todo, Ticky. ¡Ahora, vamos, el tiempo vuela!

Con la muerte en el alma, el rostro convulsionado por la rabia, Edris salió del apartamento, dando un portazo.

Joe Beigler estaba sentado ante su escritorio con la cabeza inclinada, los ojos hundidos. Había estado ocho horas trabajando sin descanso, hablando con periodistas, atendiendo llamadas telefónicas y mensajes de radio concernientes a Algir y al crimen de Coral Cove.

Habían mandado a todos los detectives disponibles en busca de informaciones que Beigler se encargaba de examinar y seleccionar. El cuarto de Detectives estaba desierto; sólo estaba Beigler que deseaba con toda el alma que alguien le trajera café.

Sonó el teléfono por duodécima vez en el término de una hora. Protestando, levantó el receptor.

—¿Es usted, Joe? Aquí Aldwick, guarda de seguridad del «Florida Safe Deposit Bank».

—Hola Jim. ¿Qué quiere?

—Es algo referente a ese sujeto Algir. Aquí lo conocemos. Alquiló una caja fuerte y entra y sale del banco todos los días.

—¿No me diga? —Beigler puso toda su atención—. ¿Para qué quiere una caja fuerte? .

—Gran jugador... ese es el asunto. Se ha registrado bajo el nombre de Lawson

Forester, pero los datos coinciden y lo reconocí por las fotografías de los diarios. Estoy seguro que es Algir.

—Vea, Jim, le mandaré un hombre en cuanto pueda disponer de alguno. Tal vez tenga algo en la caja que deberíamos ver.

—Mala suerte. No podemos abrir la caja sin la llave.

—¿No puede hacer saltar la cerradura?

—Éso lo tiene que decidir míster Devon.

—Muy bien, en cuanto venga algún hombre, se lo voy a mandar, pero si Algir llegara a ir antes, ¿podrá arreglárselas con él?

—Ya lo creo. ¡No hay nada que me pueda gustar tanto!

—¡Hasta luego, Joe, no trabaje demasiado! —y Aldwick colgó.

Beigler escribió unas palabras en una hoja de papel y luego las tachó. El teléfono volvió a sonar y moviendo la cabeza levantó el receptor.

Ira entró en el café y se detuvo para que sus ojos se acostumbraran a la luz mortecina, después del resplandor de esa mañana de sol. Vio a Edris que le hacía señas desde el fondo del bar, y de mala gana atravesó el local y se acercó a él.

Sabía que algo debía andar muy mal por la expresión de sus ojos y la palidez de su cara, y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Ninguno de los dos dijo nada hasta que el barman empezó a preparar sus cafés.

Había tenido suerte —se decía a sí misma—. Mel no había bajado para tomar el desayuno antes de irse. Estaba segura de que le hubiese preguntado por qué salía tan temprano. Le había dicho a Mrs. Sterling que tenía una cita muy temprano y que no podía esperar el desayuno. Ahora estaba sin saber qué podría querer Edris, y al verlo con la mirada huidiza y con gotas de sudor en su angosta frente, sintió miedo.

Edris no había perdido tiempo.

—¿Vio los diarios de esta mañana? —preguntó con expresión hosca.

Ella negó con la cabeza.

—Phil está en un atolladero. La policía lo está buscando. No tenemos mucho tiempo, nena, de manera que escuche bien. Me tiene que conseguir el dinero de Garland —deslizó hacia ella por encima de la mesa la llave que había hecho Algir.

—¡Oh, no! —exclamó Ira rechazando la llave.

—¡Cállese! Phil no puede ir al banco. Tiene que mantenerse oculto, de modo que usted tiene que sacar el dinero.

—¡No puedo! ¡Es demasiado peligroso!

Edris gruñó, Parecía un animal salvaje acorralado.

—¡Fíjese en esto! —sacó del bolsillo interior un recorte del «Paradise City Sun»—. Échele un vistazo.

Ella vio la fotografía de Algir en la primera página del diario y sus grandes

titulares. Con creciente horror leyó que buscaban a Algir para ser interrogado por la policía sobre el asesinato de la chica desconocida que había sido hallada en Coral Cove.

—¡Asesinato! ¡Algir!

Se quedó mirando, asombrada, a Edris.

—No entiendo. ¿El...?

—Es hora de que comprenda —dijo Edris en un murmullo—. Era mentira aquello que le conté, que Norena se había ahogado. Nos molestaba; de manera que Phil fue a buscarla al colegio antes de buscarla a usted y le torció el pescuezo. El muy estúpido no la enterró a bastante profundidad, de manera que hallaron lo que quedaba de ella.

Ira creyó que se iba a desmayar. Se aferró al borde de la mesa con las dos manos, muy tiesa, sintiendo que la sangre abandonaba su rostro.

—De manera que le están dando caza —siguió diciendo Edris, observándola mientras hablaba—. Necesita dinero para poder escapar. Usted se lo va a conseguir, si no nos encontraremos todos en el mismo atolladero. ¿Me entiende? Si lo pescan, dirá todo lo que sabe y usted y yo nos veremos muy mal.

—¡No quiero hacer eso! —dijo Ira con voz ronca—. No tiene nada que ver conmigo. Yo no sabía...

—Por Dios, ¡cállese! ¡Hará lo que le digo! —dijo Edris con expresión maligna—. ¿Se imagina que los «polizontes» van a creer que usted no sabía que Algir la había quitado de en medio para que usted pudiese ponerse en su sitio? Esto es un rapto con asesinato, nena, y a usted la arrestarán como cómplice. Se está jugando la vida. Phil y yo iremos a la cámara de gas, pero usted pasará el resto de sus días en otra clase de cámara con rejas. Por mí, prefiero el gas.

Ira temblaba.

—Ahora use su cabeza. Consiga el dinero para nosotros y saldrá de este atolladero —dijo Edris—. Mientras no pesquen a Phil, no podrán saber con certeza quién es la chica muerta. Yo me voy, pero usted puede quedarse. Usted está mejor que nosotros. Puede conservar su casa y aun quedarse tranquila, siempre que Phil y yo consigamos el dinero. ¿No se da cuenta? Esta es su gran oportunidad, pero tiene que pagarla —miró su reloj. Eran las ocho y cincuenta—. Ahora vamos, muñeca, ¡dígame que va a hacerlo!

Ira se quedó sentada un buen rato inmóvil. Si sólo pudiese verme libre de estos dos animales, se decía, haría cualquier cosa.

Por fin movió la cabeza.

—Trataré —dijo sin mirarlo.

—Tiene que hacer algo mejor. Escúcheme con cuidado: tan pronto como abran la puerta del subterráneo, busque el dinero. Métalo en su faja. Dígale a quien corresponda que se siente mal. Que ha comido algo malo o cualquier cosa por el

estilo. Pida permiso para irse a su casa. Me quedará esperándola aquí mismo. Me da el dinero y se va a su casa y ya puede quedarse tranquila. Phil y yo abandonaremos Paradise City a eso de las once. ¿Todo bien entendido?

Pasado el primer momento de pánico, se estaba apaciguando. Se repetía a sí misma que era su única posibilidad. Una vez que se viera libre de esos dos, tal vez podría seguir llevando la nueva vida que tanto le gustaba.

—Está bien —dijo casi sin aliento—. Le traeré el dinero —y se puso de pie.

Edris se quedó mirándola.

—La esperaré, nena. Pero recuerde, si trata de escaparse... recuerde...

Se encaminó tambaleante fuera del café y atravesó la calle para ir al banco. Estaba enferma de miedo. Empezaba a valorar el hecho de que Algir hubiera asesinado a la hija de Mel. Estaba segura de que si alguna vez Mel llegaba a descubrirlo, jamás podría creer que ella no hubiera intervenido en el crimen. Tenía que conseguir el dinero para verse libre de esos dos sujetos. ¡Si los llegaban a pescar! Temblaba con sólo pensar que tendría que explicar y convencer a Mel y a la policía que no sabía que Algir había asesinado a Norena. Estaba convencida de que Edris tenía razón... Nunca lo creerían.

La hora siguiente se deslizó con una lentitud angustiada. Estaba sentada ante su escritorio en el departamento de contabilidad, pasando, de forma distraída, las hojas de una libreta, demasiado aterrorizada para saber qué estaba haciendo. Una de las empleadas, al pasar, se detuvo para preguntarle si se sentía bien.

—Tiene muy mala cara, Norena. ¿No le parece que debería irse a su casa?

—Estoy bien —dijo Ira en tono poco cordial—. No exagere.

La joven volvió a mirarla, luego, encogiéndose de hombros, se fue.

Cuando las agujas del reloj de pared marcaron las nueve y cuarenta y cinco, Ira se levantó y atravesó el vestíbulo principal hacia el subterráneo. Aldwick no estaba allí y eso la sorprendió. El otro guardia estaba abriendo la reja.

—¿Dónde está Aldwick? —preguntó, deteniéndose en el momento que atravesaba la verja.

—Está ocupado —le contestó en forma poco amable y le entregó la llave general.

Bajó casi corriendo los escalones, encendiendo las luces del subterráneo. Cuando llegó a su escritorio se detuvo un momento para escuchar, sintiendo la boca seca y que el corazón le golpeaba el pecho. Al no oír más que el murmullo de las voces y el ruido de pasos en el vestíbulo principal, se dirigió, casi corriendo, hacia el pasillo que conducía a la caja fuerte de los Garland.

Tomando la llave que Edris le había dado, la introdujo en la primera cerradura y giró la llave. Luego, utilizando su llave general, abrió la segunda cerradura. Miró por encima de su hombro hacia el largo corredor y, viendo que no había nadie, abrió la puerta de la caja fuerte, sacó el sobre abultado que ella misma había colocado allí

unos días antes, cerró la puerta de la caja y echó la llave.

Se levantó la falda y deslizó el sobre en la faja, aplastándolo contra su estómago. Se ajustó el elástico de manera que sostuviera bien el sobre y volvió a bajarse la falda.

Corriendo, volvió hasta su escritorio, con la cara pálida, las manos temblorosas. Puso la llave general en el cajón del escritorio y lo cerró. En ese momento Aldwick, el guardia, bajó por la escalera.

—Buenos días, miss Devon —dijo, y la miró con cara de pocos amigos—. Míster Devon pregunta por usted. Quiere que vaya ahora mismo —la miró de nuevo—. ¿Algo anda mal, miss Devon?

—Todo está bien. Yo... no me siento muy bien. ¿Mi padre me necesita?

—Sí, miss Devon.

—La llave general está en este cajón. Dejaré la llave en la cerradura —dijo, y subió corriendo la escalera hasta el vestíbulo principal. Se dirigió a la oficina de Mel, llamó a la puerta y entró. Se quedó parada de repente cuando vio que Mel no estaba solo. Con él se hallaba el detective de segundo grado, Tom Lepski, de pie al lado de la ventana, mirándola. Se dio cuenta en el acto de que era un detective y tuvo que hacer un esfuerzo enorme de voluntad para dar unos pasos por la habitación.

—¿Tú... me necesitabas, papá?

—Sí —dijo Mel, poniéndose de pie—. Este es el detective Lepski, del cuartel de policía —viendo su rostro pálido, asustado, prosiguió, sonriendo—: No tienes por qué preocuparte, querida. Cree que podrías ayudarle... te hará unas preguntas.

Lepski estaba un poco asombrado. ¿Por qué estaba tan asustada? Parecía enferma... como si fuera a desmayarse en cualquier momento. ¿Por qué?

—Siéntese, miss Devon —dijo, tratando de suavizar su voz de «polizonte», por lo general dura—. No tardaré mucho tiempo.

¡Esta era la chica, pensaba, que necesita usar gafas permanentes y ni siquiera las usa en el banco!

Ira se sentó en una silla de respaldo recto, cerca del escritorio de Mel. Afirmó sus manos temblorosas entre sus rodillas e hizo un gran esfuerzo para sostener la mirada de Lepski.

—¿Ha visto a este hombre? —preguntó Lepski, dándole una fotografía de Algir.

Ira la miró y movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí. Es míster Forester.

—¿Cada cuánto tiempo venía al banco, miss Devon? —Lepski volvió a meter la fotografía en su bolsillo y sacó una libreta.

—Todos los días.

—¿Iba con él para abrirle la caja fuerte?

—Sí, por supuesto.

—¿Alguna vez tuvo la oportunidad de mirar dentro de la caja?

—No. Después de haber abierto la primera cerradura, siempre lo dejaba solo.

—¿Alguna vez le dijo algo de lo que metía o sacaba de su caía?

—No.

Mientras la interrogaba, Lepski iba anotando las preguntas y las respuestas en su libreta. De pronto se le ocurrió algo y quiso hacer una prueba.

—Abandonó el Regent Hotel el nueve de este mes, miss Devon. ¿No le dio su nueva dirección?

—No.

—¿Nunca le mencionó el nombre de alguno de sus amigos?

—No.

Lepski llegó a su pregunta clave.

—¿Nunca le habló del doctor Weidman de Miami?

—No.

—¿Conoce al doctor Weidman, miss Devon?

Ira se quedó helada. Miró a Lepski que estaba escribiendo en su libreta, sin expresión alguna en la cara.

—No, no lo conozco.

—¿Nunca ha oído hablar de él?

—No.

Bueno, ¿entonces qué sabe?, pensaba Lepski. Weidman tenía la ficha de Norena en sus archivos. Le había recetado unas gafas y ella decía que nunca había oído hablar de él. ¿Qué diablos significaba todo esto?

Ten serenidad, se decía a sí mismo. No empieces nada que no puedas terminar. Se daba cuenta que Mel lo estaba mirando sorprendido.

—¿Cuando Forester venía al banco siempre traía un portafolios?

—Sí.

—¿Tiene idea de lo que podría llevar en el portafolios?

—No.

Lepski siguió escribiendo un momento, luego levantó la vista y sonrió.

—Eso es todo, miss Devon. ¿Quiere echar un vistazo a esto y ver si está bien? Si es así, ¿podría firmarlo? —entregó la libreta a Ira, quien la tomó de mala gana.

—¿Qué significa esto? —preguntó Mel en tono cortante—. No ha hecho una declaración. ¿Para qué quiere que firme?

Lepski le dirigió una sonrisa cándida.

—Es una nueva disposición de la policía, míster Devon. No tiene importancia. No es más que para tener nuestro registro completo.

Mel se encogió de hombros y le sonrió a Ira para tranquilizarla.

—Entonces léelo, querida, y fírmalo.

Ira tomó el papel escrito con una letra menuda y clara. Su instinto le decía que estaba corriendo peligro. Tenía la sensación de ir hacia una trampa, pero no tenía idea de cuál podía ser la trampa.

—Sí, está todo bien —dijo, y tomó el lápiz que Lepski le tendía. Puso su firma al final de la página.

Lepski se puso de pie, tomó el block de papel de las manos de Ira y le dio las gracias.

Esta chica no tiene ningún defecto en la vista, pensó. ¿Entonces, qué significa todo esto?

—Ah, una pregunta más, miss Devon. ¿Ha oído hablar alguna vez de una chica que se llama Ira Marsh?

Ira pareció encogerse en su silla. Su rostro se puso tan blanco que Mel se levantó de un salto.

—No... no... Nunca he oído hablar de ella.

—¡Norena! ¿No estás bien? —preguntó Mel, viniendo a su escritorio y acercándose a ella.

—No, papá. Me siento espantosamente mal —dijo Ira—. Debo haber comido algo en malas condiciones... ¿puedo irme a casa? Me sentiré bien en cuanto pueda echarme un poco.

Mel miró a Lepski.

—¿Podría retirarse, por favor? Ya ve cómo está.

—Desde luego —dijo Lepski—. Lo lamento mucho —y con un brillo de curiosidad en los ojos, abandonó la habitación.

—Voy a llamar a alguien para que te lleve a casa, querida —dijo Mel—. Siento tanto. Ahora, no te preocupes...

—¡Oh, no exageres! —dijo Ira, recobrándose. Se puso de pie—. No quiero que nadie me lleve a casa... No me estoy muriendo —y dándose la vuelta salió, rauda, de la habitación. Mel se quedó mirándola, azarado.

Ticky Edris estaba sentado meciendo sus cortas piernas, con la cara bañada en sudor, con la mirada fija en el reloj. ¿Cuánto tiempo podría tardar en venir?, se preguntaba. Ahora eran las diez y cuarenta y tres. ¿Algo iría mal? ¿Alguien la habría sorprendido abriendo la caja fuerte?

En ese momento la vio. Entró en el bar, derecha, arrogante, la cara pálida, la mirada dura. Atravesó el local pasando entre las mesas sin darse prisa. Le hizo recordar su primer encuentro: fría, orgullosa y dura como acero templado. Se secó el rostro sudoroso mientras levantaba la vista hacia ella. Ira apoyó las dos manos en la mesa y se inclinó hacia él, con un extraño brillo en sus ojos azules.

—¿Trajo el dinero? —preguntó Edris, tratando de adivinar qué le había pasado, algo asustado por el cambio que veía en ella.

—Yo voy a hacer las preguntas —dijo Ira—. ¿Usted mató a mi hermana, verdad?
—Edris titubeó. Mostró los dientes en una especie de mueca.

—¿Qué diablos tiene que ver con esto? —preguntó—. Estaba muriéndose. No la maté. La ayudé todo lo que pude. ¿A usted qué le importa? ¿Consiguió el dinero?

—Esa nota que dejó al morir. ¿La escribió usted?

—Sí... ¿y qué? También escribí las otras cartas que los «polizontes» hallaron en su apartamento; por eso la escritura coincidía. ¿Y qué hay? ¿Consiguió el dinero? ¡Maldita sea!

—¿También mató a su amante, verdad?

—¡Bueno, basta! Si quiere saberlo, fue Phil quien lo mató. Teníamos que superar cualquier inconveniente, nena. Los dos molestaban —golpeó la mesa con sus pequeños puños—. ¿Consiguió el dinero?

—Lo tengo. Había un «polizonte» en el banco. Me preguntó si conocía a una chica llamada Ira Marsh.

El rostro de Edris se relajó.

—Sí, hombrecito —dijo Ira suavemente—. No me voy a retrasar mucho ahora. ¡Qué ciega debo haber estado para meterme en estos líos con usted! ¡Qué locura! Ellos saben. Bueno, unas pocas horas más... no mucho más.

Edris bajó de la silla.

—¡Deme el dinero! Venga conmigo, nena. Usted y yo aún podemos escaparnos. Todavía tenemos una posibilidad. ¡Vamos deme el dinero!

—Lo volví a poner en la caja fuerte. ¿Por qué iba a buscarme más complicaciones? Hasta pronto, Ticky. No falta mucho... Volveremos a encontrarnos en el cuartel de policía —y se encaminó a paso tranquilo fuera del café, a la luz del sol.

Jess Farr, sentado en su Ford alquilado, con las manos descansando, casi sin apoyarlas, en el volante y una expresión de asombro en la cara, vio a Ira que salía del café, frente al «Florida Safe Deposit Bank».

Hacía una hora que estaba parado bajo las palmeras. Había visto llegar a Ticky Edris. Había visto a Ira entrar en el café y después de unos minutos salir, mirando como si fuese de otro mundo. Luego la había visto entrar en el banco.

Esperaba con impaciencia que apareciera Edris, pero no salió. Todo esto sorprendió a Jess. ¿Por qué había venido Edris en lugar de Algir? Nunca se le ocurría a Jess comprar un diario. Jamás leía diarios: no leía nada.

Encendió un cigarrillo, se instaló con más comodidad y siguió esperando. Una hora y tres cuartos pasaron y empezó a ponerse nervioso. Si se quedaba mucho tiempo allí, algún «polizonte» metería las narices y entonces se vería en dificultades. En el momento en que había decidido cambiar el auto de sitio vio de nuevo a Ira que

venía del banco y andaba con mucha prisa hasta el café. Le llamó la atención, porque notó un cambio muy grande en su aspecto. ¡Esta era la Ira que había conocido en Nueva York! Esa manera de andar... esa expresión tensa, dura... esa apostura. Apagó la colilla de su cigarrillo en la ventanilla del auto, mientras la veía entrar en el café. Ha conseguido el dinero de Garland, pensó. Estaba seguro de eso y se inclinó para poner en marcha el motor. Ira sólo se quedó unos momentos en el café. Al salir se dirigió, tan deprisa como a la llegada, al estacionamiento que había detrás del banco. Cuando la perdió de vista, vio que Edris salía trotando del café.

Permaneció observando a Edris como también lo miraban otras personas que andaban por la acera. El enano tenía aspecto de loco. Su rostro parecía de cera, la boca torcida. Sus manos deformadas caían a sus lados como peces recién pescados, mientras iba a saltos hacia su Mini estacionado allí cerca.

¿Qué diablos había pasado?, se preguntaba Jess, mientras apretaba el arranque. Cuando Edris subió a su auto y cerró la puerta de un golpe, Jess empezó a sacar el Ford del estacionamiento.

El Mini tomó el camino de Seacombe.

Jess lo siguió.

Lepski estaba parado al lado de su auto, indeciso. Sólo le quedaba una remota posibilidad para que pudiera dar descanso a su mente. Si le iba bien, el Jefe estaría contento, pero si...

Lepski se decidió de repente. Subió al auto, puso el motor en marcha y se metió en el tránsito. Conducía con cautela, pero sin retrasos, se dirigió a la carretera principal que conducía a Miami.

Una vez libre de la congestión del tránsito, y cuando había llegado a la carretera, miró su reloj. Eran las diez y treinta y seis. Tenía que estar de vuelta en el cuartel de policía a las once y media. De cualquier modo, iba a tener que ir a gran velocidad si quería llegar a esa hora aproximadamente.

Vio a un agente de patrulla sentado a horcajadas en su motocicleta, controlando el tránsito. Se paró a su lado.

—Eh, Tim —dijo—. Es un caso de urgencia. ¿Quiere ir abriéndome camino? Primero pare en el Graham Co-Ed School, en Miami. Tenemos que llegar allí en treinta y cinco minutos exactos.

El agente de tránsito se sonrió mientras ponía en marcha su máquina.

—No puede ser —dijo—. Treinta y ocho minutos y medio si me puede seguir.

Con un gesto de asentimiento, Lepski dejó que el agente tomara la delantera, luego siguió. El agente se abrió paso con la sirena y cuando el tránsito tomó la derecha, apretó más el acelerador.

Mientras Lepski apretaba también el acelerador, pensaba que si el Jefe lo hubiese

visto en este momento, corriendo a doscientos kilómetros por hora, se hubiese quitado el sombrero.

La larga y ancha carretera desaparecía ante el volante. Los autos que Lepski iba pasando parecían figuras grises que se esfumaban en cuanto les daba alcance.

Se agachó un poco, sosteniendo con manos firmes el volante, con los ojos fijos en la espalda del agente de patrulla. Se mantenía a cincuenta metros detrás de él y mientras la aguja del cuentakilómetros llegaba muy despacio a los doscientos diez kilómetros por hora, pensó con cierta aprensión que si en ese momento reventara un neumático se haría deudor de un modesto ataúd y un hoyo profundo en la tierra.

Veinte minutos después estaban llegando al final de la carretera, y el agente levantó la mano señalando a Lepski que redujera la velocidad. Los dos entraron en los suburbios de Miami a ciento diez kilómetros por hora, lo que parecía paso de tortuga comparado con la alta velocidad de la carretera.

Dieciséis minutos después iban a paso normal por el camino para autos que llevaba al Graham Co-Ed School.

Lepski frenó y bajó. Las piernas le temblaban un poco, pero sonrió con mucha alegría al agente, que le devolvió la sonrisa.

—Buen viaje, Tim —dijo—. Tenemos que repetir el récord. Quisiera que me llevara de vuelta cuando termine aquí.

—Muy bien —dijo el agente de patrulla—. Vamos a ganar unos minutos en el camino de vuelta. El tránsito no estará tan denso.

Lepski subió la escalinata y tocó el timbre. El doctor Graham en persona abrió la puerta.

—Buen día, señor —dijo Lepski—. De la policía de Paradise City. Necesitaría su ayuda. ¿Puedo entrar?

Graham movió la cabeza y se echó a un lado.

—Espero que no sea por mucho tiempo, oficial —dijo mientras lo conducía a su estudio—. Tengo una cita.

—No lo voy a retrasar mucho, señor —dijo Lepski, tomando la silla que le señalaba Graham—. Estoy haciendo una investigación sobre una alumna suya: Norena Marsh Devon.

Graham lo miró algo asombrado.

—Ya no está con nosotros. Ella...

—Sí, ya sé. Dígame, doctor, ¿usaba gafas... no es así?

—Sí, usaba gafas.

—¿Podía leer sin ellas?

—Claro que no. Las usaba siempre. No comprendo.

—¿La montura de sus gafas era de plástico azul?

Graham lo miró absorto.

—Déjeme pensar... sí, eran azules. No sé si eran de plástico. ¿Podría explicarme por qué me hace esas preguntas?

—Tenemos nuestras razones para creer que Norena Devon es la joven no identificada que fue asesinada en Coral Cove —dijo Lepski en tono de circunstancias.

Graham se quedó como paralizado por la impresión.

—¡Por Dios! ¿Qué le hace pensar...?

—Yo pregunto, doctor —interrumpió Lepski con firmeza. Sacó de su bolsillo la fotografía de Algir—. ¿Ha visto alguna vez a este hombre?

—Por supuesto. Es Mr. Tebbel, el abogado de la madre de Norena.

Lepski suspiró profundamente. ¡De manera que estaba en lo cierto!

—¿Tiene una fotografía de Norena Devon? —preguntó.

—Por supuesto. Siempre hacemos fotos a las distintas clases al terminar los cursos —dijo Graham y poniéndose de pie, se dirigió a un archivo. Al cabo de un rato trajo una fotografía.

Atravesó la habitación y entregó la foto a Lepski.

Medio loco de miedo, Edris condujo lo más rápido que pudo por la carretera de Seacombe. Estaba tan ensimismado pensando en la forma de salvarse, que no vio el Ford cubierto de polvo que venía detrás.

No había un momento que perder, se decía. Tal vez la policía ya estaría buscándolo. Tenía conocidos en los alrededores del puerto. Lo mejor que podía suceder era encontrar un buque que saliera para México.

Pero antes era necesario que corriera un riesgo y volviera a su apartamento. Tenía que sacarle el dinero a Algir. Sin dinero, ¡estaba perdido! Iba a tener que matar a Algir. Si no lo hacía, Algir lo mataría a él. También tenía que descubrir dónde había escondido Algir su parte del dinero de Wanassee. Pero para poder matar a Algir, ¡tenía que conseguir una pistola!

Al llegar a los alrededores de Seacombe dirigió el auto hacia un camino angosto que llevaba al mar.

Asombrado, Jess apretó los frenos, deteniendo el Ford. Bajó del auto y corrió tras él. Llegó a tiempo de ver al Mini que doblaba al terminar el camino y desaparecía. Volvió corriendo al Ford y siguió por el camino, lentamente y con mucho cuidado.

Edris estacionó el Mini, luego corrió a saltos hasta un sórdido bar que proveía de los artículos más elementales a la tripulación de los barcos de pesca, anclados en el puerto.

A esa hora el bar estaba desierto, y Harry Morris, el dueño, un hombre robusto, velludo, de gesto adusto, estaba apoyado en el mostrador, leyendo la página de carreras.

Se sonrió cuando vio a Edris.

—¡Hola Ticky! —dobló el diario y se quedó mirando el rostro pálido y sudoroso de Edris—. ¿Qué le pasa, compañero?

—Estoy en un atolladero, Harry —dijo Edris tratando de controlar su respiración anhelante—. No me pregunte nada; es un lío con la policía. ¿Podría embarcarme en un buque que fuese a México?

Los ojos de Morris se agrandaron. Por mi momento se preguntó si Edris le estaba tomando el pelo, luego, mirando de nuevo la cara del enano, se dio cuenta de que no era así.

—Podría ser, Ticky, pero saldrá caro. Hay un barco que sale esta noche a las veintidós. Le puedo conseguir algo... por unos tres billetes grandes.

Edris parpadeó.

—¿No hay nada mejor, Harry? Mi dinero me hace mucha falta.

—Haré lo que pueda, pero este tipo es muy codicioso.

—Tengo que hacer una diligencia y luego volveré. ¿Me puede esconder hasta que

salga el barco?

—Por supuesto, Ticky. Por usted hago cualquier cosa.

—Algo más... Necesito una pistola con silenciador y la necesito ahora mismo.

Morris se quedó mirándolo.

—¿Para qué?

—No me haga preguntas, Harry. La necesito ahora.

—Bueno, muy bien. ¿Está seguro que no quiere que le haga el trabajito?

Edris se sonrió con orgullo.

—Me puedo arreglar solo. Vamos, Harry; tengo cierta prisa.

Morris asintió con la cabeza y se dirigió hacia una puerta que había al fondo del bar. Volvió a los pocos minutos con un paquete envuelto en papel marrón. Se lo entregó a Edris.

—Está limpia, Ticky, no necesita volver a examinarla. El silenciador sirve para tres tiros... ninguno más. ¿Está seguro que sabe lo que va a hacer?

—Lo sé muy bien —dijo Edris sonriendo—. Gracias, Harry. Estaré de vuelta dentro de un par de horas —y salió casi corriendo del bar, dirigiéndose al Mini.

Cuando subió al auto, desenvolvió el paquete y examinó la 38 automática. Ajustó el silenciador en el cañón y puso la pistola sobre el asiento, a su lado. Colocó el sombrero sobre la pistola. Luego puso el motor en marcha y se dirigió a su apartamento.

Jess Farr, que había estacionado su auto cerca del muelle, lo siguió.

Al llegar frente a su casa, Edris levantó su sombrero y la pistola y, dejando puesta la llave del auto, bajó. Caminó por la acera y subió a saltos la escalera. Atravesando el vestíbulo, entró en el ascensor que lo condujo hasta el piso en que estaba su apartamento.

Mientras estaba parado delante de la puerta de entrada buscando la llave, miró el reloj. Eran las once y cuarenta y tres. Abrió la puerta y entró con gran sigilo en el vestíbulo.

—¿Phil?

Arrojó su sombrero sobre una silla y llevando la pistola oculta a la espalda y el diario que había comprado en su mano izquierda, se dirigió al salón.

Algir estaba parado al lado de la ventana, con el revólver de Edris en la mano, los ojos vigilantes, el rostro tenso. Levantó la pistola y apuntó a Edris.

—¿Trae el dinero? —preguntó—. ¡No se acerque más!

—¿Qué significa todo esto? —dijo Edris inclinándose hacia un lado la cabeza. Mientras, con el pulgar quitó el seguro de la pistola.

—No me fío de usted, monstruo inmundo —dijo Algir—. ¿Trajo el dinero?

—Por supuesto, lo traje y también un diario. Hay una bonita fotografía suya de gran tamaño, pimpollo, en la primera página —Edris arrojó el diario hacia Algir. El

diario se abrió y cayó a los pies de Algir.

Desprevenido, bajó la vista, vio su fotografía y empezó a blasfemar. Fue el último sonido que salió de su garganta en este mundo. Edris levantó la pistola y le disparó un tiro en la cabeza.

Las rodillas de Algir se doblaron y fue deslizándose al suelo. Edris, mordiéndose los labios, le disparó otro tiro en el pecho.

Algir se desplomó; la sangre le corría por la cara. Movi6 algo las manos y sus labios parecían querer decir algo. Luego se le fueron hacia atr6s los ojos. Tuvo un estremecimiento y se le cay6 la mandíbula.

Edris respir6 profundamente. Quit6 el silenciador y se lo meti6 en el bolsillo. Coloc6 la pistola sobre la mesa. Sin mirar a Algir, se fue a su dormitorio para buscar la maleta que tena preparada.

Luego empez6 a registrar el apartamento, buscando la parte del dinero de Algir. Tard6 unos minutos en encontrarla escondida detr6s de una reproducci6n de Picasso de su primera 6poca. Cont6 el dinero, maldici6ndose a s6 mismo, cuando vio que Algir s6lo haba dejado dieciséis mil d6lares de lo que le correspondía.

Edris se meti6 el dinero en el bolsillo de arriba. Luego introdujo el sobre que contenía su parte en el bolsillo interior de su chaqueta. Se detuvo para echar una última mirada a su apartamento, sintiendo una tristeza repentina al tener que abandonarlo. Baj6 la vista para mirar a Algir, cuya cabeza yacía en un charco de sangre con una expresi6n de terror que estremeci6 a Edris; luego tom6 su maleta y se dirigi6 hacia la puerta.

Era duro pensar, se decía, que nunca m6s volvería a ver esta casa, pero por lo menos tena dinero y una posibilidad de llegar a México. All6 empezaría una nueva vida. El dinero abría casi todas las puertas. Sin 6l, uno estaba perdido.

Abri6 la puerta de entrada y se detuvo en forma repentina.

Con la pistola en la mano, Jess Farr estaba parado en el corredor, frente a 6l, apuntándole a la cara.

Edris cerr6 los ojos y volvi6 a abrirlos.

La impresi6n de ver a ese sujeto flaco con una pistola en la mano hizo que por breves instantes el coraz6n dejara de latirle y luego empezara a ir como loco.

—¡Atr6s! —dijo Jess con expresi6n maligna—. ¡Y cuidado!

Con una sensaci6n de desesperado malestar, Edris volvi6 muy despacio al sal6n. Jess lo sigui6 y de un puntapi6 cerr6 la puerta de entrada. Se qued6 paralizado a la vista del cadáver de Algir. Nunca haba visto un muerto. Un escalofrío le recorri6 la espina dorsal.

—¡Deje la maleta, dese la vuelta y levante las manos! —grit6.

—Escuche... —empez6 a decir Edris, con una sonrisa forzada en el rostro color ceniza.

—Haga lo que le digo... ¡cerdo! —le gritó Jess amenazándolo con la pistola.

Edris retuvo su aliento y suspiró. Dejó caer la maleta, se dio la vuelta y empezó a levantar las manos; Jess avanzó con rapidez unos pasos y le dio un tremendo golpe en la cabeza con la culata de la pistola.

Lepski estaba encantado observando la cara de Terrell, mientras le contaba la historia. Beigler, apoyado en la pared, detrás del escritorio de Terrell, también era digno de observar.

Lepski no pudo disimular una sonrisa de triunfo cuando acabó diciendo:

—Y aquí está la fotografía de Norena Devon, Jefe. La conseguí en su colegio —y con un gesto de satisfacción colocó la foto sobre el escritorio de Terrell.

Los dos, Terrell y Beigler, se inclinaron y examinaron el grupo de chicas que aparecía en la fotografía.

—Es la segunda de la izquierda... en la última fila —dijo Lepski.

—Buen trabajo, Tom —dijo Terrell, después de haber observado a la chica de aspecto normal que usaba gafas—. ¿Y quién es la chica que Devon cree que es su hija?

—Ira Marsh... la hermana de Muriel —dijo Beigler—. Acabo de obtener el informe de la policía de Nueva York. Ira Marsh salió de Nueva York la noche del 16. Desde entonces no la han vuelto a ver. ¡Qué merengue, Jefe!

—¿Pero por qué? —preguntó Terrell, con el ceño fruncido—. Aquí nos encontramos con un problema importante. ¿Por qué Algir sustituyó a Ira por Norena? Tiene que haber tenido alguna razón.

—Ella nos lo dirá. Traigámosla aquí.

—No nos apresuremos —dijo Terrell—. Antes voy a hablar con Devon —frunció el ceño—. Ese enano Edris... debe haber colocado la foto de Ira en el dormitorio de Muriel. El es quien mandó a Algir al doctor Graham. ¡Sígale el rastro, Joe! ¡Y lo más rápido que pueda!

—Se supone que está en Nueva York —dijo Beigler.

—Avisé a la policía de Nueva York. Podría ser una trampa. Tal vez esté aquí todavía. Empiece por su casa, Joe.

Beigler asintió con la cabeza y salió disparado del cuarto.

—Que vigilen el aeropuerto y todos los caminos, Tom —siguió diciendo Terrell—. De acuerdo a su manera de actuar, no puede estar muy lejos, pero no quiero correr riesgos con ese pequeño reptil —se puso de pie y tomó la fotografía del escritorio—. Voy a ver a Devon.

Lepski se dirigió al teléfono.

Si no te dan un ascenso, viejo, se decía a sí mismo, nunca te lo darán.

Jess bajó en el ascensor. No se había detenido para contar el dinero que había sacado de los bolsillos de Edris inconsciente; pero sabía que era más del que esperaba encontrar. Tenía que irse a marchas forzadas de Florida, se decía a sí mismo. Dejaría el auto alquilado en Fernandia y allí tomaría el tren hasta Atlanta. Se quedaría allí hasta saber hacia dónde saltaba la liebre. Con todo ese dinero no tenía nada que temer en el mundo.

A pesar de su júbilo, todavía estaba impresionado por la muerte de Algir. Era obvio que Edris, a quien había dejado tendido en el suelo, inconsciente, era quien lo había matado. Mientras se instalaba en el Ford se preguntaba qué haría Edris y dónde iría.

¡Ese pequeño monstruo tuvo su merecido! Eso le pasó por haber tratado así a Ira.

¿Qué pasaba con Ira? Jess frunció el ceño. Tenía ganas de ir a buscarla. Hubiese sido más divertido viajar con ella que solo. Sacudió la cabeza. Mejor no. No pasaría mucho tiempo antes de que la policía sospechara de ella, y en ese caso si estaba con él se vería en dificultades. No; viajaría solo. Tendría tiempo de encontrar una chica cuando llegara a Atlanta.

Emprendió el camino hacia Miami. El tránsito de mediodía se había hecho denso y el trayecto a Seacombe se hacía desesperantemente lento. Pero Jess dominó su impaciencia.

Es un buen plan, pensaba, disminuyendo la marcha a medida que el tránsito se hacía más denso para evitar cualquier inconveniente. Edris no se animaría a delatarlo. Algir estaba muerto. Ira no sabía que tenía el dinero. ¡Qué bonito! Hablemos del robo perfecto.

El tránsito se agilizó y Jess hizo el cambio de segunda a tercera. Delante de él vio las luces de un semáforo. Se preguntaba si podría pasar. El auto que iba delante, de repente aceleró, dejándolo atrás. Jess no pudo resistir a la tentación de apretar también el acelerador. En ese momento, las luces que se hallaban a unos pasos de él se pusieron rojas.

Maldiciendo, dio una patada al freno y el auto se detuvo en forma muy brusca a un metro de la raya. Entonces, antes que pudiera dar marcha atrás, se sintió proyectado hacia delante con un tremendo golpe y el auto que venía detrás se incrustó en la parte trasera del Ford.

Jess se dio la vuelta en su asiento, gritando furioso. Pudo ver al conductor, un hombre mayor, que bajaba del auto. Luego oyó el sonido que más temía... el silbato de un agente de policía.

El corazón empezó a golpearle el pecho; sacó la automática del bolsillo, con la intención de ocultarla en la guantera, cuando la voz de un agente gritó:

—¡Alto ahí!

Levantó la vista. Un agente de policía de cara rubicunda lo estaba mirando por la

ventanilla de mi lado. Había llegado sin que Jess lo viera. El agente tenía la pistola en la mano y apuntaba a Jess.

—¡Suelte esa pistola! —dijo el agente con voz de trueno—. ¡Rápido!

Casi llorando de miedo y de rabia, Jess dejó caer la pistola en el asiento del auto y levantó las manos.

Se abrió la puerta y otro agente lo agarró y lo arrastró a la calle. Sonaban las bocinas de los autos. La gente se paraba para mirar.

—Vean —gritó el otro agente—. ¡El mismo se cavó la fosa!

El «polizonte» de la cara colorada sonrió y le cruzó a Jess la cara de una bofetada, haciéndolo tambalear. Luego se agachó y antes de que Jess se diera cuenta de lo que le pasaba, un par de esposas le oprimían las muñecas.

Sentía que el fajo de billetes que se había metido debajo de la camisa se le resbalaba, y antes que pudiera impedirlo empezaron a desparramarse por el camino.

—¡Eh! ¿Qué le parece? —exclamó el agente rubicundo, con los ojos saliéndosele de las órbitas—. ¡Este truhán está sangrando dinero!

Ticky Edris abrió los ojos. El dolor de cabeza que tenía era tan terrible que no podía dejar de gemir y quejarse en voz baja. Permaneció tirado en el suelo, tratando de recordar qué había sucedido, y de pronto se acordó.

Le costó mucho sentarse y tardó varios minutos; Se tomó la cabeza dolorida con las dos manos hasta que sus ideas se fueron aclarando y el agudo dolor se le disipó un poco. Se arrodilló y luego se puso de pie. Dio dos pasos vacilantes hacia delante. Su zapato izquierdo se metió en el charco de sangre medio seco que se había formado por la herida de Algir y se estremeció; trató de limpiar su zapato en la alfombra. Se movía como si le hubiesen caído encima cincuenta años en la media hora que había estado inconsciente. Llegó hasta el bar, lo abrió con mano insegura y tomó la botella de whisky. Quitó el corcho, dejándolo caer sobre la alfombra y se llevó la botella a los labios. Bebió un largo trago y poco a poco fue sintiendo que el alma le volvía al cuerpo, devolviéndole el calor y la vida.

Jadeante, dejó la botella y se palpó el bolsillo. Sabía que era un gesto inútil. El dinero había desaparecido.

Tambaleándose, fue hasta el cuarto de baño y se lavó la cabeza y la cara. Tenía la mente demasiado embotada para poder pensar. Se quedó parado, contemplándose en el espejo y sintió que el corazón se le apretaba al verse reflejado en él. Parecía un viejo marchito que iba hacia la muerte. Tenía el aspecto de una persona a quien le quedaban muy pocas horas de vida.

Se volvió y regresó al salón. Alzó la botella y tomó otro buen trago. Cuando se sentó en su minúsculo sillón y puso los pies sobre el banquito, vomitó.

Ya no habría buque para México, pensó. Sin dinero, Ticky, viejo, estás perdido.

Mejor que mires las cosas de frente. Ya no puedes escaparte. Ya no puedes hacer proyectos. Estás en un pozo muy, muy profundo y jamás podrás salir de él.

Miró a Algir y sus labios separados dejaron ver sus dientes en una mueca de odio.

Sólo porque ese estúpido que yacía muerto, ese fanfarrón imbécil, había sido demasiado tonto y demasiado perezoso para enterrar un cuerpo someramente. Sólo eso... sólo eso pudo destruir el plan más maravilloso, el Gran Golpe jamás soñado.

Edris bebió más whisky. Ahora estaba borracho; borracho y compadeciéndose a sí mismo. Empezó a llorar; las lágrimas le corrían por las mejillas mientras batía palmas suavemente con sus manos deformes.

Beigler y Hess lo encontraron así, llorando aún, cuando irrumpieron en el apartamento, unos veinticinco minutos después.

Ticky Edris fue con ellos sin resistirse. ¿Qué importaba?, se decía a sí mismo, mientras bajaba la escalera, saltando, para llegar al auto de la policía que lo esperaba. ¿Qué le podía importar ahora? Uno hace planes, representa bien su papel y luego algún estúpido lo echa todo a perder.

—¡Esta es la caída de un canalla! —dijo hablando en voz bastante alta, al entrar en el auto de la policía, y como estaba tan borracho, se puso las manos en la cara y empezó a llorar de nuevo.

Querido Mel:

Ya no puedo llamarte papá, ¿verdad? Sólo quiero decirte adiós y que lamento todo lo que ha pasado.

No espero que me creas, pero honestamente no sabía que ellos habían matado a tu hija. Me dijeron que había muerto en un accidente, ahogada.

¡Ya sé que no debí haber tomado su sino, pero hay tantas cosas en mi vida que no debía haber hecho! He sido muy feliz contigo...; era una felicidad que no podía durar; lo sabía desde el principio.

Ahora me voy a nadar. Voy a nadar hasta que no pueda más. Espero que haciendo esto evitaré que te veas complicado en este lío. Me gustaría poder pensar que me echarás un poco de menos. Me alegro que te hayas arreglado con Joy; te hará feliz y lo mereces.

Y ahora, adiós, y, por favor, trata de creer que, de verdad, no hubiera hecho lo que hice si hubiese sabido lo de Norena.

Todo mi cariño,

Ira

Dejó el lápiz y volvió a leer la carta. Estaba en la cabaña de la playa y tenía puesto un bikini blanco que hacía resaltar más el bronceado de su piel.

Estaba muy tranquila y no sentía ninguna emoción cuando puso la carta en un sobre y lo cerró. Escribió el nombre de Devon en el sobre y lo apoyó en un florero que había sobre la mesa.

Se puso de pie, echó una rápida mirada alrededor del cuarto y salió a la luz del sol.

En la lejanía podía ver a los bañistas, pero estaban demasiado lejos para que se preocuparan de ella. Con pasos largos, entró en el mar, con la cabeza en alto, la boca firme, los ojos secos. Penetró en el mar y empezó a nadar con poderosas brazadas que la alejaron en pocos minutos de la orilla y del nuevo género de vida que tanto le había gustado, pero que no era para ella.